



Equipo Nacional de Formación

PIER GIORGIO FRASSATI

PREÁMBULO

El sábado 4 de Julio de 1925, fallecía en Turín, de resultas de un mal fulminante, **Pier Giorgio** Frassati, estudiante de veinticuatro años de edad.

Cuando la noticia, saliendo del círculo de su familia y de sus íntimos, se difundió por la ciudad, hubo primero estupor: el que así desaparecía, era de constitución atlética; se le conocía como entusiasta deportista y alpinista.

Su ardor, su alegría e inconfundible buen humor lo hacían atrayente.

Hijo de un senador, ex embajador en Berlín, director y propietario en Turín de uno de los mayores cotidianos de Italia, el **Stampa**, se le presentaba un brillante porvenir. Estaba además en vísperas de conquistar su diploma de ingeniero.

Hablar de muerte tratándose de él, hubiese dado la impresión de una -horrorosa paradoja.

Sucedió pronto a ese primer sentimiento, la compasión que se experimenta frente a una, gran esperanza tronchada.

Entre las personas de toda condición que desfilaron durante el día domingo, por la habitación donde reposaban los restos, se descubría otro sentimiento: el de la admiración por su vida pura y caritativa, luego, cierta apacible melancolía, cierta luminosa serenidad que hacía soñar en un presentimiento de gloria.

Si es cierto que hablan algunos muertos, en verdad, aquel, desde su lecho fúnebre, seguía enseñando, consolando, guiando a aquellos que ayer no más, aprovechaban los tesoros de su caridad y de su fe. A los miembros de la Juventud Católica, a los Estudiantes y las Estudiantes de la Federación Universitaria, a los Cofrades de San Vicente de Paúl que contribuyera a elevar hacia Cristo con el ejemplo de su vida humilde, les repetía la palabra del Evangelio: "Aquel que ama su vida la per-

derá, aquel que odia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna”.

Se manifestó aún más ese sentimiento durante la mañana del lunes, cuando se vio en el número 70 del Corso Galileo Ferraris, y luego cerca de allí, en la iglesia de la Crocetta, su parroquia, apretujarse una insólita muchedumbre llegada de todos los puntos del horizonte religioso, social y político. Allí había hombres cuyo nombre retumbaba cual eco de violentas pasiones, mas, en esa hora, pensaban sólo en la inutilidad, y en la vanidad de todo paso, de toda lucha que no se inspira en el único amor del prójimo.

Entre los grupos de aquellos que, no habiendo podido penetrar en la iglesia, se hallaban apiñados en la plaza, se entablaban conversaciones en voz baja: Lo conocí decían algunos y se les acosaba enseguida a preguntas. “Trata de orar, decía otro, hace años que no oro más: te seguiré”, y la muchedumbre rezaba el rosario, la oración preferida de **Pier Giorgio**, como obedeciendo a su llamado.

“¡Era un santo!”. He allí la reflexión que pronunciaban muchos labios. De regreso a su casa, un estudiante anotaba en seguida: “Me formé hasta ahora una idea pueril referente a la santidad; la creí privilegio de un ser fuera de la humanidad, cosa admirable por cierto, pero a la que no hay pensar en alcanzar.

Ahora bien, regresando a mi casa después de las exequias, me sentí iluminado de repente por una luz interior que me hizo decir: “¡He allí un santo!”.

El siguiente día de su fallecimiento y los días subsiguientes, la prensa de todo matiz elogió a ese joven casi desconocido la víspera y que la muerte descubría bruscamente y señalaba a la atención pública. En muchos hogares, sobre todo en los humildes y pobres que socorriera o visitara simplemente, recortaban artículos necrológicos, los fijaban con alfileres en las paredes, al lado de su retrato, así como se hace con las estampas sagradas, y ya algunas madres le invocaban por sus hijos.

En las columnas que le dedicaban aquellos que le conocieron, algunos señalaban su acción como miembro de la Conferencia de San Vicente de Paúl: “Amaba a los pobres y a los

humildes; pasó en medio de ellos, haciendo el bien. Iba a buscarles en los barrios más apartados de la ciudad, subía por escaleras angostas y oscuras, penetraba en las buhardillas para aliviar la miseria o el dolor; llevaba con qué saciar el hambre del cuerpo y consolar a las almas. Todo cuanto llevaba consigo era para los demás, como también los tesoros de su corazón. Había nacido para dar y no vivía para sí mismo: era un cristiano de fe, un católico de acción”.

Otros insistían en su cordialidad y en su espíritu celoso en sus relaciones con los estudiantes de la Federación Universitaria: “Era el más amado de todos. En el mutuo encuentro de las almas y de los corazones, le dábamos y él nos devolvía lo mejor que tiene el afecto. Estaba en medio de nosotros al servicio de un noble ideal. Apaciguaba riéndose nuestras discusiones y nos animaba en las batallas de la vida. Haciendo el bien, experimentaba tal alegría que ésta brillaba en sus ojos al regreso de sus peregrinaciones a casa de los pobres. ¡Oh! ¡qué ejemplo nos daba! ¡Fue verdaderamente el abanderado de la Juventud Católica y bandera viviente él mismo!”.

Otros evidenciaban los hermosos aspectos de su naturaleza: “Tenía alma de niño y sin embargo carácter de temple viril. En sus advertencias, sus consejos y sus juicios, tenía tan absoluta precisión moral, tan escrupulosa equidad, tan abundante y sincera generosidad, que sus amigos le seguían en todas las circunstancias, con ilimitada confianza. Su corazón así como su espíritu eran rectos, de irreprochable lealtad. Era incapaz de un pensamiento tortuoso o incierto. Su alma era como su exterior, como su mirada, como su palabra, como su modo de mover la cabeza, y su modo de decir **sí o no**, sin rodeos, sin reticencia, sin recurrir jamás a distinciones sutiles. Su mismo misticismo era de naturaleza muy propia, preciso, y sostenido por un maravilloso sentido práctico que no le permitía vacilar jamás entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto. Seguía derecho su camino, con paso franco y seguro, sin pararse, sin demorar, sin molicie, así como lo veíamos caminar por la calle”.

Otros, en fin, más sagaces, trataban de analizar las energías de su acción, insistían sobre su vida de cristiano perfecto, su espíritu de oración, su frecuente recepción de los sa-

cramentos y su actitud en el curso de las ceremonias y manifestaciones religiosas.

Muy significativo bajo ese punto de vista es el elogio que de él hiciera el diario socialista de Milán, "La Giustizia". Queremos reproducirlo íntegramente a causa de su acento de incontestable sinceridad, a causa de su extremada benevolencia y porque muestra hasta qué punto hubo unanimidad de sentimientos alrededor de su nombre.

"Ese **Pier Giorgio Frassati** que la muerte arrebató cruelmente y con rapidez de ladrón, a los veinticuatro años de edad, era verdaderamente un hombre. Lo que se lee referente a él es tan nuevo, tan extraño, que aún los mismos que no comparten su fe, se sienten presa de respetuosa extrañeza. Joven y rico, eligió como herencia el trabajo y a bondad. Creyendo en Dios, confesaba públicamente su fe y la manifestaba en todas las oportunidades. La conceptuaba una milicia, un uniforme que no se deja ni por oportunismo, ni por respeto humano.

"Católico convencido y miembro de la Juventud Católica Universitaria de su ciudad natal, desafiaba las débiles burlas de los escépticos, de los vulgares, de los mediocres y lo hacía tomando parte activa en las ceremonias religiosas, y no temiendo escoltar a su arzobispo en los días de grandes solemnidades.

"Bella y digna de admiración es toda manifestación calmosa y firme de un convicción personal y no exhibición de ostentación, mas ¿cómo separar la convicción sincera y la afectación? Ahora bien, ese joven católico era ante todo, un cristiano que transformaba sus opiniones místicas en obras vivientes de solidaridad humana y en constantes manifestaciones de piedad.

"Puede apreciarse de diverso modo la eficacia social de la caridad, mas no se puede desconocer su valor, cuando se la practica con corazón puro y no se la utiliza como un narcótico o un derivativo, sino como remedio inmediato para el infortunio, y sin segunda intención; sin otra finalidad que la de cumplir con toda lealtad un deber de amor fraternal.

"Ese joven que, en vísperas de conquistar su diploma de ingeniero, jamás había tenido miras egoístas, que no tenía esa mirada de halcón que se lanza a la rapiña como se observa en tantos afortunados de la vida, sino la calma y la mansedum-

bre del hombre que se siente hermano de los demás hombres, de los pobres, de los desdichados; ese joven constituye una excepción que merece ser recordada en la vertiginosa continuación de la crónica cotidiana.

“Era sano de espíritu, robusto de cuerpo y de alma; amaba el movimiento, las altas cumbres y la fuerza, no aquella que se hace instrumento de opresión, sino aquella que se pone al servicio de la justicia y del derecho, a tal punto que, cuando irrumpió en su casa la fuerza opresora, supo rechazarla con viril energía.

“En nuestros tiempos de odio engendrado por el espíritu de soberbia, de dominación y de codicia, ese cristiano que cree y obra como hombre de fe, que habla según piensa, y obra según habla, ese intransigente de la religión es, en verdad, un modelo que. Algo puede enseñarle a cada uno de nosotros”.

No causará pues extrañeza el que, en cuanto se supo el fallecimiento de **Pier Giorgio Frassati**, el arzobispo de Turín, S. Em. el Cardenal Gamba, que le conocía y fuera muchas veces testigo de su piedad valiente y de su ardiente caridad para con los pobres, haya expresado en seguida el deseo de que se escribiera su vida.

Un sacerdote Salesiano de Don Bosco, Don Cojazzi, que fuera su maestro y, durante muchos años, su confidente, se había anticipado en cierto modo a ese deseo y lo había manifestado en un artículo publicado por un diario de Turín.

Al día siguiente Su Eminencia quiso felicitarle en estos términos:

“Reverendo y querido Don Cojazzi

“¡Habéis adivinado mi pensamiento! Una de estas noches, durante un insomnio, sopaba con nuestro Jorge que absorbe todos mis pensamientos en estos días y me decía a mí mismo: es preciso escribir su vida; será para nuestros jóvenes un bello modelo al mis o tiempo que un protector, pues ya está ciertamente en el cielo.

“¡Feliz coincidencia! el día siguiente por la mañana, leí en el **Corriere**, el magnífico artículo en el que invitáis a todos aquellos que conocieron al querido difunto, a que os comuniquen los hechos de los que tuvieran conocimiento precisamente

en vista a escribir su vida. ¡Imaginaos cuánto me alegro de ello! Así, permitidme que os agradezca vuestro piadoso pensamiento y que os anime lo mejor que pueda a realizar, en cuanto os sea posible, ese trabajo. Será no sólo muy grato, sino muy útil a nuestros jóvenes de la Federación Universitaria y a los demás, pues **Pier Giorgio Frassati** fue un modelo para todos, ya que cruzó en el curso de sus años juveniles, todos los peligros del mundo, los que, lejos de manchar la pureza de su alma, contribuyeron al contrario a hacer de él un verdadero héroe cristiano. Gracias pues por vuestro proyecto y gracias también a todos aquellos que os bendecirán por esa obra destinada a realizar el mayor bien.

“Vuestro afectísimo en Nuestro Señor”.

Los **Testimonianze** (Testimonios) de Don Cojazzi se publicaron recién dos años más tarde, en marzo de 1928, es decir después de haber experimentado la prueba del tiempo. Se imprimieron 10.000 ejemplares que, se agotaron en tres meses. Desde entonces siguieron editándose continuamente. El tiraje global alcanza hoy a la cifra considerable de 55.000 ejemplares, uno de los mayores de Italia, según se dice, después de la “Vida de Jesucristo”, por Giovanni Papini.

Según lo diremos al final de este volumen, el ejemplo de esta vida suscitó allende los montes, un ímpetu de fervor y de actividad religiosa que crece siempre y que no tiene miras de apagarse. Ya lo constataba el mismo Emmo. Cardenal Gamba en una carta a sus eminentísimos colegas:

“El éxito de ese libro, hace notar, fue verdaderamente grandioso y benéfico. De todas partes nos llegó, a mí mismo y al compilador de esos preciosos documentos, el eco de las conversiones, de los favores conseguidos y del santo entusiasmo que provocara esa lectura.

“La Acción Católica está llamada a desarrollarse de más en más en Italia. Convencido estoy de que no hay obra más apta que ésta para favorecerla, pues sigue siendo aún el modelo para los Círculos de jóvenes, para la Federación de los Estudiantes de la Universidad, para los Miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl y para las agrupaciones del Evangelio que

se multiplican cada vez más y oponen una eficaz resistencia a la nefasta propaganda protestante”.

Confiando en ese testimonio y en ese éxito, nos hemos preguntado si no les resultaría provechoso a los lectores franceses meditar en las lecciones de la vida de **Pier Giorgio Frassati**, en este momento en que se organiza en Francia la acción de las diversas agrupaciones de juventud dentro de los cuadros de la Acción Católica, tan frecuente y tan calurosamente recordada por el Santo Padre.

La atmósfera en que viviera y se desarrollaran y dilataran sus excepcionales virtudes cristianas, es con poca diferencia, la de nuestros ambientes universitarios, de nuestras Facultades y de nuestras grandes escuelas. En todas partes se hallan las dificultades de las cuales ha triunfado enérgicamente para mantenerse en la amistad de Dios, a pesar del agnosticismo y del sensualismo ambiente. Las vicisitudes de la política italiana le obligaron a veces a modificar la forma de su apostolado pero no cambiaron su orientación. Con una habilidad digna de elogio por su sentido realista, por su perfecta abnegación y por su preocupación por las almas, se adaptó a la forma que le quedaba abierta y accesible, sin que se turbara su paz interior, ni su habitual buen humor, ni su fisonomía sobrenatural y, digámoslo bien alto puede, de ese modo, dar algunas, lecciones a todos.

“Ese joven y gran cristiano, según escribía el 27 de marzo de 1928, S. Em. el Cardenal Dúbois a Monseñor Gamba, a su muerte prematura ha dejado magníficos ejemplos de vida cristiana y apostólica. ¡Ojalá tenga muchos imitadores!

Agregaba, su Eminencia: Para que la muy católica Francia pueda proporcionárselos más fácilmente sería de desear que este bello libro fuese traducido a otras lenguas. No dudo de que hallará entonces gran éxito en nuestras obras de juventudes, felizmente florecientes en la hora actual”.

Está ya realizado el voto del difunto cardenal que no cesó de regocijarse por el espléndido desarrollo de nuestras obras de juventudes a las que favoreció sin descanso.

La obra que presentamos al público francés no es una traducción literal de la obra italiana, no es tampoco una biogra-

fía crítica, sino una prueba de adaptación de los “Testimonios” de Don Cojazzi.¹

Que tenga a bien Don Cojazzi hallar aquí la expresión de nuestro vivo agradecimiento por su generosidad en facilitar nuestra tarea.

Hemos de tributarle igualmente un especial tributo de reconocimiento a Monseñor J. J. Stevenin, canónigo de Saint-Ours (Aosta), quien tuvo a bien poner a nuestra disposición una primera versión de la obra italiana a la que hemos acudido frecuentemente.

El día de los funerales de **Pier Giorgio**, al atravesar sus despojos mortales por última vez el umbral de la iglesia de la Crocetta, se vio a un pobre ciego, alejarse de la pared en la cual estaba apoyado y luego, guiado por una mala amiga, abrirse paso por entre la muchedumbre, tocar el ataúd con su mano temblorosa y trazar sobre su frente la señal de la cruz

Que nuestros jóvenes y todos aquellos a quienes enseguece el error, los prejuicios o las pasiones, renueven este gesto después de haber tomado contacto con el alma -de ese heroico joven y que sus ojos se abran entonces al espectáculo de la alegría y de las grandezas cristianas.

V. M.

¹ Los lectores que descaren completar los informes forzosamente breves que dimos acerca del ambiente y de los Principales hechos de la historia religiosa contemporánea de Italia, podrán consultar con provecho la obra de Mauricio Vaussard, *L'intelligence catholique dans l'Italie du XXe. siecle* (Gabalda).



CAPÍTULO PRIMERO

EL NIÑO

Pollone es una pequeña aldea, de 1.800 habitantes aproximadamente, formada por varias agrupaciones de casas aferradas en las laderas del monte Muerone (2.300 m.), cuyas últimas pendientes terminan en Biella, al norte de la llanura piamontesa.

Allí el aire es fuerte y transparente, el clima de lo más sano y, merced a la profusión de las aguas que bajan de la montaña, la vegetación se mantiene lujuriente tanto en el rigor del verano como en los más hermosos días de la primavera. Viejas moradas campesinas, pintadas de blanco o de rosa, con balcones recargados de flores, se escalonan en las pendientes, dominando alegres praderas llenas de sol; ricas casas de recreo cercadas de macizos de hortensias, rododendros o azaleas abriéndose por uno y otro lado, flores cuya blancura se vuelve más deslumbrante por la vecindad de bosquecillos de castaños o de árboles exóticos de colores sombríos.

Así como los Biellese, los habitantes de Pollone tienen las cualidades y los defectos de los Piamonteses. Enérgicos y voluntarioso testarudos y aún poco comunicativos, como todos los montañeses, son además económicos, aunque no temen las cargas de familia, positivos y realistas y no desprovistos sin embargo de cierto espíritu de aventuras. De este modo a fin de redondear un peculio que les permitirá pasar su vejez en la seguridad y en la calma de la casa natal, no vacilan en

expatriarse muy lejos, libres de aceptar los oficios más penosos y más inesperados.

Ciertas de estas cualidades se vuelven a encontrar en los ascendientes de **Pier Giorgio**. Recorriendo los archivos de la comuna hasta épocas muy lejanas, se halla el nombre de sus ascendientes maternos, los Ametis. El bisabuelo de **Pier Giorgio** ejerció la profesión de médico y tuvo diez y ocho hijos. Francisco Ametis, su abuelo, se enroló muy joven en el ejército sardo y tomó parte en la guerra de la Independencia (1848-1849) ; emigró después al Perú, regresó luego a Pollone, para edificar allí la sólida y espaciosa casa donde **Pier Giorgio** gustara más tarde pasar sus vacaciones, en compañía de su tía y de su abuela genovesa, Linda Ametis Copello, que fue notable cristiana, fiel a la práctica de la comunión cotidiana.

Su abuelo paterno, Pietro Frassati, oriundo de Occhieppo, cerca de Pollone, repartió su tiempo entre sus funciones de médico y la educación de sus hijos, entre los cuales hallábase Alfredo Frassati, padre de nuestro héroe.

Debió su elevación en la escala social a su inteligencia y a sus cualidades fundamentales de escrupulosa honestidad y amor al trabajo.

Corresponsal, luego subdirector y copropietario de la "**Gazzetta Piemontese**" que desde entonces se llamó "**Stampa**", quedó su único dueño por compra, en 1900. Este diario era muy conocido en aquel tiempo por su lealtad para con la monarquía italiana, su liberalismo esclarecido y enemigo de toda puja y su respeto al orden.

La estima que en las altas esferas se tenía del director del "**Stampa**" le valió en 1913 una banca en el Senado.

En Octubre de 1922, la marcha sobre Roma, le sorprendió en Alemania, donde desempeñaba las funciones de embajador de Italia en Berlín. Lógico consigo mismo y seguro de la aprobación de su hijo sobre el particular, no vaciló en mandar su renuncia al jefe del gobierno.

Su hijo fallece el 4 de Julio de 1925. Forzado, al año subsiguiente, a abandonar la dirección del "**Stampa**" y luego a vender el diario, ha menester de toda su indomable energía para no naufragar en la desesperación.

Sólo al cabo de varios años de soledad y de ocio forzosamente, le solicitaron asumiera la dirección del “**Italgaz**”. Aceptó sin abdicar de ninguno de sus principios.

Se comprenderá que el hijo de semejante padre y descendiente de semejante estirpe debía por fuerza ser intransigente él mismo ante los honores.

El Sábado Santo, 6 de Abril de 1901, nació en Turín **Pier Giorgio**, “mientras las campanas de la Crocetta tocaban el **Gloria** de la Resurrección”, según dirá su abuela con una pequeña inexactitud tocante a la hora (6 de la tarde). A causa de esa alegre coincidencia, gustarán de llamarle “el hijo de la Fiesta”.

Alguien que mucho le conoció, no s traza del niño ya grandecito este viviente retrato: “Me parece verlo todavía a mi lado, con su bello rostro de niño de maravillosa tez morena, el ideal de un pequeño Jesús para un pintor orientalista. Sus ojos de pupila negra y dilatada, son grandes y de mirada suave; las pupilas se destacan sobre un azul claro y diáfano, resaltando sobre el color bronceado del cutis que lo hace parecer a un pequeño árabe de formas perfectas. Su fisonomía de facciones regulares lleva ya el sello de esa cándida dulzura que se trocará luego en fundamental bondad. Los labios más bien gruesos dan forma a una pequeña boca triangular, que se abre para sonreír con facilidad, y, ante la menor emoción, caen de sus grandes ojos dos silenciosas lágrimas que no puede retener.

El niño crece en fuerza y en belleza en la atmósfera sencilla del hogar. Sus naturales cualidades se manifiestan ya en una innata rectitud que lo enemista con la mentira y con un sentimiento de compasión que lo inclina hacia todo sufriendo para aliviarlo, cuando es impotente para suprimirlo.

Tiene sin embargo defectos: es brusco y desordenado, y hasta cargante, y las desavenencias que puede llegar a tener con su hermana Luciana, diez y siete meses menor que él, se resuelven frecuentemente mediante la fuerza. Es necesario agregar que la cree su único recurso contra las alteraciones de la verdad.

¡Paciencia! pronto tendrá suficiente fortaleza de alma para imponerse la dura obligación de no reaccionar más con la violencia contra el defecto que más le hace sufrir.

Ese hombrecito es la misma lealtad y, ya, a su edad, esclavo de la palabra empeñada.

Ninguna fuerza en el mundo, ni aún su hambre de lobezno, podría obligarle o tocar un manjar o una golosina que está al alcance de su mano, cuando su madre se lo prohibió formalmente. Ninguna solicitud de su tío o de cualquier otra persona de la familia, jamás le hizo ceder en esto. Nos agradan esa terca valentónada, ese sentido precoz del honor en un niño. Es la rehabilitación de la raza bielesa, nos diría su madre; ¿mas no tiene también parentesco ese niño, con nuestros valientes de la Edad Media, con la altiva raza de nuestros caballeros cuya soberana ley fue ante todo el culto del honor?

Mirémosle entrar en su casa, quitarse y luego dejar su sobretodo e ir, sin decir palabra, a apostarse en un rincón, dándose vuelta de cara a la pared.

-¿Qué haces allí?- le pregunta su tía.

-Mi penitencia.....

Efectivamente, su madre, que acababa de encontrarle en la calle, habíale dado ese castigo por una travesura.

Una de sus institutrices no deja de señalar esa extremada lealtad en su alumno de doce años de edad: "Era un niño muy activo, extremadamente cándido y tan respetuoso del deber que jamás recurrió a razones falsas para eximirse de él o para justificar resultados que no siempre eran satisfactorios. "No supe" "Me equivoqué", solía decir sencillamente con franqueza y decisión. Calmaba a menudo de ese modo a aquellos que estaban enojados con él debido a sus extravagancias o a sus ligeras negligencias".

¿No fue por ventura esa innata necesidad de rectitud unida a una exquisita sensibilidad, la que le hacía intolerable el sufrimiento físico, aún en los animales molestados sin razón? ¿No es la crueldad al mismo tiempo que un odioso abuso de fuerza, una ofensa a la justicia?

A la edad de cinco años, habiendo descubierto el significado de la palabra "huérfano", no pudo dormirse. Se fue

en camisón y con los ojos llenos de lágrimas, en busca de su madre: “Mamá, mamá, ¿era huérfano el pequeño Jesús?” Le costó trabajo a su madre conformarlo, diciéndole que Jesús tenía una excelente mamá: la Santísima Virgen, y dos papás: San José en la tierra y el buen Dios en el cielo.

Otro día, su padre estaba en el umbral de la puerta echando a un borracho al que su aliento acaba de traicionar. **Pier Giorgio**, que vio sólo el ademán de su padre, vuelve sollozando hacia su madre y le dice: “Mamá, allí había un pobre que tenía hambre y papá no le dio de comer”.

La madre creyó sorprender en ese lamento algo así como un eco del Evangelio: “Vete pronto en busca de él, hazlo subir y le daremos de comer”. Se hizo así. Mas al despedirlo, el padre no se había engañado y se convencieron pronto que el vagabundo había abusado de la confianza de los que le dieron hospedaje. Trataron de hacérselo entender al niño. Escuchó en silencio. Su mente le decía que su padre tenía razón, mas su sensible corazón seguía protestando.

Fue ésta su primera obra de misericordia. Y le salió mal. ¿Cuántas veces, sorprendieron su buena fe, en lo sucesivo? **Pier Giorgio** jamás lo dijo. Le bastaba seguir la inclinación de su corazón que jamás se enfadó ante la malicia o la ingratitude.

Su abuela paterna le daba a veces algún dinero en aquel entonces, mas antes de llegar a su casa, ya había repartido entre los pobres hasta el último centavo.

Una madre de familia que había sido sirvienta en su casa, recibió cierto día de manos de él la fuerte suma de cincuenta liras. Fue el primer aguinaldo de consideración que le diera su abuela paterna recomendándole que lo hiciera fructificar. El niño obedeció a su modo y nadie se animó a ofenderse por esa inesperada colocación.

¡Cuán delicado es también ese gesto del caritativo niño suplicándole a su mamá que acababa de comprar un hermoso casimir para hacerle un traje, que lo cambiara por otro de menor precio para poder dar el sobrante a los pobres!

Pier Giorgio tiene catorce años de edad, al entrar Italia en la guerra. El sufrimiento de los soldados lo conmueve pro-

fundamente. “He aquí seis liras. ¿Qué haré de ellas? le preguntó cierto día a la cocinera que estaba preparando un paquete para un soldado que estaba en el frente. Como la mucama se compadeciera cierto día de tantos sufrimientos y muertes prematuras, que son el triste rescate de la guerra, le dijo: ¿no daríais vuestra vida, Natalia, a fin de que cesara ese azote?” “¡Oh! respondió ella, soy joven y mi vida es tan preciosa como la de los pobres soldados”. “Pues bien, yo la daría y ¡enseguida!” respondió el adolescente escandalizado.

Para los misioneros colecciona con ardor estampillas de franqueo y boletos de tranvía y se desvive por hallar personas que se los proporcionen.

Esos rasgos cuya lista podría alargarse fácilmente, son ampliamente suficientes para hacernos entrever lo que será más adelante **Pier Giorgio** con la experiencia de los años y cuando tenga conciencia de sus responsabilidades de cristiano y de hombre de acción.

Comienza mientras tanto la educación religiosa del niño. Su madre, su abuela materna, su tía, tratan de abrir su alma a las riquezas de la fe; el niño recuerda con más facilidad los ejemplos vividos que las nociones abstractas. Siendo el Evangelio el libro de vida por excelencia, recibe sus primeras lecciones en la compañía del Divino Maestro. Los ejemplos que de caridad para con los pobres le da su padre confirman de modo impresionante la doctrina que va extrayendo del texto sagrado.

Oigamos al doctor en letras Don Cojazzi, encargado de completar en el hogar la enseñanza que recibe el niño en el **Ginnasio Liceo Massimo D'Azeglio**: “Recuerdo que su madre me rogó le ayudara a darles a **Pier Giorgio** y a su hermana el **sensus Christi**. Ella utilizó esta misma expresión para darme a entender que no había de atenerme estrictamente a las materias de clase, sino que había de usar digresiones y desarrollos acerca de las cuestiones religiosas.

“No tarde en darme cuenta entonces (para servirme de una expresión usada en España) que la frente del niño estaba bañada aún de agua bautismal. Ahora me explico mejor la sorpresa agradable que tuve, desde los primeros días, cuando

lo veía, al terminarse la lección, pararse ante mí, con delantal negro, los brazos cruzados, sus ojos negros clavados en los míos y suplicantes y decirme: “Contadme ahora una historia acerca de Jesús”. Por de pronto, amplié el relato evangélico, lo anegué en un sinnúmero de detalles de mi cosecha. No podría decir debido a qué señales me di cuenta de que este método no era el mejor. Cesé al instante, contentándome con relatar el Evangelio a la letra, cuanto me lo permitía mi memoria. Pude observar entonces en su rostro, merced a una sucesión de sombras y de luces, los sentimientos que el desarrollo del relato divino despertaba en él. Si concluía con un episodio alegre gozoso, si le contaba por ejemplo el afecto de Jesús por los niños, las alabanzas que les tributaba a las flores, a los pájaros y a los corderos, sus ojos brillaban al instante y me decía sonriendo: “¡Cuán bello es”. Si elegía al contrario un relato lleno de la compasión de Jesús para con los pobres, los enfermos, los hambrientos, los pecadores; si detallaba los milagros con los cuales alivió tantas miserias humanas, su rostro se enristecía y dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, lágrimas que trataba de secar valientemente y sin vergüenza. El niño aprendió así a oír los llamados interiores a la mansedumbre”.

Se comprenderá talvez mejor ahora que, formado en tal escuela de sinceridad y de rectitud, el niño, así como los suyos por otra parte, acostumbrado a no forzar nunca sus sentimientos, se haya horrorizado de lo que se podría llamar la “retórica de la vida”, es decir toda palabra, toda actitud, toda manifestación inspirada menos en una convicción profunda y razonada, que en las convenciones sociales, las costumbres y las actividades mundanas. De allí le provino talvez cierta dificultad para ampliar, para desarrollar sus sentimientos que expresaba siempre escrupulosamente tal cual los experimentaba y en la medida en que los experimentaba, en frases breves y espontáneas mejor que en extensos períodos verbales; resultó de ello, en la época de los ejercicios escolares, una esterilidad literaria que muy sin razón alarmó a veces a sus profesores y hasta a los miembros de su familia.

El estilo telegráfico era entonces su estilo preferido; sus composiciones eran esquemas esqueléticos y la tarjeta pos-

tal le parecía la forma ideal para expresar sus sentimientos. Puesto frente a sus deberes, cuántas veces le dijo a su madre, sonriendo: “Oye, mamá, yo voy a resolver mi problema y tú harás mi narración”.

El porvenir iba a demostrar la inutilidad de los temores que se tenían con respecto a él: “Recuerdo, escribiré más adelante uno de sus profesores, refiriéndose a él, que cuando lo vi llegar al colegio, era de comprensión lenta, como suelen ser los montañeses, más era igualmente obstinado. Como le dijera que habría de vencer muchas dificultades si persistía en querer ser ingeniero, me respondió que lo sería a costa de los más duros sacrificios. Conociendo su fuerza de voluntad y habiendo comprobado la influencia decisiva que el estudio de las matemáticas ejercía sobre su desarrollo intelectual, yo no desesperaba del éxito. Desde su último año de liceo hasta sus primeros años en la escuela de ingeniería, vi a su inteligencia abrirse como una flor, afinarse y volverse poco a poco tan sutil y tan penetrante que le permitía resolver cualquier dificultad a fuerza de estudio y de tenacidad”.

La aridez del principiante había sido solamente indicio de una de las cualidades morales más raras en un niño; o sea la sinceridad límpida como una hoja de espada, además de otros dones igualmente preciosos.

Pier Giorgio, y su hermana hicieron su primera comunión el día 19 de junio de 1911, bajo las miradas de la Virgen, en la exquisita capilla de las Hermanas Auxiliadoras de las Almas del Purgatorio en Turín. La hizo seriamente, piadosamente, como hacía todas las cosas.

Don Cojazzi regalole ese día una vida de Cristóbal Colón, que llevaba la siguiente dedicatoria: “A ti, **Pier Giorgio**, como recuerdo del día de tu primera comunión, este libro en el que se narran las empresas de Cristóbal Colón, gloria, de Italia y de la religión. Sea él tu guía hacia una y otra de ambas glorias. Ojalá puedas ser tú también, como él, portador de Cristo durante toda tu vida, voto que formulo por ti, con el afecto del amigo y la bendición del sacerdote, tu maestro”.

¡Portador de Cristo! qué programa más bello le fue jamás propuesto por un corazón de sacerdote a su hijo discípulo

pulo predilecto. Humilde y lealmente **Pier Giorgio** se hizo un deber de realizarlo.

El Padre Lombardi, S. J., su Padre Espiritual, nos dirá cuáles eran las disposiciones del niño que acababa de entrar en aquella época (1913), en el tercer curso del colegio de los Padres Jesuitas en Turín (**Istituto Sociale**, en la calle del Arzobispado): Me impresionó al instante su prontitud en responder al deseo que le manifestara de verle acercarse a menudo a la sagrada Mesa. Desde entonces, comenzó a comulgar varias veces por semana, con tal ardor de corazón y tan gran fervor que quede edificado así como su madre. Esta se preguntó, sin embargo, a sí misma, si tenía él suficiente madurez para darse cuenta del gran acto que cumplía. Le di seguridades y pronto tuvo la felicidad de comprobar los crecientes progresos de su hijo en el bien. En 1917-1918, luego de haber pasado tres años en la escuela **Massimo D'Azeglio**, ingresó en el colegio de los Padres, comenzó a seguir la práctica de la comunión cotidiana que cumplió fielmente hasta la muerte. Tanto como pude apreciarlo, comenzó bajo la poderosa acción de la Eucaristía a transformarse en el cristiano piadoso, convencido y fuerte cuyo magnífico ejemplo merece ser propuesto a todos”.



CAPÍTULO II

LOS AFECTOS DEL HOGAR LA CRISIS DE LA ADOLESCENCIA

Es menester compadecerse del niño que se ve obligado, debido a la indiferencia o a la mundanalidad de sus padres, a buscar fuera del hogar sus amistades nacientes, sus placeres y sus juegos. Tocante a **Pier Giorgio** halla en Pollone o en Turín, al lado de los suyos, sus más caros afectos y sus alegrías preferidas. Su padre se ingenia en primer lugar en hacerse su camarada de juegos. Es para él mismo una honesta diversión de sus trabajos. Luego de terminados éstos, comienza con los niños carreras a lo largo de las alamedas y desordenadas persecuciones por las habitaciones con peligro de hacer volar a pedazos los espejos. Tal familiaridad se aviene por otra parte con el respeto y la autoridad del jefe de la familia que siempre queda a salvo. Por lo tanto se establece entre el padre y el hijo un afecto matizado de respeto que irá creciendo; se manifiesta en el breve saludo después de las comidas y en las mil naderías de que está tejida la existencia cotidiana. Pero se manifiesta sobre todo en los períodos de separación. “Las pocas líneas que enviaste a Luciana, escribe el padre, me revelan todo tu corazón. Lo veo bello, recto, tal cual lo soñé para ti. Suceda lo que suceda, no cambies. Estoy muy orgulloso de tí”.

“Mi querido papá, escribe a su vez **Pier Giorgio**, mañana es tu santo... estaré a tu lado y le rogaré al buen Dios que te

colme de consuelos como agradecimiento por todo el bien que hiciste y que harás aún”.

Esos sentimientos de mutua admiración jamás serán desmentidos más adelante. El noble ejemplo de la vida caritativa del padre se grabará para siempre en el corazón del niño y del joven.

Otro afecto que eleva, es el que alimenta para con su abuela materna, hecha toda admiración por la piedad de su nieto, siempre sensible a su sonrisa hasta el momento en que, próxima a morir, parecerá reanimarse al aproximarse él.

Una comunidad de ideas y sentimientos cristianos le hizo siempre querida la presencia de su hermana, cuyo buen sentido y recto juicio admiraba.

Luciana rinde con éxito examen de derecho, el 15 de Julio de 1923. Su hermano se apresura a regalarle un libro. Elige la vida de Santa Catalina de Sena, por Joergensen, y escribe en la primera página esta dedicatoria: “A mi buena y querida hermana, en recuerdo de su doctorado, a fin de que este libro sea su guía en su ascensión espiritual”.

Al casarse ella con un diplomático polaco el 25 de enero de 1925, le regaló un crucifijo que él quiso fuera bello, antiguo, artístico. “Al entregármelo, escribió ella, **Pier Giorgio** estaba radiante. Parecería que me daba al propio tiempo, todas las bendiciones del cielo, como si hubiese podido prever que ese crucifijo había de ser, de hecho, mi más seguro refugio en el momento del dolor.”

La carta que le mandó desde Turín, el 13 de marzo del mismo año, acabará de mostrarnos cuál era la naturaleza de la amistad de ambos niños. “Se que tú misma te ocupas de los quehaceres de tu casa y eso te vale todos los elogios de tu hermano que está lejos de ti. Se me ocurre recomendarte algo con relación a la Cuaresma en la que nos hallamos. Hela aquí: “deseo que durante este tiempo de luto para la Iglesia, te prepares a las fiestas pascales con algunos pequeños sacrificios y algunas privaciones.

“Si no podemos desgraciadamente celebrarla este año juntos de cuerpo, celebrémosla en espíritu. El día de Pascua mantengámonos firmemente unidos con Dios para la oración”.

Esas amistades muy elevadas no podían ser sobrepasadas, y verdaderamente sólo las sobrepasaba el afecto tierno, matizado de respeto y casi religioso que **Pier Giorgio** tenía para con su madre, pues ella personificaba para él la presencia de Dios en el hogar.

Muy pequeño, buscaba en su mirada la aprobación de sus menores actos, y aunque su afecto muy demostrativo como el de todos los niños, se manifestara por medio de caricias y besos, gustaba de probarlo sobre todo con actos: actos de obediencia absoluta y ciega, al principio, y luego sencilla y razonada frente a las grandes decisiones de la edad madura.

Sólo una educación firme, severa aún, puede ser fuente de semejante docilidad. El niño sabía que en los labios de su madre un **no** era un **no** y que ni los caprichos ni las lágrimas podían cambiarlo. Junto con eso, nada de molicie en el hogar. Ambos niños casi ni conocieron, en cuanto a golosinas y regalos, sino los que les traía el niño Jesús, para Navidad. Nada tampoco de falsos placeres: jamás café, ni veladas, ni cinematógrafo.

Algunos amigos recuerdan que de noche, en Alassio, la madre les decía a sus hijos, después de cenar: “¡la oración y a la cama!”. Ante esta intimación, **Pier Giorgio**, que tenía a la sazón 13 años y su hermana que tenía 12 años, se encaminaban hacia la iglesia cercana, mientras que los demás niños del hotel, iban con vestidos de fiesta, a tomar un refresco o a oír música.

“Niños educados sin debilidades, a la buena, mejor que los hijos de los campesinos y de los pobres”, decía cierto día Carolina, la cocinera.

Recién hacia los 15 o 16 años de edad, la madre, sabiéndoles formados, les dejó a ambos una razonable libertad, de la que jamás abusaron. Lo prueba el siguiente hecho.

Pier Giorgio, quien tenía a la sazón 15 años de edad, cursaba el quinto superior. Volviendo cierto día a su casa, su madre lo halló caminando a largos pasos por la habitación: “¡Ah! ¡mamá, hete aquí! Te esperaba para pedirte que me permitieras tomar de la biblioteca la edición completa del **Orlando**, de Ariosto. Quisiera compendiar bien el canto quinto, que no tengo en mi edición”. Ahora bien, el volumen del que se trata,

estaba junto con otros clásicos en la biblioteca abierta; el niño hubiera podido apoderarse de él. Prefirió esperar y pedir permiso.

En el mismo orden de ideas, su hermana escribirá más tarde: “Jamás sorprendí en sus manos un libro dudoso. Jamás vi hojear un volumen o un diccionario para satisfacer un deseo malsano, una curiosidad poco confesable. Le hubiese bastado a su madre señalar, en cualquier obra confiada a sus cuidados, un pasaje del que debía omitir su lectura, para que él se atuviese estrictamente a esa difícil consigna”.

Tal dominio de sí mismo en estas materias delicadas lo preparaba para afrontar victoriosamente la crisis de la adolescencia, ese período de desequilibrio psíquico que señalan la exageración de la afectividad, la búsqueda de las emociones, los inmoderados entusiasmos por las ideas generosas, por las maravillas de la industria o por el arte y por las magníficas proezas. A esas manifestaciones de su psiquismo, cuando ellas se presentaban, **Pier Giorgio** las asociaba inconscientemente o no, al pensamiento de su madre, pues este pensamiento regía todos sus actos lo mismo que cuando era niño. Así, viendo un hermoso paisaje, una obra de arte o una acción heroica, no podía dejar de exclamar con entusiasmo: “¡Oh, si estuviese mamá aquí, si viera esto”.

Sin embargo, bajo la vigilante mirada de la madre se desarrollaba físicamente hasta el punto que si bien sus reflexiones eran aún las de un niño, su aspecto era ya el de un hombre. Ella creyó llegado el momento de ponerlo en guardia contra las eventuales sorpresas de su sensibilidad, iniciándolo ella misma en, el misterio de la vida. Notó con gran extrañeza que el adolescente no prestaba atención alguna a sus palabras, su aire distraído indicaba que no entendía. Su mente así como sus sentidos seguían siendo vírgenes.

No fue más feliz el resultado al ponerle ella en sus manos la obra del doctor Sylvanus Stall: “Lo que debería saber todo joven...” Lo tomó, lo colocó sobre su mesa, cerca de su cama y prometió leerlo. A los dos o tres días, la madre, queriendo darse cuenta de si lo había leído, buscó el libro y lo vio sepultado bajo una pila de libros. Lo sacó para colocarlo de nuevo a

la vista. Trabajo inútil, al día siguiente el libro estaba sepultado de nuevo. Usó de nuevo varias veces de la misma estratagema, sin mejor resultado. Parece claro que **Pier Giorgio**, jamás lo leyó.

Ocurrió, sin embargo, en aquella época el incidente que hubiese podido serle fatal, pero que contribuyó por el contrario a precaverse para siempre contra sorpresas de la edad crítica.

Dejemos hablar a un testigo y mejor aun, a un actor del incidente: "Tenía a la sazón unos quince, o diez y seis años de edad. En aquella época a fin de que nuestros profesores nos otorgaran una licencia o una clasificación suficiente, nos entregábamos, a manifestaciones estudiantiles intempestivas. Luego de haber armado un escándalo fenomenal, nos encontramos, **Pier Giorgio** y yo con dos jóvenes bien descaradas por cierto, pues ellas nos hablaron primero. De palabra en palabra llegamos a fijar una cita. A fin de procurarnos la pequeña suma necesaria para los gastos de nuestra galante calaverada, nos apresuramos a vender algunos libros y algunos cuadernos.

"Acudimos a la cita el día fijado. Lo recuerdo como si fuera ayer. Era en un hermoso día, hacia fines, del invierno. A mi modo de ver, **Pier Giorgio** no se daba cuenta en modo alguno de la imprudencia de nuestro paso. Charló alegremente con muy buen humor y luego languideciendo la conversación, alquilamos un carruaje para ir al parque del Valentino. No puedo precisar con exactitud donde concluyó nuestra velada. Creo que fue en el restaurant del parque, en el que bebimos. Todo concluyó luego de dos o tres copas. El recuerdo de esa calaverada me llena hoy de confusión y remordimiento, pues creo con seguridad que fui yo quien indujo a mi compañero".

Esto ocurría en febrero de 1917. **Pier Giorgio** no tenía aún diez y seis años. Algunos días más tarde, un billetito hallado entre sus papeles en el que escribiera algunas frases inconvenientes referentes a sus compañeros, le llamó la atención a su madre. "¡Ay! se dijo, a sí misma con el corazón oprimido, ¡he allí la crisis tan temida!" Y se representó a su hijo tan puro hasta ese momento, entregado a la suciedad del pecado: lloró, oró....

¿Cómo llegó a sospechar que se trataba de una cita, de aquella misma que acabamos de referir? La madre no lo recuer-

da, no había notado tampoco que su hijo había vendido sus libros, sino únicamente que ya no figuraba en su libreta de Caja de ahorros una suma bastante fuerte.

Asustada, mas no desconcertada, pensó sólo en la salvación. Tomando a su hijo a solas, le interrogó. Este parecía no entender y no manifestaba remordimiento alguno. Fue a visitar a las madres de sus dos compañeros y juntas acorralaron a sus hijos a fin de que confesaran. Se trataba sólo, como ya dijimos, de una travesura. Importaba, sin embargo, reprimirla desde un principio.

Dos de las madres estrecharon contra su corazón sus hijos ahogados en lágrimas, y les dieron el beso del perdón. La madre de **Pier Giorgio** fue la única que le negó a su hijo ese beso. Se juzgó excesiva esa severidad con respecto a un adolescente, quien no había comprendido evidentemente el alcance de su falta y no manifestaba, por consiguiente, arrepentimiento alguno. Esa severidad era providencial, pues ese incidente, aparentemente insignificante, iba a tener las más saludables repercusiones en la vida moral del joven.

Efectivamente, a los pocos días, **Pier Giorgio** entró como un ventarrón en la habitación de su madre, con el rostro turbado y los ojos enrojecidos y se echó a sus pies gritando: “¡Mamá, perdón, perdón! ¡te lo juro no lo haré nunca más”.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué acontecimiento le había al fin abierto los ojos al bello adolescente? ¿Cómo pudo dejar estallar su dolor, él tan reservado tratándose de manifestar sus más vivos sentimientos?... Sin duda, habiéndole participado a su director las severas observaciones de su madre, éste le había dado las necesarias explicaciones y consejos apropiados; sin duda también la oración y serias reflexiones sobre el pesar causado a su madre le habían permitido tener conciencia de su falta. La confesión y comunión que siguieron habían acabado de abrirle los ojos y le habían precipitado a los pies de su madre para la confesión decisiva: “¡Nunca más!”.

Su madre estrechó entonces en sus brazos a su joven hijo y te dio por fin el beso del perdón. Todo concluyó allí.

Entre tanto el joven jamás olvidará esa travesura de su adolescencia y oyéndose alabar demasiado ruidosamente por

los que le rodean, se le oirá exclamar: “¡Ay! no he sido siempre así! Tuve también momentos pocos edificantes en mi vida y si Nuestro Señor no hubiera tocado mi corazón, quién sabe lo que habría sido de mí!”

Sólo la humildad, que fue fruto de ese imprudente extravío, le dictaba esta reflexión cuya exageración es evidente; sin embargo, en la sinceridad de su alma, **Pier Giorgio** creía haber ofendido verdaderamente al buen Dios. Esa falta pues, si falta hubo, mostrándole claramente la fragilidad de nuestra naturaleza librada a sí misma, le había hecho apreciar dos cosas: en primer lugar la absoluta sinceridad de su alma para con su director y luego el saludable efecto de los sacramentos, y más particularmente el de la santa Eucaristía.

De este modo lo que pudo resultarle una piedra de escándalo se volvió en cierto modo un trampolín que lo ayudó a elevarse más en la difícil labor de su perfeccionamiento. Aquellos que le conocieron saben que su madurez espiritual data verdaderamente de esa época.



CAPÍTULO III

“VITA DELLA VITA”

ORACIÓN - EUCARISTÍA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

A la integridad de su temperamento pediremos explicación de lo que vamos a examinar en este capítulo en el que pasaremos revista, basándonos en numerosos testimonios, a las manifestaciones de la piedad de **Pier Giorgio**.

Las cualidades que caracterizaron al niño y al adolescente en sus relaciones con Dios y con sus semejantes, perfecta rectitud, sinceridad de corazón, desprecio absoluto de las convenciones humanas, las volveremos a encontrar en el joven. El entusiasmo jovial que le hacía aceptar cuando niño, sin discutir las jamás, las órdenes de sus padres, llegado a joven **Pier Giorgio** lo aplicó al cumplimiento estricto de sus deberes religiosos. Hizo de él exactamente la regla, mejor dicho, la “vida de su vida”.

“Cuando pienso en este joven que, dada su situación social, podía llevar una vida fácil y relativamente honrada en el mundo, declara su biógrafo, recuerdo el cuadro que Manzoni trazó de la juventud del Cardenal Borromeo: “Su vida es semejante a una fuente que brotada de la roca, cruza, sin pudrirse jamás, las regiones más variadas, y prosigue su curso hacia el río”.

“En medio de los placeres del mundo, empezó a reflexionar en la abnegación, la humildad, las máximas que condenan la vida fácil, la injusticia, la soberbia y en las que exaltan la verdadera dignidad y los verdaderos bienes, máximas que, ratificadas o no por nosotros, se transmiten sin embargo de una a otra generación, mediante la más elemental enseñanza de la religión.

Les prestó atención, las consideró formalmente, gustó de ellas y las halló verdaderas. Juzgó que las máximas opuestas, transmitidas también de una a otra generación y a veces por los mismos labios podían asimismo no ser verdaderas. Adoptó pues las primeras como norma de sus acciones y de sus pensamientos. Convencido de que la vida no debe de ser una carga para la mayoría y una fiesta para unos pocos, sino para todos un servicio del que cada uno ha de rendir cuenta, consideró desde su más temprana edad el medio de hacerla útil y santa.

Con semejante ideal de vida cristiana se concibe lo que debía ser para **Pier Giorgio** el ejercicio de las prácticas religiosas. Las aceptaba y cumplía con escrupulosa fidelidad.

La oración de la mañana y la de la noche eran para él el “aseo del alma”. Su madre lo había acostumbrado desde pequeño, a rezarla de rodillas y juntas las manos. Conservó esta costumbre. Una de sus primas, a cuya casa fue invitado a pasar unos días cuando él iba a cumplir veinte años, escribe: “Varias veces la criada lo sorprendió arrodillado en el suelo y absorto en la oración”. Otras personas fueron testigos del mismo hecho.

Admitido posteriormente en la tercera orden dominicana, adoptó el rezo cotidiano del rosario, grueso rosario molesto y sin elegancia, fabricado con las semillas grises y brillantes del **coyx lacryma** del jardín de Pollone. Lo rezaba llevándolo en el bolsillo, paseando y a veces lo blandía en las procesiones.

A menudo, en la tarde de una excursión a la montaña, por ejemplo, o luego de una velada pasada sobre sus libros, el cansancio lo abatía: su madre lo sorprendía entonces dormido, de rodillas, conservando la actitud de la oración. Era tal su cansancio que al desnudarse, protestaba graciosamente: “Pero no, pero no, mamá, yo no dormía”.

Esta oración en cierto modo oficial estaba lejos de bastar a las ansias de su alma ávida de lo divino; por lo tanto a cada instante, tanto como se lo permitían sus obligaciones, elevaba su espíritu y su corazón a Dios, a fin de pedirle su auxilio y hacerle colaborar en sus menores acciones. Caminaba, así como suena, paso a paso, en la presencia de Dios.

Este espíritu de oración, que es también espíritu de fe, se manifestaba en todas las circunstancias, como lo veremos más adelante, y le hacía fijar la atención en los signos sensibles de la presencia de Dios en la tierra.

Oigamos al Padre Zabelli, S J., que le conoció, en el colegio cuando preparaba su examen de Madurez clásica que corresponde a nuestro bachillerato:

"Me impresionó sobre todo su piedad, piedad que hubiera podido parecer exagerada en otros, mas que era en él cosa del todo natural y espontánea. "¡Era él!", me decía un joven abogado y porque era él, nada había que desaprobear en esas señales de la cruz trazadas ampliamente sobre su pecho en medio de las calles, al pasar frente a una iglesia. ¡Ponía en ello tanta naturalidad, y tanta fe!

Burlas y sonrisas poco impresionaban a aquel joven que ponía siempre por sobre todas las cosas el respeto debido a su Dios. ¡Cuántas veces se le vio pasando frente a la iglesia de Pollone, montado en su "Pársifal", que se detenía instintivamente cada vez, pararse y sin preocuparse de los transeúntes, trazar sobre su pecho amplias señales de la cruz, luego inclinar la frente hasta las crines del caballo y saludar así, con algunos segundos de adoración, a su Señor y Maestro.

Junto a la oración que se había hecho verdaderamente la respiración de su alma, **Pier Giorgio** había puesto la Eucaristía, centro y foco de su vida de cristiano.

Cuando quiso ingresar al colegio de los Padres Jesuitas, calle del Arzobispado, su rector, el Padre Cavriani no opuso dificultad alguna a su admisión como externo, convencido de que su ejemplo arrebataría a sus compañeros.

Hacia los diez y siete años de edad adoptó la práctica de la comunión cotidiana.

Al franquear todas las mañanas temprano la puerta del colegio, nadie recuerda haberlo visto detenerse jamás en el vestíbulo, en el cual había mucha gente, para conversar con sus camaradas. Entraba, saludaba y sin dejarse distraer, iba a la capilla a prepararse para la Comunión.

Nuestros estudiantes que quieren permanecer fieles a la práctica de la Comunión frecuente, saben a qué sacrificios se comprometen. **Pier Giorgio** los había previsto y ordenado su vida consecuentemente; se puede decir que cualesquiera fuesen sus ausencias u ocupaciones, fue fiel a la Comunión diaria. “Cuando en septiembre de 1923 me llevó al Congreso, Eucarístico de Génova, narra el hijo del jardinero de la familia, recuerdo que salí de Turín con los bolsillos llenos de “torons”² y otras golosinas. Imitando a mis compañeros me puse a comer, después de media noche. A la mañana siguiente, cual no fue mi confusión al ver a **Pier Giorgio** en compañía de un amigo acercarse a la Sagrada Mesa, cuando yo, abanderado del grupo, me veía obligado a abstenerme. Tan avergonzado estuve, que no pude dejar de decírselo. “Pues bien, me respondido sencillamente, comulgarás otro día”.

El sacerdote Vassarotti, vicario en la Crocetta desde hacía más de treinta años, escribe por su parte: “Siendo **Pier Giorgio** estudiante en la Universidad, lo veía todas las mañanas en la iglesia, cerca de la pared en la cual está colocada una placa que conmemora su asiduidad a la Mesa eucarística. Se arrodillaba siempre en el mismo banco, y oraba con la cabeza inclinada. Dos o tres veces por semana dejando su banco iba a la sacristía y dirigiéndose al sacerdote le preguntaba “si quería tener la bondad” -así se expresaba- de oír su confesión. Comulgaba todos los días, ¡con qué fervor! ¡con qué modestia! ¡con qué seriedad y con qué piedad! No habiendo quien ayudara a misa, casi se alegraba, pues se ofrecía espontáneamente para cumplir ese oficio”...

Lo cumplía con distinción y nobleza y su actitud llamaba forzosamente la atención. “Hablar de **Pier Giorgio** ante el altar, declara uno de sus compañeros, me resulta imposible, lo

² Pastel hecho con miel y almendras.

veo" y otro: "Indecible es lo que en él notaba en esos momentos. Sencillo como en todos sus actos, no trataba de extenderse en manifestaciones exteriores; su voz invitaba a reflexionar; en la claridad y en la expresión de sus contestaciones se notaba que no se conformaba con pronunciarlas sino que las meditaba. Y mejor aún, su voz parecía invitarme a concentrar yo mismo toda mi atención en esas fórmulas aprendidas y jarrulladas tantas veces en mi juventud, a fin de entender mejor su belleza".

Lógico implacable, naturaleza primitiva según la expresión de su biógrafo, fue hacia la verdad con toda su alma. A medida que iba teniendo conciencia de sus obligaciones de cristiano, las aceptaba sin distinciones sutiles y sin desfallecimientos.

La religión no era para él el traje de los domingos que se deja a un lado durante la semana, sino aquel del que estamos enteramente revestidos desde la mañana hasta la noche. "En él, no había ni complicaciones ni acrobacias, dirá más adelante uno de sus amigos, sino la fe desnuda, total y envolvente. Pocas palabras hay en el Evangelio de Dios, pocas respuestas en el catecismo, mas o todas o ninguna. En él, ningún sofisma, ninguna diplomacia, ninguna filosofía mezquina o bastarda para justificar lo injustificable". Así fue **Pier Giorgio** para aquellos que lo conocieron.

En virtud de los mismos principios, unía en un mismo leal amor, las prácticas que exigen heroísmo con aquellas que constituyen lo que Pío XI llamaba cierto día el "terrible cotidiano".

"Mi vida es monótona, le escribía a un amigo, el 27 de febrero de 1925, más comprendo mejor cada día qué gran gracia es el ser católico. ¡Desdichados, sí, desdichados aquellos que no tienen fe! Vivir sin la fe, sin ese patrimonio que defender, sin sostener la verdad en incesante lucha, no es vivir la vida, es malgastarla. No nos es permitido a nosotros ir viviendo, hemos de vivir y recordar que, aún en medio de todas las desilusiones de la existencia, somos los únicos en poseer la verdad. Tenemos una fe que defender, una esperanza, la de Patria, que nos aliena, ¡no más melancolía pues! Puede existir únicamente cuando se perdió la fe. Por lo tanto, durante este santo tiempo de Cua-

resma, ¡arriba los corazones! y siempre adelante por el triunfo de Cristo en la sociedad”.

Sabía que la santa misa, antes que sacramento, es un sacrificio y que la Santa Iglesia les ordena a los fieles que asistan a ese sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Cristo y mejor aún que, participen de él los domingos y días festivos.

Tocante a él, saber significaba hacer, y, si durante el transcurso de sus estudios, hubo de conformarse con gran disgusto con el cuarto de hora necesario para preparar sus comuniones sin poder asistir a misa en cambio se hubiera dejado matar antes que infringir el precepto de la asistencia dominical.

Ferviente alpinista, como lo veremos en el transcurso de su biografía, había oído opinar cierta vez que era permitido partir el sábado para una excursión y por consiguiente, prescindir de la misa, cuando había suficiente motivo de salud o de desencanto y que no era posible asistir a ella en la montaña.

Enemigo de las distinciones e intransigente en lo referente al deber, aún reconociendo lo razonable de esa interpretación de la ley con respecto a los demás, jamás quiso aprovecharla para sí mismo: “está bien, solía decir, se puede obrar así; ¡pero yo, no lo haré!” y se las arreglaba siempre de modo de asistir temprano a misa antes de la partida. Oigámosle: “X me había propuesto salir para la Bessanese con A... y sus compañeros, mas era menester dejar de asistir a misa; de pronto hubiese aceptado, mas el pensar en que iba a faltar a mi deber y ser infiel a la línea de conducta que me trazara, me obligó a renunciar al paseo”. (23 de noviembre de 1923).

“¡Cuántas veces, escribe Monseñor Pinardi, obispo auxiliar de Turín, se me presentó el sábado para, preguntarme a qué hora se celebraría la primera misa del día siguiente; cuántas veces me pidió que anticipara esa hora! No siendo esto posible, manifestaba un ligero desencanto, más permanecía firme y bien decidido a renunciar a su excursión. He de confesar sin embargo que me las arreglaba la mayoría de las veces de modo de asegurarle el beneficio de la asistencia a la santa misa.

“Con cuánto gusto le veía entrar el domingo por la mañana a la iglesia de San Segundo, calzado con zapatos a clavos, con “eski” o “piolet” en las manos, mochila en las espaldas. Se

encamina con paso ruidoso hasta la sacristía, allí dejaba su equipaje y comenzaba a ayudar la misa. Siempre me emocioné admirando a aquel joven de cuerpo robusto, pero aún más robusto en su fe".

Un amigo observa que le vio muchas veces en la iglesia de San Carlos, en la capilla de la Visitación o en la de los Santos Mártires, consultando el misal bajo la mirada desconfiada de los sacristanes, a fin de marcar con ayuda de señaladores en su propio misal, la misa y oraciones del día.

Pues **Pier Giorgio** había querido procurarse un misal completo. Cierta día, mientras, ya concluida una ceremonia, charlaba con sus compañeros en la plaza frente a la iglesia, uno de ellos habiendo notado que su libro de cantos dorados brillaba, preguntole: qué misal es ese?" "Es el misal del padre Caronti. Bertini me lo regaló. Es lindo, mas no me satisface; quiero poder seguir la misa todos los días; compraré un misal completo". Efectivamente, en aquel momento se procuró uno, el mismo que luego de su muerte, hallaron abierto sobre su mesa, indicando la misa del día, al lado de los cuadernos y libros que había de utilizar para preparar su examen final.

Dejémoslos aún a dos testigos evocar sus recuerdos y hablarnos de las excursiones por la montaña realizadas en su compañía.

El primero es el párroco de Balme, valle de Lanzo: "En ocasión del vigésimo quinto aniversario de la colocación del cuadro de la Consolata (1899-1924) en la cumbre de la Ciamarella, había tomado la iniciativa de una peregrinación de la Asociación de la "Joven Montaña", de Turín. Acababa de cruzar el ventisquero al frente de la primera escuadra. Desatado y libre, escalaba la pirámide de la montaría a fin de llegar cuanto antes a la cumbre, cuando vi acercármese a **Pier Giorgio**. Con rostro sonriente, me declaró sus títulos, el de miembro de la "Joven Montaña", del cual se enorgullecía; me dijo cuán feliz era de conocerme, luego me pidió el favor de ayudar mi misa allá arriba. Su porte marcial, su alegría valiente, enseguida me lo hicieron simpático. Llegado a la cumbre antes que los demás manifestó ruidosamente su entusiasmo ante el magnífico panorama que se extendía ante sus ojos.

Habiéndome reunido con él, me ayudó la misa y, lo certifico, tuve impresión de que no era un hombre quien me asistía en el altar, sino mas bien un ángel, tanto me imponían su gravedad y su piedad, tan grande era su devoción al Santo Sacrificio de la misa y a la Virgen, Madre de todo Consuelo, que viniéramos a festejar. Cuando terminé, me reemplazó un Padre misionero. **Pier Giorgio** empezó entonces a rezar en alta voz el rosario, induciendo con su ejemplo a los 130 peregrinos presentes a rezarlo con él. Luego, habiendo llegado el momento de entonar un cántico a María, se puso en primera fila y unió su voz a ese coro improvisado para alabar a la Virgen protectora de nuestra frontera”.

Aludiendo a los preparativos de otra excursión, el Padre Cesarini de la Orden de los Padres del Santísimo Sacramento, escribe a su vez: “Se acercaba él el primero a la Sagrada Mesa, su actitud era seguro indicio de una excursión a la montaña, excursión siempre llena de gozo y de alegría cristiana. Este gozo que era en él más profundo que en los demás, provenía de que su celo previsor les había proporcionado los medios de cumplir con su deber religioso. ¡Quién en efecto se hubiese rehusado a seguir a un guía que acababa de despertarlos con la sonrisa en los labios y los había llevado puntualmente, en auto, a la iglesia!”.

Un último rasgo, y ¡cuán sugestivo! de su concepto cristiano del precepto dominical; trátase de una lección que les diera a dos niñas que se aprestaban a salir de excursión un domingo. Habla una de ellas: “Nos habíamos propuesto, mi prima y yo, encontrarnos el domingo 8 de junio de 1924, a las seis y cuarto, en la estación de Porta Nova, en Turín, a fin de hacer una excursión por el valle de Susa.

“Siéndonos imposible oír misa temprano en la parroquia vecina, fuimos a la capilla de la Visitación a las cinco y cuarto en punto.

“Con gran sorpresa la hallamos desierta; el altar ni siquiera estaba preparado para la misa que deseábamos oír antes de nuestra partida. Fui entonces a la sacristía donde un joven que allí se hallaba, me dijo que la misa comenzaría recién a las cinco y cuarenta.

"Volví a mi asiento y se lo dije a mi prima; íbamos sin duda alguna a vernos obligadas a salir de la iglesia antes de haber podido oír misa.

"Transcurrieron algunos instantes, luego comprobé que el joven a quien me dirigiera en la sacristía, había ido a la Sagrada Mesa, había comulgado y se había colocado al lado mío en el banco que ocupábamos.

"Recuerdo que mientras duró la misa, no pude dejar de fijarme en ese joven que oraba con fervor poco común en sus semejantes y no temía rezar el rosario. Sin duda alguna, viendo su equipo, uno se daba cuenta de que él se aprestaba también a emprender una excursión por la montaña.

"Al llegar el sacerdote a la elevación, miré pronto mi reloj y constaté que teníamos apenas tiempo de ir a la estación. Nos levantamos en seguida con intención de salir de la iglesia. Alguien me tomó, entonces del brazo en forma discreta: era el joven y piadoso desconocido. Nos rogó que no saliéramos de la iglesia antes de concluir el santo sacrificio. Le hice notar que el tren no esperaba y que nos era absolutamente imposible demorar más.

"Entonces, con un acento de extraña y suave autoridad nos rogó que nos arrodilláramos de nuevo, asegurándonos en la forma más persuasiva y atenta que alcanzaríamos con seguridad el tren.

"No sé bien por qué obedecimos ambas dócilmente.

"Permanecemos en nuestro puesto el tiempo necesario para asistir válidamente a misa, luego el desconocido se levantó prestamente y con una señal nos indicó que le siguiéramos.

"Un soberbio automóvil estaba parado en la puerta de la iglesia. Nos invitó a subir a él rápidamente. Rápidamente también, hizo su propia presentación: **Pier Giorgio Frassati**. Después de haber cambiado algunas palabras con respecto al fin de nuestro viaje -él se dirigía a Bérgamo de donde debía partir para una excursión por la montaña- llegamos a la estación.

Habíamos tenido el tiempo exacto para alcanzar el tren listo para salir ¡ay! no el tiempo de manifestarle nuestro agradecimiento al joven católico que había sabido unir a tan profunda piedad tan exquisita cortesía".

El joven a quien se viera tan compenetrado de la presencia de Dios en las iglesias, tan atento en la misa, en la que Dios se sacrifica todos los días, tan ansioso de la hostia cotidiana que renovaba sus energías y le hacía vivir de la vida de Cristo, no podía dejar de alegrarse ante un proyecto de adoración nocturna entre estudiantes.

El Padre Cesarini fundó una sección en Turín en 1920. **Pier Giorgio** se apresuró a inscribirse en ella; se hizo notar enseguida por su asiduidad en concurrir, y por su espíritu de fe que dejaba impresionados a todos sus felices testigos, por las largas horas que pasaba ante el Santísimo Sacramento.

Un escritor narra sus impresiones en la siguiente forma: “Cierta noche, durante una adoración en la catedral de Turín, volví a ver a **Pier Giorgio**, rodeado de sus amigos del círculo Cesare Balbo, acompañando con hachones encendidos a los sacerdotes a lo largo de la Sagrada Mesa, y luego en las naves laterales, tan numerosa era la muchedumbre de los comulgantes. Durante toda la misa de acción de gracias permaneció inmóvil, de rodillas sobre las losas, abismado en la oración. Estaba detrás de él, en medio de un grupo de estudiantes. Hubimos de avisarle varias veces que se guareciese, pues sin que él prestara atención gruesas gotas de cera caían sobre su ropa, cabello y frente.

“Me hallaba a la salida con Monseñor Pinardi y otros feligreses de San Segundo. El ilustre prelado no cesaba de hablar de su gozo por aquella noche eucarística. Delante de nosotros, jóvenes universitarios se entregaban a alegres persecuciones por las calles de la ciudad dormida; al frente iba **Pier Giorgio**, que era el más ardoroso, el más bullicioso. Su franca alegría era sólo reflejo de su fervor religioso y de su inocencia. Me sucedió a menudo verle en la Mesa sagrada, enteramente transfigurado y del todo ardiendo en el deseo de Jesús. En el banquete de la vida, era realmente de impresionante belleza aquel mozo robusto y sano, de tez bronceada, de ojos límpidos, cual una fuente”.

Monseñor Pinardi atestigua aún lo siguiente: “Era la tarde de la víspera del último domingo de Carnaval, en 1925, en San Segundo parroquia de Turín. “Al comenzar la adoración nocturna, le vi entrar en la sacristía con mayor equipo que el

acostumbrado para una excursión. Monseñor, díjome en cuanto me vio, me ausentó por tres días; pasaré mi Carnaval en medio de las nieves. –Bien, dije, ¿Cuándo partiré? En las primeras horas de la mañana... Pasaré la noche aquí, y después de la misa de media noche y de la comunión, partiré para la montaña. Ya que hablamos acerca de ese punto, sigue diciendo el prelado, cumplo con el deber de decir que precisamente en esas circunstancias admiré más su espíritu de fe y su fervor. Él tan robusto y tan lleno de vida permanecía postrado largas horas sobre las losas, él tan bullicioso hallaba sus delicias en la oración, él que por su piedad atraía la atención de todos, permanecía absorto en Dios solo. Acompañándome, a mi casa luego de aquellas horas inolvidables, su conversación ardía de fe, sus menores actos mostraban los ardores de su alma y qué alegría rebosaba de su corazón al pensar en que Jesús Hostia había reinado verdaderamente durante esas benditas horas sobre tantos jóvenes recogidos en su presencia"

"Siendo más de la una de la madrugada, escribe un Hermano del Santísimo Sacramento, acababa de entrar en el coro para hacer mi hora de adoración, cuando oí tocar varias veces la campanilla de la portería. Salí de la iglesia un momento para ir a abrir. Cual no fue mi sorpresa viendo a un joven que me era desconocido y que me rogó tuviera a bien permitirle hacer su hora de adoración ante el Santísimo Sacramento. Agregó que aquella noche del segundo sábado del mes era la que eligieran los estudiantes de la Universidad.

"Le hice notar que los estudiantes no podían hacer su adoración aquella noche, sino únicamente los Padres, y le invité a volver a su casa, dada la hora avanzada. Pero, lejos de seguir mi consejo me suplicó tuviera a bien permitirle la entrada, a fin de hacer su adoración junto con los religiosos. Traté aún de disuadirle, insistiendo en lo difícil que le resultaría el pasar toda una larga noche en oración y sin dormir. Mis argumentos no tuvieron éxito alguno. Como insistiera aún, lo satisfice.

"Contento de su victoria, entró a la iglesia, se llegó al coro, y luego, después de haberse inclinado profundamente ante el altar, se arrodilló en uno de los estrados y se puso a orar. Durante la hora que estuve en el coro me edificó mucho su

compostura y tuve oportunidad de notar todos los esfuerzos que hiciera luchando contra el cansancio y el sueño. Pasó toda la noche hasta las cuatro de la mañana, conforme lo atestiguan los cofrades que fueran después de mí, tan pronto de pie, tan pronto leyendo o rezando el rosario. Pidió e hizo luego la santa comunión, asistió aún luego a una misa de acción de gracias y sólo a las cinco -hora en que abrimos la iglesia para el público- se fue, dichoso de haber fortalecido de nuevo su alma con la devoción eucarística y de haberse saciado del Pan de los Ángeles.

“Tan pronto me encontré con el director de la adoración nocturna, me apresuré a comunicarle lo que presenciáramos mis cofrades y yo. De acuerdo con las indicaciones que le di, adivinó quien era aquel joven y me dijo: “No os admiréis, aquel joven es nuestro querido **Pier Giorgio Frassati**, universitario fervoroso y muy celoso adorador nocturno”.

Todos los años, desde que se inscribiera en la Adoración nocturna, en la noche del 31 de Diciembre, luego de haber pasado la velada en medio de los suyos, salía a eso de la media noche en dirección a la catedral o a la iglesia de los Mártires, contigua a la residencia de los Padres Jesuitas, a fin de comenzar el año ante el Santísimo Sacramento.

Se creó más tarde otro grupo de adoradores nocturnos en el Círculo de la juventud obrera, entre cuyos socios tenía numerosos amigos. El sentido cristiano que en hora temprana lo había inclinado hacia los trabajadores, lo inspiró a formar parte de ese nuevo grupo. Un incidente ocurrido con este motivo durante una de aquellas adoraciones nocturnas en Santa María de Piazza, nos lo muestra bajo su verdadera luz.

Una noche se presentaron dos estudiantes al padre Cesarini y le dijeron: -Padre, se introdujo un lobo en medio de nosotros; al lado de **Pier Giorgio** hay un joven que organizó recientemente una reunión socialista en una plaza de Asti...

-Tranquilizaos; dejadle, Dios colocó al lado de él un cordero: el uno viene de la sociedad, el otro de la orilla opuesta, ambos están en su sitio cerca de Jesús Hostia.

El Padre no se engañaba. “Más adelante habían de ver a **Pier Giorgio** luchando con ese joven militante, instruyéndolo,

ilustrándolo acerca de sus prejuicios, confortándole con su amistad, y no temiendo dedicar varios domingos a ese apostolado.

La Eucaristía, sacramento de unidad, obraba una vez más, merced a él, este bello milagro: la fusión fraternal de las clases ante el Dios de caridad.

La Providencia quiso que **Pier Giorgio** partiera para la eternidad mientras se reunían sus hermanos para una de aquellas adoraciones nocturnas que él tanto amara. Durante la mañana del 4 de julio de 1925, una persona les comunicó que **Pier Giorgio** agonizaba. Se decidió en seguida una adoración para la misma tarde; a las 19 horas, sus compañeros ya reunidos ante el Santísimo Sacramento, llorosos se enteraron de que su amigo acababa de dejarles para comenzar la adoración sin fin ante el trono del Cordero.

Es ese mismo diligente amor hacia el Sacramento de nuestros altares que le hacía apreciar las manifestaciones eucarísticas o marianas, Congresos eucarísticos regionales o nacionales, fiestas solemnes del Santísimo Sacramento. Reivindicaba el honor de asegurar el orden en las procesiones de Corpus Christi y en las de la Virgen. Nadie mejor que él tenía a raya a los revoltosos o a los curiosos. En efecto, ¡quién hubiera podido resistir las órdenes de un joven católico simpático, sonriendo a todos, y de tan resplandeciente piedad! Deteniendo a la muchedumbre con una mano, blandiendo su rosario en la otra, pronunciaba con su potente voz las oraciones y aclamaciones, dándoles a todos ejemplo de su fe ardiente y valiente.

Terminada la procesión, lo veían a menudo engancharse con otros estudiantes compañeros de él al carruaje en el cual regresaba a su casa el Cardenal Riehelmy, arzobispo de Turín. Sudaba, respiraba con fuerza y se sonreía ante las amables chanzas que le esperaban: "¡Con semejantes disposiciones para el trabajo, tendrás siempre pan seguro!"

Un alma tan ávida de pureza -la pureza de la Hostia Inmaculada- no podía dejar de amar a la Madre de toda pureza quien, al darnos a su Hijo, nos dio la Hostia. Esa devoción a la vez tierna y viril, le convenía a su temperamento de joven rebo-sante de vida, de sencillez y candor tan seductores. La concebía

sin amaneramiento y sin recargo, haciéndola consistir sobre todo en el rezo del rosario y en las visitas a los santuarios que ama la piedad de los católicos.

Entre estos últimos santuarios, está en primerísimo lugar, el de Nuestra Señora de Oropa, en el Piamonte. Situado a una altura de 1.180 metros, en la mitad del monte Mucrone, en una dilatada explanada, que domina la montaña árida y un cerco de abetos y hayas, constituye con su antiguo santuario, sus tres terrazas escalonadas, sus espaciosos edificios, sus columnatas, sus pórticos y sus múltiples dependencias, uno de los más bellos conjuntos arquitectónicos de la Italia del Norte.

La Virgen negra que en él se venera, fue traída de Palestina, en el siglo IV por san Eusebio, obispo de Vercelli. Desde entonces no cesó de ser invocada por la muchedumbre de peregrinos que de todas partes de Italia afluye cada año a Biella, para emprender desde allí la penosa y pintoresca ascensión, ya en el tren eléctrico, ya en auto y aún a pie.

Desde temprana edad, **Pier Giorgio** iba frecuentemente a dicho santuario en compañía de sus padres o de sus amigos. Estando solo, gustaba de recorrer a pie los seis kilómetros, que distan desde Pollone. Caminando rezaba entonces el rosario, luego entraba en el santuario, donde se confesaba y hacía la santa comunión. Mas tarde jamás salió de Pollone para Turín o para cualquier otro viaje de importancia, sin ir a confiarle a su querida "Signora" de Oropa sus estudios y su porvenir.

Muchas veces, en el transcurso de sus excursiones por la montaña, le aconteció abandonar a sus compañeros y refugiarse solo al lado de la "Madona". Uno de ellos, que no era por cierto católico militante evoca sus recuerdos en la siguiente forma: Regresando con algunos compañeros de una excursión por "sus montañas" pasamos por el santuario de Oropa. No bien llegamos, nos sentamos en un café. Nos contamos, todos estaban presentes, salvo **Pier Giorgio**. Había desaparecido sin decir palabra. Al instante cada cual fue en busca de él y le hallamos al fin en el antiguo santuario orando, realizando sin duda el proyecto que formara antes de emprender esta excursión.

"A nadie avisó, obró como siempre sin ostentación, pero también sin respeto humano, del modo más sencillo. Por su-

puesto que se cuidó bien de señalar nuestra indiferencia, pero ¡cuánto más elocuentes que una reconvención o una exhortación fueron su silencio y su ejemplo.

A fines de agosto de 1920, tuvo lugar la tercera coronación centenaria de Nuestra Señora de Oropa. En aquella ocasión quiso ir a pasar allí la noche y comulgar en la mañana subsiguiente. Su madre que le acompañara recuerda hasta qué punto la alegría iluminaba su rostro y se manifestaba en sus menores ademanes, cantos y conversación. En el minuto solemne en el cual, frente a la muchedumbre de 120.000 peregrinos, depositó el Cardenal Legado la corona de oro en la frente de la "Madona", él sin preocuparse de las altas personalidades que estaban a su lado, se arrodilló, rosario en mano, a fin de honrar a su querida "Madona" de Oropa, reforzó con su potente voz la oleada de los vivas brotados de millares de pechos.

No nos admiremos viendo a ese devoto de Nuestra Señora manifestarle una muy viva simpatía a la Orden religiosa que creó y organizó la Cofradía del Rosario y que intensificó por todo el mundo la devoción al rosario.

Sus relaciones con el Reverendo Padre Felipe Rebotti, O.P., que fue después de la guerra el ardoroso promotor de la juventud católica italiana y que se afanaba en obras de apostolado popular en los ambientes obreros de Turín, le hicieron apreciar las obras de inspiración dominica, y su admiración recayó sobre la Orden entera y sobre su pasado rico en santos.

De allí provino su anhelo de agregarse algún día a la familia de Santo Domingo, a título de Terciario.

"El Terciario dominico, según leemos en un folleto que el Reverendo Padre Raimundo Luis, O.P. le dedicará a la Tercera Orden, es apóstol por vocación; lo es en su hogar y lo es afuera, lo es por toda su vida, por el resplandecimiento de la fe que se desprende de él, por la intensidad del amor que rebasa de su alma, por la paz que le confiere el ejercicio de las virtudes; es "el buen olor de Cristo". No hay pues obra alguna que pueda juzgar indigna de él, si ésta tiende a la gloria de Dios y a la salvación del prójimo".

Este programa tan conforme al ideal de vida que él se había propuesto, era bien a propósito para seducirle.

Por lo tanto, el 28 de mayo de 1922, en la tarde de una solemnidad organizada en la iglesia dominica de Turín con motivo del centenario del patriarca de Guzmán, tomaba el hábito junto con un grupo escogido de jóvenes turineses y también recibía el nombre, que eligiera él mismo, de Fray Jerónimo, en recuerdo del célebre dominico Savonarola.

¿Por qué quiso colocarse bajo tan extraño patrocinio? Nos lo dice uno de sus cofrades de la Tercera Orden: "**Pier Giorgio** quiso llevar el nombre de Fray Jerónimo como recuerdo de Savonarola de quien era un entusiasta. Le agradaba la fisonomía de ese monje que tanto amara el bien espiritual de sus conciudadanos. No ocultaba su admiración por la audacia poco común con la cual se encolerizó contra la inmoralidad que invadía todas las clases sociales y de modo especial las más elevadas. Tenía gran simpatía por aquel monje que muriera en la hoguera y que vinculó su nombre a una reforma democrática que se lee aún; hoy día en las paredes del Palazzo Vecchio: "Jesucristo, rey de los Florentinos, por decreto del pueblo".

No se omitió hacerle observar que las buenas intenciones y las empresas heroicas de Savonarola fueron viciadas por una grave falta de equilibrio. Estaba de acuerdo en ello, mas prescindiendo de los defectos del ardiente predicador, quería ver tan sólo en él al reformador de las costumbres y digámoslo también, a un precursor en cierto modo de los demócratas cristianos.

"Mucho quisiera, le escribía a un amigo, que tomaras el nombre de Fray Jerónimo, no por ser el mío, sino porque me recuerda una figura que quiero y que quieres también tú que compartes mis sentimientos acerca de la corrupción, de las costumbres; admirador apasionado de ese monje que muriera en la hoguera, quise tomarle como modelo haciéndome Terciario, mas ¡ay! ¡estoy muy lejos de imitarle!"

Pier Giorgio profesó definitivamente en las filas de la Tercera Orden de Santo Domingo el año siguiente, en la misma iglesia.

Nos dirán sus amigos en qué forma se portó él en la Tercera Orden de Santo Domingo: "Observaba escrupulosamente la Regla. Aunque hubiese podido atenerse, diariamente,

como otros, a la tercera parte del rosario, lo rezaba íntegramente alternando con el oficio de la Santísima Virgen, de acuerdo con el rito dominicano.

"El buen Fray Jerónimo consideraba obligatorias esas Prácticas, esforzándose en no dejar jamás de cumplirlas.

"Ofreció a algunos amigos de la Tercera Orden el Pequeño Oficio de la Santísima Virgen y su devoción no estaba plenamente satisfecha sino cuando se encontraba con algún cofrade que quisiese recitar con él el oficio, como se hace en el coro.

"De este modo, a lo largo de esos mismos bulevares en los cuales otra juventud, hacía triunfar el escándalo, el ardoroso Fray Jerónimo enarbolaba la pureza y la oración, erguida la cabeza y sin la menor traza de respeto humano".

Profesó en la Tercera Orden, dice otro, presencié su profesión que hiciera en compañía de dos o tres amigos comunes en la iglesia de Santo Domingo, en la capilla de las Gracias. Sorprendente fue su compostura durante la breve ceremonia. Me distraje a menudo, lo confieso, pues su fisonomía absorbió, toda mi atención. Es menester decir que durante años lo había encontrado en el bulevar Humberto I^o o en el bulevar Duque de Génova, yendo y viniendo, con un atado de libros bajo el brazo en compañía de una joven que era su hermana. De tal modo había picado mi curiosidad, que me sucedía a veces adelantar la hora de concurrir a la oficina a fin de poder verlo De no habérmelo impedido una muy grande diferencia de situación social me hubiese atrevido a acercarme a él y a dirigirle la palabra. Trabé relación con él recién en 1921, durante nuestro viaje a Roma.

"Cuando después de la ceremonia, le di el abrazo tradicional en la Capilla de la "Madona", no pude contener mi emoción: ¡Frassati, el joven que desde hacía tanto tiempo me había acostumbrado a mirar como inaccesible se volvía entonces en su doble título de joven católico y de terciario, mi hermano en la fe!

Gustaba de firmar con el nombre de "Fray Jerónimo" algunas de sus cartas que dirigía a sus cofrades de la Tercera Orden.

Estaba orgulloso de este nombre que de un modo más estrecho lo consagraba al servicio de Dios, y se complacía en hacerlo sentir bien alto.

“Conocí a **Pier Giorgio**, en Biella, durante el verano de 1924, escribe uno de sus cofrades. Salía a mi encuentro junto con un amigo común. No bien vio mi distintivo de terciario, me tendió la mano: “Fray Jerónimo”, dijo con franca y simpática sonrisa.

Agradablemente admirado de aquella singular presentación, le dije mi nombre y le pregunté:

- Y tú.... en el siglo?

- Frassati.

“Hablamos en seguida de nuestra Orden. Abogaba calurosamente en su favor, insistiendo en la necesidad de hacerla conocer sobre todo entre los estudiantes; y daba el motivo. “Te aseguro, decía, que logré interesar en los problemas religiosos a muchos jóvenes que jamás se hubieran preocupado de ellos, con sólo hacer venir la ocasión de hablarles de nuestra Orden”.

Luego el mismo narrador relata otro episodio que no carece de gracia.

“Cierta día, al encontrarme con él en Turín, en la calle de Milán, le ofrecí un refresco.

¿Si fuésemos a tomarlo en ese bar? dijo sonriendo y mostrándome la iglesia de Santo Domingo hacia la cual nos dirigíamos.

“Consentí, pensando que no deseaba aceptar mi invitación, mas estando en la iglesia, luego de algunos instantes de recogimiento, al hallarnos cerca del cepillo destinado a las limosnas, me lo señaló con el dedo, diciéndome en voz baja: ¿Beremos aquí el refresco ?....”

“Me di cuenta de lo que quería y deposité mi óbolo. “Te lo devuelvo... dijo aún, echando él mismo su ofrenda en el cepillo”.

El Reverendo Padre Felipe Robotti partiendo para América, le preguntó, con cierta malicia, si penaba permanecer fiel a sus compromisos y a la causa católica. **Pier Giorgio** abrió desmesuradamente los ojos como alguien que no entiende, luego dijo resueltamente: “Padre, tan sólo la muerte podrá hacer-

me dejar de trabajar por una causa que para siempre se ha identificado con mi vida”.

Se embarcó el Padre; **Pier Giorgio**, le agradeció siempre el haberle hecho conocer, la Tercera Orden para lo cual no cesó de reclutar terciarios. Su misma muerte no detuvo esa clase de apostolado, ya que hoy día jóvenes Terciarios y aún religiosos aman enrolarse, bajo su nombre, en la milicia de Santo Domingo.

Otro aspecto de la fisonomía moral de **Pier Giorgio**: el escrupuloso respeto que siempre tuvo por las disciplinas de la Iglesia referente al ayuno y a la penitencia. No ignoraba que el pecado original ejerce en nuestras almas, aún luego de regeneradas por el bautismo, influencias malignas que la mortificación cristiana tiene por fin neutralizar. Decidido a vivir plenamente su vida de cristiano, había hecho en ella a ejemplo del Maestro, un amplio lugar al padecimiento libremente aceptado.

Es así como los ayunos y las abstinencias eran rigurosamente practicados por él, y eso aunque le costara a causa de su excelente y constante apetito.

Desde los veinte y un años de edad, se contentaba, en el desayuno, los días de ayuno, con un pocillo de café negro en el cual ponía algo de chocolate, siempre que Carolina no se hubiese olvidado de comprarlo. En el almuerzo, quedaba despiadadamente, reducida la copiosa ración de macarrones que tanto le gustaban; tocante a lo demás, se atenía al menú del día, sin descomponer en modo alguno el orden del almuerzo; de noche, tomaba por lo general algo de sopa y comía algunas legumbres. Su hermana y la doncella notaron que a menudo, no probaba, aquellos días, los manjares azucarados. Si había de cenar fuera de su casa o en casa de sus amigos debido a compromisos mundanos, se privaba de los manjares más apetitosos, buscando sin embargo el modo de que no lo notaran.

Con igual rigor observaba el ayuno cuando tomaba parte en una excursión a la montaña. Cierta día en el que había ayunado y había de guiar a excursionistas poco expertos, le hicieron notar que, dada su robusta salud y su apetito, hubo de comer como todos: “¿Quién ayunará entonces, replicó sonriente, si, no lo hacen los que gozan de buena salud”?

Otro día, durante la Cuaresma, hallándose en compañía de los miembros de la "Joven Montaña", a los cuales se había agregado Monseñor Piastrelli, que era uno de los capellanes de la J. C. Italiana, llegó al pie de un muro de piedra que habían de escalar atándose. La pequeña tropa se detuvo. Se dispuso a distribuir la soga. Concluidos los preparativos, al verle mirar a cada instante su reloj, le dijo un camarada impaciente: "Pero, ¿salimos de una vez?"

-No son aún las doce, respondió **Pier Giorgio** -¡Pues tanto mejor! tendremos más tiempo y llegaremos más pronto a la cumbre.

-No almorcé y no quiero aventurarme a partir en ayunas.

Monseñor Piastrelli hubo de exhortarle entonces a comer sin escrúpulo, asegurándole que los estudiantes estaban eximidos del ayuno.

-Sí, respondió, los que estudian, ¿mas aquellos que nada hacen?...

Comió y partieron.

"Cuando se ha dado un paso fuera de la mediocridad, solía decir Guynemer, se está a salvo". A temprana edad **Pier Giorgio** había dado ese paso, paso de gigante, sin pena y sin reservas y que, renovado todos los días, había de llevarle en breve tiempo a una singular perfección.

Desde 1920 hasta su muerte quería proporcionarse cada año un descanso para reflexionar y orar. Lo hacía durante los tres últimos días de Semana Santa. Iba entonces a la villa Santa Croce, clara y espaciosa casa de retiros que edificaron hace poco los Padres de la Compañía de Jesús en una de las colinas cubiertas de bosques que dominan el Po a la izquierda y debajo de la basílica de Superga. Hacía allí, bajo la dirección del Padre Righini S.J. los ejercicios de San Ignacio tan calurosamente recomendados por el Padre Santo a los católicos de acción.

Una vez más se ponía frente a las grandes verdades que son el fundamento mismo de la vida. Lealmente, en presencia de Dios y de su alma, indagaba su significado, meditaba en su fin, reflexionaba en el pecado obstáculo a ese fin, se humillaba, se reprendía a sí mismo, y luego, fijos los ojos en el divino Mo-

delo, pedía la gracia de comprenderle íntimamente, y de amarle más vivamente a fin de seguirle de más cerca.

Se concibe qué frutos debía sacar **Pier Giorgio** en semejante escuela. Naturaleza recta y generosa, iba a su fin sin vueltas ni tergiversaciones tal cual lo exigía la lógica de su espíritu; luego, con todo su ardor y sin disimularse los Obstáculos, se lanzaba hacia las alturas.

No es que no le costase este silencio riguroso de tres días. Las locas risas que lo hicieron colocar, en 1921, en la "división de 108 inquietos" atestiguan lo contrario, lo que no impidió al Padre Sabelli S.J., a quien interrogaremos más tarde respecto a estos retiros, de notar ya entonces que ese bullicioso discípulo "lo seguía con los ojos más que ningún otro y que muchas veces no solamente lo comprendía sino que se le anticipaba en penetrar su pensamiento".

CAPÍTULO IV

LA ALEGRÍA CRISTIANA

“Regocijaos en el Señor en todos los tiempos, os lo repito, regocijaos” les escribía San Pablo a los cristianos de Filipos, a quienes estableció en la paz de Cristo.

La alegría, la verdadera y profunda alegría que sobrepasa los sentidos no puede ser sino patrimonio del cristiano.

No ignora por cierto el padecimiento, que es el fruto amargo del pecado, mas no lo analiza y se hace con él un trampolín para elevarse hacia Dios más suelta y más liviana.

Consciente de las riquezas de la redención y de las promesas de vida futura, las cultiva para sí y convida a los pobres a ese festín real.

Atento al esplendor de las cosas que Dios ha sembrado en la tierra poniendo en ellas su firma, no les manifiesta mal humor, mas goza de ellas en paz, sabiendo que todo verdadero culto de auténticas bellezas es un homenaje rendido al Creador.

Esta alegría que es el formarse conciencia propia de todo ser cristiano, la hallamos en **Pier Giorgio** del modo que la hemos comprobado en todos los santos, llámense San Francisco de Asís o Santa Teresa de Ávila, San Felipe de Neri, el Bienaventurado Cottolengo o Don Bosco.

“Viviendo en Dios, hace notar su biógrafo, y haciendo de Dios su alimento, no podía, so pena de contradicción, cesar de sentirse inundado de alegría. Por lo tanto, ésta estallaba en él por cualquier motivo y a veces sin motivo.

“¡Qué alegría! ¡cuán bello!”, son gritos que se le escapan ante el espectáculo de la grandeza moral, así como ante la vista de un lugar hermoso o de una obra de arte.

Para completar digamos que esa alegría era también originada en él por un temperamento feliz, por un armónico equilibrio de facultades y por un asombroso vigor físico que él se aplicaba por otra parte a mantener en forma.

Las flores son las compañeras de la, alegría. Psicólogos y poetas no dejaron de señalar las predilecciones del niño para con ellas. Su brillo, su delicada estructura, su misma fragilidad atraen sus miradas tan cercanas aún a la tierra. Se podría decir que existen misteriosas correspondencias entre ellas y él; las interroga con sus miradas y ellas le hablan de inocencia, de candor y de sencillez: inocencia, candor, sencillez que en ellas son como sello muy reciente de la divina mano que las hizo nacer. Tal vez por esos motivos los santos amaron también las flores, frágiles símbolos de la juventud de Dios. De este modo un Bienaventurado, Giovanni Colombini al prender en su sayal margaritas y hierbas estoques se une al pequeñuelo que revolcándose en el prado, acaricia con sus rosados dedos las belloritas.

Los canastillos de flores que adornan los jardines de Pollone no podían dejar de atraer las miradas de **Pier Giorgio**, siendo niño. En ellas encontraba sus delicias, delicias que compartía su abuelita Linda Ametis que lo guiaba en sus descubrimientos, delicias también de su mamá, la cual acompañada de su hijito, iba en la primavera, por el campo, a recoger flores silvestres. Recuerda aún que cierto día de verano –**Pier Giorgio** tenía a la sazón quince años de edad- habiéndole acompañado a la montaña de Oropa para recoger dafnes rosados y rododendros, se olvidó de pintar y el niño se olvidó de reclamar su comida, de manera que regresaron a casa pasado medio día.

Más tarde, el adolescente, también el joven, no tendrá mejor amigo que el jardinero José Gola, el “gnere”, como le llamaba en un amable diminutivo, creado por él, de giardiniere. En su compañía dará vuelta la tierra durante horas, carpirá, en mangas de camisa, con la cabeza descubierta y piernas al aire

bajo un sol abrasador; regará su jardín; luego en el otoño, arreglará con él en el carro los pesados cestos de frutas y legumbres.

También en Pollone, al regresar de la iglesia donde acababa de orar y de comulgar, gustaba de detenerse ante los macizos del jardín, para elegir flores de su gusto con las cuales hacía ramos destinados a festejar el aniversario tal o simplemente a adornar su habitación.

En Turín, al llegar del campo grandes cantidades de flores, previa autorización de sus padres, iba a elegir voluminosos ramos que llevaba luego a la capilla de Nuestra Señora de las Gracias, en la iglesia de la Crocetta, su parroquia.

Más adelante, el empedernido excursionista no vacilará en recorrer la montaña una hora más para recoger una flor de los Alpes y se le verá a menudo regresar con un haz de rododendros atado con piolín a su mochila o teniendo cuidadosamente en su mano una florcita, recogida en las anfractuosidades de los ventisqueros perdidos en el cielo. Le gustaban también los minerales; los cargaba en su ya pesada mochila y de vuelta a su casa, clasificaba cuidadosamente en un escaparate o en los cajones, las muestras que consiguiera en esa forma.

“Mens sana in corpore sano”, solían decir los antiguos.

Pier Giorgio jamás tuvo dificultad en aprobar ese axioma; le agradaban todos los deportes, exceptuando evidentemente aquellos que, demasiado excesivos o brutales sobrepasan el objeto y constituyen una ofensa al buen sentido o a la moral. Siendo niño, se entregó a ellos con su natural ardor; más tarde, eligió por convicción, valientemente persuadido de que los ejercicios físicos bien entendidos contribuyen de excelente modo a la formación del carácter, de la energía, del espíritu de decisión y de disciplina y constituyen, también, una forma de abnegación.

Muy pequeño, era apasionado del balón pie y de largas carreras en bicicleta. Le veían luego de salir de la escuela, largarse a la Plaza de Armas, en Turín, con su pelota debajo del brazo y regresar jadeante y manando sudor a chorros.

Las montañas cercanas Diella no tenían secretos para él. Habiendo salido cierto día a eso de las dieciséis horas para el monte Mars, a fin de presenciar al día siguiente la salida del sol, pasó la noche en un troje, donde casi no durmió, a causa de la

bulliciosa alegría de sus compañeros. Al regresar, luego de dos días de marcha y de una noche sin dormir, regó tranquilamente su jardín.

Yendo solo, trepaba en bicicleta por las rudas pendientes cantando. Recorría también en bicicleta, sin parecer muy cansado, los ochenta y siete kilómetros que hay desde Pollone hasta Turín.

Una vez, su madre al llegar a Turín algunas horas después que él, se preguntó inquieta qué habría sido de su hijo, cuando lo descubrió, no sentado, sino andando a grandes pasos por la habitación, declamando versos de Dante.

¡El mar! el mar calmoso o revuelto, apaciguado o tumultuoso, ejercía sobre él todas sus seducciones. Al mar le debió, después de las de la montaña, las más embriagadoras alegrías de su infancia y de su juventud y durante las vacaciones sus más sanos solaces.

Hay que verle plantado ante el mar encantador: "Que-
mado por el sol, dice su biógrafo, se hubiera creído que estaba forjado en bronce en el que resaltaba la brillante blancura de sus dientes; sus ojos fijos en el azul del cielo, parecían más profundos; sus miembros eran armónicos; sus manos y sus pies de formas perfectas, sus espaldas anchas. A menudo, en contemplándole, se pensaba en el Apolo del Belvedere; su rostro no tenía sin embargo el óvalo femenino del célebre mármol. Su nariz era ligeramente aguileña, su barba de mandíbulas cuadradas, le daba a su fisonomía una expresión de voluntad varonil y tenaz; sus grandes ojos pardos, suaves y sonrientes, se ponían brillantes ante el menor movimiento de alegría interior, o bien repentinamente severos, fijos y casi duros, expresando reflexiva decisión en perfecta armonía con el resto del rostro. Luego el autor se vuelve lírico: "¡Oh qué alegría para el bello adolescente, la de las zambullidas perpendiculares, la del salto peligroso en el mar, la de las largas carreras con tiempo en calma, la de las amplias braseadas hendiendo las olas durante la tempestad! ¡Las carreras de resistencia debajo del agua, en profundidad, luego de repente la vuelta a la superficie con arena en las manos!"

Su maravillosa resistencia fue una revelación para uno de sus primos, experto marino. Asegura haberle visto realizar a nado o a remo hazañas que sólo pueden cumplir profesionales adiestrados durante largo tiempo.

En Turín, paseos en bote por el Po. Recuerdan sus amigos su última carrera cuatro días antes de su muerte. Como acababa de sentir dolores repentinos en la región lumbar y en las piernas, fue el primero en tomarlos en broma: “¡Es un **envenenamiento de los músculos**, dijo, bastará una buena excursión a la montaña para librarme de ellos!”

La equitación fue también uno de sus deportes favoritos. Había aprendido muy joven a montar a Parsifal, caballo irlandés, brioso y difícil; montado en él, cuando así se lo pedía su padre, recorría cualquiera fuese el estado del tiempo, el largo camino de Turín a Pollone.

El volante le era también familiar. Le sucedió varias veces correr varios kilómetros a la par del rápido de Milán a Turín, lanzado a toda velocidad. En los momentos difíciles y ante obstáculos imprevistos, eran excepcionales en pericia y sangre fría: un día, encontrándose frente a un carruaje al cual iban enganchados tres caballos y el que ocupaba el medio de la calzada, supo con un impecable golpe de volante, evitar a la vez el carruaje, los caballos y el torrente del cual lo separaba un débil pretil. Esta hazaña que había por un instante helado de terror a su madre y a su hermana en cuya compañía viajaba fue enseñada subrayada por ellas con un entusiasta “¡Bravo, **Pier Giorgio!**”

Puras alegrías también aquellas que le pedía al trato asiduo con las obras de arte: obras maestras de la escultura o de la pintura que su madre, pintora talentoso, le había hecho apreciar desde chico. Frecuentes visitas a los museos y a las galerías de arte de las grandes ciudades de Italia, de Alemania o de Austria, habían formado poco a poco su gusto. Espíritu muy ecléctico, aunque no especializado en materia de arte, su elección recaía instintivamente en el cuadro o en, el mármol que revelaba una alta inspiración o una gran maestría técnica. Lo atestiguan aún ahora los numerosos álbumes en que ordenaba las reproducciones de sus obras preferidas a medida que las

descubría. Agreguemos que su educación artística y su poco común equilibrio de sensibilidad le permitían apreciar y admirar ciertas obras que otros de gusto menos ejercitado y de imaginación menos moderada, hubiesen sin duda calificado de perturbadoras.

Le encantaba igualmente la poesía. Cierta día, hallándose en Ravena, ante la tumba de Dante, recitó cantos enteros, ante la gran admiración de sus compañeros que no le conocían semejante memoria. En efecto, le bastaba a veces leer un poema de forma impecable para recordarlo en seguida y de modo definitivo.

No permitiéndole la exigencia de los programas dedicar largos ocios al estudio de las obras literarias, se resarcía un tanto prendiendo con alfileres en las Paredes de su habitación, largos trozos de sus poetas preferidos; había colocado en su mesa de trabajo, en sitio preferente, la oda a Segantini de d'Annunzio y aquella de Pastonchi dedicada al explorador Shkelton, en tanto que podía leer en la tapicería de su habitación, transcripta de su mano, la admirable oración del Dante que muestra en forma tan potente la fe de la Edad Medía en la mediación universal de María:

Vergine Madre, figlia del tuo figlio,
Umile ed alta piú che creatura....
Donna, sé tanto grande e tanto vali,
Che qual viuol grazia, ed a te non ricorre,
Sua disianza vuol volar senz'ali (Paradiso, XXXIII),

¡Oh Virgen María, hija de tu Hijo,
Humilde y elevada por encima de toda criatura....
Oh Señora Nuestra, tú eres tan grande y tan sublime,
que el querer una gracia sin recurrir a Tí
es como querer, desear volar sin alas!

En el arte escénico prefería también los clásicos: Shakespeare, Schiller, Esquilo no le eran desconocidos. Sucedió a veces que se le dieran bromas sobre su severidad para con las obras de la actualidad, severidad que le dictaba su sentido cristiano; era el primero entonces en sonreírse, pero no dejaba de estar dispuesto a utilizar la entrada permanente que le daba

derecho, de asistir a todas las salas nada más que para admirar las obras sanas y de perfecta composición literaria y moral.

Esas puras y elevadas alegrías que a **Pier Giorgio** le proporcionara la contemplación de las obras de arte puras y a través de las cuales se esforzaba en discernir a Dios, no eran las únicas; necesitaba otras exuberantes. Su vida concentrada de estudiante y tal vez aún sus estrictas exigencias en el servicio de Dios necesitaban en su vida esos períodos de descanso, que son las diversiones sanas entre amigos, las bromas jocosas, las conversaciones alegres y las bufonadas inocentes. Tenían gran maestría en todo aquello, pues ese devoto a quien llenaba de alegría la paz interior, era verdaderamente el compañero más alegre. De ese modo conservan los santos el fondo de naturaleza que les legaron sus antepasados, y de él pudo decirse muy juiciosamente que tenía la inteligente cordura de un Federico Ozanam y la deliciosa alegría de un san Felipe de Neri.

Agreguemos, ya volveremos sobre esto más adelante, que se hizo también de la alegría una manera y no la menos eficaz, de apostolado.

De ese modo, en el círculo, a fin de despejar con una chispa de alegría la atmósfera por demás pesada de la velada, o a fin de alegrar a un compañero visiblemente muy preocupado, le sucedió mover a propósito una silla, suspirar y hablar fuerte en forma tal que todos se reían a carcajadas y se alegraban un instante los espíritus.

Siguen siendo célebres sus partidas de billar. Una carambola más o menos acertada, una torpeza de su compañero en el juego, eran saludados de inmediato con un formidable estallido, con un cañonazo que hacía retumbar la sala. Seguía de nuevo el juego siempre más animado, y no era raro que esa exuberante y sana alegría trajera nuevos reclutas.

Aficionado a las algazaras y a las bufonadas, con buena gana tomaba parte en las manifestaciones estudiantiles, se enganchaba al carro que había de representar un triunfo báquico, se unía a la batahola organizada para ir a despertar a los amigos.

Habiendo sido convidado por el capellán del círculo a cenar una noche de Navidad, en el Seminario, tuvo la singular

ocurrencia de llenar de agua los tazones destinados al desayuno de los seminaristas.

Si algunas de sus bufonadas se pasaban a veces de los límites, nadie se ofendía; tan fácil era adivinar su intención; mas era preciso a veces sofrenar su exuberancia. Cuando le acontecía tomar el tren en compañía de excursionistas, se volvía enteramente inaguantable; gritaba, accionaba, imitaba de modo perfecto la señal dada por el guarda tren, de tal modo que sus compañeros o compañeras, a fin de evitar que incurriera en una contravención, lo vigilaban y tenían en una mano el reloj y en la otra un caramelo, como premio de los cinco minutos de silencio que se le exigían.

¡Cuántas aturdidoras bromas organizó al instituir con un amigo una especie de “sociedad del terror”! Alguna joven universitaria era ordinariamente la víctima resignada, pero no inerte y sin réplica. Era entonces una sucesión de persecuciones y de emboscadas; el correo era observado, el teléfono vigilado, pues toda interpretación y toda comunicación se hacían sospechosas de ocultar una buena jugada, una gran broma, una invitación apócrifa. Esas bromas por otra parte le eran ampliamente retribuidas. Un día de examen, le transmitieron irónicos votos por medio de un burrito de juguete de cabeza móvil, que respondía indefinidamente “sí” a la pregunta, escrita en el billete que traía.

“¡Estudiantes de la Universidad, vosotros! decía su buena abuela, fingiendo escandalizarse de sus calaveradas, ¡ah! ¡pero no! ¡decid más bien niños del asilo” **Pier Giorgio**, a quien divirtiera esa reflexión, pataleaba en efecto, como un niño.

Otras veces, levantándose bruscamente de la mesa, hablaba por teléfono a alguna de sus amigas de la infancia, sabiendo que estaba almorzando. Esta se precipitaba apresuradamente hacia el aparato, y colgaba en seguida el tubo luego de haber oído un formidable cornetazo.

Durante gran parte de las vacaciones del verano de 1924, se había propuesto quedarse en Turín a fin de trabajar. Había rehusado aún la ayuda de una persona de servicio. Sólo su amigo, Tonnino Severi, fue admitido como compañero de trabajo. Pretendían bastar entre ambos, para todo, incluso la

cocina, que hacían consistir en café con leche, macarrones y chuletas. Oportuna e inoportunamente, **Pier Giorgio** alababa mucho su propia habilidad culinaria; hubo sin embargo algunos incrédulos. Los desafió: “Os convido a todos a cenar mañana en mi casa y veréis!” Aceptaron el desafío.

Satisfecho de esta bufonada que organizara a escondidas de sus padres, **Pier Giorgio** y su amigo se dispusieron en seguida a preparar el banquete. Encargaron una torta para doce aunque eran sólo cinco, y lo demás de las provisiones de un modo análogo. Cocinaron y presto, cinco alegres muchachos en mangas de camisa se hartaron, en el austero comedor. **Pier Giorgio**, puesto en la cabeza un sombrero de gendarme, hecho con un ejemplar del “Becco Giallo”³ presidía, riendo, cantando, animándolo todo con su inextinguible alegría, hasta llegada la noche.

Los cinco amigos habían de conservar el recuerdo de tan alegre diversión: se sacaron fotografías. Una de ellas cayó en manos de una estudiante, amiga de él. Esta se valió de la misma para hacer un chantage: “Si me hace una jugada, le mandaré el clisé a su mamá” **Pier Giorgio** prefirió negociar. Quedó en paz mediante 45 liras que se depositaron en la caja del club alpino de los “Tipi loschi”⁴.

Un año más tarde, luego de comulgar en el santuario de Oropa, en recuerdo de **Pier Giorgio**, sus compañeros resolvieron juntar de nuevo esa suma que emplearon en hacer rezar misas por el descanso de su alma.

La franca alegría de **Pier Giorgio**, cae de su peso, se manifestaba también en familia. Tenía para con su abuela paterna un afecto, profundo pero no exento de “humor”. Como no cesara de aconsejarle prudencia se complacía malignamente en hablarle de riesgos imaginarios, de supuestos peligros que corriera y de los cuales saliera felizmente, o aún de hacerle prever otros nuevos. Cierta día, se atrevió a decirle, en el momento de salir para asistir a clase en la Universidad: “Adiós, salgo para

³ Periódico humorístico anti fascista, suprimido más tarde.

⁴ Textualmente: “tipos sospechosos”, caprichosa denominación de esta sociedad de estudiantes.

Génova donde debo dar una conferencia de controversia en una plaza pública.... Ante una avalancha de reconvenciones y juiciosas recomendaciones, el pesado bromista escapó riéndose a carcajadas.

Hasta los sirvientes y familiares de su casa eran víctimas de sus buenas bufonadas y compartían su inconfundible alegría. ¡Qué lejos estaba este alegre muchacho del señorito de gravedad afectada y desconfiada que quiere regentearlo todo y ser obedecido puntualmente! El jardinero José se prestaba de buena gana a las inocentes bromas del niño, que concluían en carreras al través de las alamedas o en duchas frías que diera el que más pronto se apoderara del caño de goma de regar. ¡Cuántas instancias cómicas ante María, la sirvienta de su abuela materna, a fin de arrancarle un cigarro o una golosina! ¡cuántos gritos agudos proferidos detrás de las puertas para asustar a Mariscia, sirvienta alemana, a la cual por otra parte colmaba de atenciones, las que ella retribuyó manifestándole, durante su enfermedad, el afecto de una hermana!

Imposible terminar este capítulo sobre la alegría cristiana de **Pier Giorgio**, sin decir una palabra acerca de la alegre sociedad de terroristas por broma o de los Tipi loschi a quienes hemos aludido. Redactó los estatutos con su amigo Marcos Beltramo. Al modo de toda sociedad que se respeta, estaba compuesta de un presidente, de un secretario, de una organizadora de excursiones y de miembros, estudiantes de ambos sexos que se denominaban “lestofanti”⁵ y “lestofantesche”, sin perjuicio de otros graciosos apodos.

El fin de la sociedad era divertirse honestamente, en el transcurso de las excursiones por los Alpes preparadas durante largo tiempo, excursiones cuyas actas se redactaban luego en estilo pomposo o poco más o menos enigmático, accesible solamente a los iniciados. Los lemas de la sociedad bastan para informarnos acerca de su espíritu: El primero era: “¡Pocos, pero buenos como los macarrones!” Se refería al reclutamiento de la

⁵ *Lestofanti*, filibustero por juego de vocablos. Esta palabra está compuesta de *lesto* que quiere decir ligero y *fanti* que quiere decir infantes. De otro modo “andarines rápidos”.

sociedad; y el otro decía: “¡Percussus elevor, contusus gaudeo!” Y encerraba en su concisión un magnífico programa de energía y de valentía cristiana.

Sin duda antes de dársela a su alegre asociación, **Pier Giorgio** desde largo tiempo la había hecho suya.

En efecto, ateniéndose sólo a las apariencias, algunos hubiesen podido creer que la alegría era en él sólo consecuencia de su perfecta salud o de, una situación social que le libraba de las preocupaciones con respecto al porvenir. Algunos que le conocieron más íntimamente se enteraron de que se inspiraba también en motivos sobrenaturales y que era esa inalterable alegría fruto de una heroica virtud y premio concedido por Dios a su vigilancia interior y a su confianza en la divina Providencia. Pues es precisamente en este último motivo en el que se inspiraba finalmente para aconsejar a sus hermanos afligidos o para; animarse a sí mismo en medio de sus propias dificultades. ¿No pertenecía su vida a Dios, del cual hacía cotidianamente su alimento? En estas condiciones ¿cómo dudar de Él? ¿Cómo no vivir siempre en la alegría sino sentida al menos deseada?...

Le respondió a alguien que le reconviniere cierto día su inextinguible alegría, “Soy al modo de esos bufones de corte de antaño: alegre por fuera, torturado por dentro por tormentos indecibles”.

¿No habrá que ver un secreto de su alegría en aquella respuesta dada ella también en tono jocoso y ligeramente hiperbólico?...

CAPÍTULO V

EL CARÁCTER

¡**Testadura!** Tal es el epíteto del cual ningún piamontés se ofende, pues a penas exagera el rico aspecto de su temperamento. Tal era el que le espetaban a **Pier Giorgio** en familia cuando se habían esforzado inútilmente en doblegar su tenacidad referente a un punto: “¡Es muy sencillo, le decía su padre cierto día a un vicario que empezó su panegírico, es de Biella!”

“Terco como un bielés!”, dice aún el proverbio. Pero, lo era también el abuelo Francisco Ametis, navegando muy joven aún hacia el Perú, en un barco a vela, luego corriendo todas las aventuras, corriendo cien veces peligro de muerte, jamás desanimado, haciéndose el sostén de todos, alma de conquistador, verdadero caballero del ideal!

Corría seguramente algo de su sangre por las venas de **Pier Giorgio**, caballero él también, pero de ideal más elevado al que defendió con el mismo bello ardor e igual viril energía.

Digamos para proceder con justicia que la educación sin molicie que recibiera en el hogar contribuyó en gran parte a forjar ese temperamento.

Niño, había sumergido su cuerpo en los lagos helados de los Alpes. Estudiante, tomaba vino sólo los días festivos o de diversiones entre amigos. Nada de café, sino en los períodos que precedían a los exámenes, a fin de mantenerse despierto durante más tiempo, en invierno no utilizaba nunca la calefac-

ción en su cuarto, y no toleraba en la cama más que un número de cobertores apenas suficiente, encogiéndose si sentía frío. Adquirió en esta dura escuela, la resistencia física de la cual se admiraban los que le rodeaban. Citemos un hecho: "En el transcurso de un paseo en bote, en Alassio, narra un amigo, por descuido le di con un remo un golpe en la cabeza. El golpe fue tan violento que le produjo una profunda herida: corrió la sangre, el dolor era vivo, mas mientras que yo desconsolado e impotente lo miraba, él parecía preocupado sólo de consolarme y no demostraba preocupación alguna con respecto a su herida. Era sin embargo grave, pues hubo de recurrirse inmediatamente al cirujano, quien le dio unas puntadas; más el paciente las soportó sin la menor señal de dolor".

Esta impasibilidad ante el sufrimiento físico nada era en comparación a su inflexibilidad ante el deber. Era invariablemente mantenida toda resolución tomada luego de madura reflexión. Encaraba sólo el fin que había de alcanzar y sólo una imposibilidad material podía desviarlo.

Nada quería saber de medias tintas, de transacciones, de pequeñas cobardías. Le sucedió en el transcurso de sus estudios, exagerar, sobrepasar sus fuerzas, "preparar activamente" un examen a fin de entregarse más pronto a los trabajos del apostolado. Error si se quiere, mas error tanto más disculpable cuanto poco frecuente entre los estudiantes.

Pero su fuerza de carácter resplandecía sobre todo en la vida política, colocándole las circunstancias frente a su deber de católico de acción.

Se recuerdan los graves desórdenes sociales que señalaron a Italia los años subsiguientes a la guerra. Favorecidos por el descontento y el agotamiento general, socialistas y bolcheviques erigieron la huelga como institución corriente, preludeo de la toma de posesión de las fábricas y de las manufacturas. Los conflictos agudos entre obreros y patronos se volvieron frecuentes y corrió sangre a menudo.

Frente a los elementos de desorden, se irguieron los cristianos sociales del Partido Popular Italiano, independientes de la autoridad religiosa, pero firmemente apegados a los prin-

cipios de la democracia cristiana y firmemente resueltos a hacerlos triunfar para bien de la Iglesia y del país.

Pier Giorgio a quien los organismos de juventud católica ya iniciaron en los principios de la doctrina social –solía fechar ciertas cartas con las palabras **Rerum novarum**- se lanzó con ardor sincero, leal y apasionado. Notemos de paso que en esto tuvo tanto mayor éxito cuanto que estuvo obligado a adoptar una actitud de decidida oposición al partido de Giolitti, amigo personal de su padre, quien por otra parte no le imponía restricciones y le dejaba la más perfecta libertad de acción.

Se lanzó a la batalla en la medida que se lo permitían sus estudios. Dejemos hablar a los testigos:

“Era en la primavera de 1920, narra uno de sus amigos, la época más crítica de las agitaciones y de las huelgas. **Pier Giorgio** se destacaba por su perfecto dominio de sí. Lo invité cierto día a visitar los establecimientos metalúrgicos piamonteses de Borgo Dora, en Turín. El elemento obrero era allí de lo más revoltoso. **Pier Giorgio** llevaba como siempre en el ojal la insignia del partido. Al acercarnos a la fábrica le hice notar que sería bueno que se la sacara a fin de evitar incidentes como los que se produjeran muy recientemente y por iguales motivos fútiles. “Pero no, dijo, verás que nadie me dirá ni palabra”. Insistí, y me respondió en igual forma. Y, en efecto, en el transcurso de nuestra visita, que duró más de tres horas, en las distintas secciones de la fábrica, todos los obreros –conversamos al menos con veinte de entre ellos- le respondieron con la más perfecta corrección. Manifesté, mi extrañeza a mis colegas ingenieros, pues en varias circunstancias nos habían acogido con palabras hostiles y a menudo groseras”. Ese régimen de excepción no podía provenir sino de su ascendiente moral y de su valentía.

De igual modo, un 1º de mayo mas particularmente febril, su madre al verlo salir con su insignia, le suplicó se la quitara. “Pero, respondió sencillamente, ya que se nos dijo de llevarla, hemos de obedecer.... ¿Si con cualquier pretexto se la quitara cada cual?... ¡No, no, hoy menos que nunca!...” seguro de su fuerza y de su ascendiente, salió con su insignia y no le molestaron.

En aquella época, el Padre Felipe Robotti a menudo lo tomaba de compañero. “**Pier Giorgio**, narra, llegaba siempre cuando preveía que habría que correr algún peligro. Su calma era entonces imperturbable. En el transcurso de los arduos años 1919 y 1920, me aconteció ser llamado a hablar de noche a los jóvenes obreros de los arrabales muy rojos de Turín: en San Pablo, en San Donato o en el Capitolio. Eran socialistas en su mayoría, y, en caso de alboroto, casi ni podíamos contar con la protección de la policía. Por lo general, me hacía escoltar por un grupo de nuestros jóvenes: era una protección más moral que efectiva, pues eran pocos y sin armas. Si me sucedía verme rodeado de bolcheviques tratando de intimidarme con amenazas, **Pier Giorgio**, lejos de asustarse, se pegaba a mí a fin de defenderme en caso de ataque. He de decir, para honra de Turín, que jamás, aun en tiempos de efervescencia popular, tuve ocasión de ver correr sangre”.

En 1919, se realizaron las elecciones; se incorporaron a la Cámara 100 miembros del Partido Popular contra 150 miembros del partido socialista. La campaña fue febril. **Pier Giorgio** creyó que no debía abstenerse de prestarle ayuda a la propaganda en favor de los católicos de su partido. Veámosle actuar con uno de sus amigos: “Salimos cuatro en un auto de alquiler y bajo un aguacero. Carteles, mariposas, folletos de propaganda llenaban el coche y, en el estribo, dos latas de engrudo largaban por doquier chorros de pasta viscosa. Habiendo cumplido ya bastante tarea, nuestra lata se cayó.

Fue necesario un persuasivo discurso de **Pier Giorgio** para decidir a un pacífico mesonero a darnos cuatro puñados de harina. Habiendo arreglado ese desastre, llegamos a la plaza Solferino, en el centro de Turín, cuando la gente salía del teatro; eran cerca de las doce. **Pier Giorgio**, trepado en la plataforma del automóvil, pincel en mano, se disponía a embadurnar las lucientes columnas del Palacio de los Seguros de Venecia, cuando le vimos entablar una discusión con unos energúmenos a quienes vinieron a reforzar un grupo insolente y amenazador. El encuentro iba a degenerar en riña. Era prudente irnos; nos precipitamos al auto que partió a toda velocidad. Más adelante tuvimos otros encuentros semejantes exponiéndonos a nuevos

peligros. Regresamos muy tarde aquella noche a nuestras casas, rendidos, cubiertos de lodo. ¡**Pier Giorgio** estaba radiante!”.

En otra circunstancia, en Roma, frente al palacio de Merode, se le vio bajar sin armas a la calle, para hacer frente a adversarios armados de fustas y bastones.

Esta valiente actitud frente al peligro ya le había dado cierta notoriedad, cuando tuvo lugar la agresión fascista, del 22 de junio de 1922, en el Corso Galileo Ferraris número 70, domicilio de su familia.

Era en la época en que el régimen, considerando vencido al socialismo, entablaba abierta lucha contra todos los partidos liberales que gobernaban al país desde, 1870. Todo miembro o simpatizante con aquellos partidos era considerado sospechoso y expuesto a ser molestado. Sin duda habían sido dadas a las tropas fascistas consignas de disciplina y moderación; mas cuando en un reglamento se erige en principio la ley del talión: ¡ojo por ojo, diente por diente! es difícil detener en la pendiente de los excesos a los afiliados demasiado celosos y demasiado interesados en el desorden. La amistad del senador con el antiguo jefe del gobierno, honorable Giolitti, era conocida por todos, y no se ignoraba que **Pier Giorgio** se gloriaba de pertenecer al P. P. I. y a las agrupaciones, también sospechosas, de Juventud Católica.

Pero ese día la tenían con el “**Stampa**”. Opositor al régimen fascista, acababa de publicar en sus columnas un artículo contra los voluntarios del partido. Estos, a fin de vengarse, resolvieron emprender contra el propietario del diario una de sus famosas campañas de castigo.

La agresión, pues la hubo, tuvo lugar un domingo. Estando **Pier Giorgio** y su madre almorzando solos en su casa, sonó el timbre. Casi en seguida cuatro jóvenes invadieron las habitaciones. Uno de ellos blandía una cachiporra. Con un golpe seco hizo añicos el espejo de la antesala, mientras que los demás, penetrando en la sala contigua al billar, despedazaban los objetos que tenían al alcance de su mano.

Puestos sobre aviso por los gritos de la criada y el ruido de los bastonazos, madre e hijo se precipitaron a la antesala. **Pier Giorgio** consiguió agarrar de un brazo a uno de los agreso-

res que estaba haciendo pedazos el teléfono. Le arrancó el bastón de las manos y le dio una tunda de puñetazos. En aquel momento, la madre, al ver a su hijo desarmado luchar con un individuo que persistía en tener una mano en el bolsillo, como si hubiese querido ocultar un revólver, le suplicó que lo soltara. Se resignó a ello y el agresor huyó. Temiendo ser aprehendidos a su vez, los demás abandonaron el lugar y huyeron por las escaleras, reuniéndoseles pronto aquel a quien **Pier Giorgio** acababa de poner en libertad.

Siempre dueño de sí, se fue a cerrar la puerta y luego, habiéndose lavado las manos, se sentó de nuevo a la mesa y comió su porción de arroz, con tan buen apetito, como si ningún incidente hubiese perturbado la comida dominical.

Los diarios hablaron mucho del asunto; llovieron de todos lados las felicitaciones en forma de cartas, de telegramas, de llamadas telefónicas, mas **Pier Giorgio** a quien iban dirigidos todos esos homenajes no dejaba de divertirse con los epítetos elogiosos con que adornaban a su modesta persona.

La madre, escribiéndole a su hija, a la sazón en Londres, a fin de enterarla del incidente, hacía notar:

“**Pier Giorgio** no es orador, mas sabe obrar con prontitud, valor y con toda sencillez. Concédale Dios una compañera que sepa como él buscar ante todo **¡quae sursum sunt!** (Las cosas de lo alto). A su regreso, tres horas más tarde, papá lo abrazó con efusión. Verdaderamente, al lado de **Pier Giorgio** uno se siente calmoso y valiente como él. Este joven, que sigue siendo tan niño, es más hombre que muchos otros. ¡Concédame Dios estar siempre a su lado en el momento del peligro; su conducta será admirable siempre y en toda circunstancia, pues en vez de pensar en sí, piensa espontáneamente en los demás, así como se lo dicta su gran corazón! ¡Dios lo bendiga!”

En efecto, jamás utilizaba para fines personales esa fuerza de ánimo de la cual ya había dado tantas pruebas. Si era tan dueño de sí, si según la tan expresiva fórmula inglesa era hasta ese punto “capitán de su alma”, es porque no tenía otro cuidado que vivir en la verdad de su naturaleza magnificada por la gracia; es porque tanto en las circunstancias difíciles co-

mo en las comunes, obraba como cristiano, perfectamente consciente de su deber de cristiano.

Cierto día, habiéndose apercebido el Padre Cesarini de que después de la famosa agresión era menos asiduo a su adoración nocturna, se lo hizo notar con el solo fin, sin duda, de impacientarlo.

-Querido mío, me parece que vienes con menos frecuencia a las adoraciones..... ¿No será debido a que temes por tu pellejo?

-¡Miedo! dijo el joven sobresaltado, ¡pero no, pero no! Únicamente la proximidad de los exámenes me obliga a trabajar aún durante la noche. Ese es el único motivo de mis ausencias.....

-¡Muy bien, respondió el Padre, te reconozco! y luego le encareció: pero créeme, cuando salgas de noche, hazte acompañar por algunos de tus camaradas de la adoración nocturna: ¡los hay robustos y valientes!

Está vez, Pier Giorgio rióse a carcajadas; luego su rostro se puso sombrío de repente al pensamiento de que tal vez el Padre había podido creer un instante que un sentimiento tan fútil como el miedo, le había hecho descuidar su adoración.

En enero de 1925, hallándose en el patio de la Escuela de Ingeniería, se le presentó una brillante oportunidad de mostrar su valentía frente a otros elementos perturbadores.

Era la época en la cual la Universidad elaboraba un proyecto de reforma destinado a reforzar los estudios y la disciplina comprometidos en el período de post guerra. Junto con esta reforma se consideraba un proyecto destinado a asegurar la libertad de enseñanza por la cual luchan desde hace largos años los católicos italianos. Esto bastaba para excitar las pasiones de los estudiantes partidarios del abandono, y de otros con ligeras apariencias de anticlericalismo.

En Turín, a la lucha contra la reforma universitaria se le agregaba una odiosa campaña personal contra el director de la escuela, profesor eminente y presidente del Consejo diocesano de la Acción Católica.

Mientras tanto, **Pier Giorgio** divisó cierto día, en la sala de recreo, un cartel injurioso para el director. Le pareció intole-

rable aquella flagrante injuria a la autoridad y a sus propios sentimientos. Se apresuró a despedazar los carteles. Al instante fue rodeado, amenazado con represalias e intimidado a reparar una pretendida ofensa a la libertad de pensar. Muy calmoso, hizo frente a sus agresores y les respondió sencillamente pero con firmeza, que el error y la calumnia no tienen derecho a libertad alguna, y concluyó resueltamente: "Si hallo otros, los despedazaré también, y ¡todos!

Sorprendidos, sus adversarios se callaron; **Pier Giorgio**, así como el amigo que con él se hallaba, no fueron los menos sorprendidos de esta lastimosa capitulación.

Circunstancias más notables de su vida nos permitirán mostrar en el transcurso de esta biografía, aún con mayor realce, su grandeza de alma y su fortaleza de carácter; nada mejor para concluir este capítulo, que citar los testimonios de dos Padres que tuvieron la ocasión de conocerle íntimamente, durante los retiros que hizo.

"Lo veía, escribe el Padre Zabelli, S.J., tal cual había sido hasta entonces y tal cual había de mostrarse hasta su último día: era, en toda la fuerza del término, un hombre. Del hombre tenía, en efecto, la seriedad, madurez, cordura, energía y voluntad, y sin embargo ese hombre era también un niño, pues de la infancia conservaba el candor ingenuo ignorante del mal"

El Padre Righini S.J., constata a su vez: "Para mí, **Pier Giorgio** más que cualquier otro, sigue siendo un tipo de voluntad muy enérgica, un carácter de granito. Puede aplicársela con toda verdad el elogio del Espíritu Santo: "**Beatus vir qui potuit transgredi et non est transgressus; facere mala et non fecit.** Bienaventurado el hombre que pudo violar la ley, y no la violó; que pudo hacer el mal y no lo hizo".

"Lo admiramos asimismo por sus virtudes, celestiales reflejos de las claridades de su alma; mas lo proponemos también como modelo y guía a nuestros jóvenes porque fue, ante todo, ¡un carácter!"

"Además es necesario decir que se aplicaba a serlo siempre más. Recuerdo que una vez me trajo una hojita conteniendo las resoluciones tomadas durante los retiros: Podía compendiarse todo en estas palabras: **fortaleza de alma en la**

lucha contra sí mismo y contra el mundo. Se preocupaba tal vez por evitar ante todo esas pequeñas flaquezas de carácter que creyera había, de reprocharse a veces, en su severidad para consigo mismo. No admitiendo disculpa alguna en su favor, se había hecho una ley de no capitular, jamás, ni aún en las pequeñeces. Se imponía para sus menores faltas rudas penitencias y le pedía a su confesor el permiso de infligírselas. Puro, fuerte y bello, de una belleza de alma que lo transfiguraba, ese querido desaparecido parece revivir en los gloriosos mártires mejicanos que marchaban a la muerte gritando: "¡Viva Cristo Rey!"

¡Sin duda alguna, **Pier Giorgio** hubiese muerto al modo de ellos durante una violenta persecución!

CAPÍTULO VI

EL ESTUDIANTE - EL CÍRCULO "CESARE BALBO" LA "PAX ROMANA"

Luego de terminados sus estudios secundarios, **Pier Giorgio**, después de madura reflexión, optó por la carrera de ingeniero. Muchas otras podían ofrecérsele más brillantes, en la administración o en las profesiones liberales.

El apóstol que ya se presentía en él, habría podido sacar al margen de sus obligaciones profesionales sobrado tiempo para realizar sus obras. Ni siquiera lo consideró

Su hermana le preguntó cierto día si no sería misionero.... Misionero, lo atormentaba ese sueño en efecto, pero en una forma inesperada. Misionero lo sería algún día, en alguna parte, tal vez en América, en medio de los mineros....

La dureza excepcional de la vida de los trabajadores de minas, su desamparo, la obligación de pasar la mayor parte de su existencia privados de la luz, que es en la tierra lo que hace la felicidad del hombre, habían conmovido profundamente su corazón.

¿Por qué no había de estudiar a fin de de ser algún día, en su calidad de ingeniero, su compañero de trabajo, el testigo apiadado e informado de su miseria que él se esforzaría en aliviar?

En Noviembre de 1918 ingresó pues a la Escuela de Ingenieros de Turín, ya resuelto a elegir al comienzo del cuarto año, la sección de Minas.

Desde ese momento, el estudio se volvió para él, mejor quizás de lo que había sido hasta entonces, deber de estado, obligación sagrada a la cual se ha de sacrificarlo todo, aún las más legítimas alegrías, ya que, para todo cristiano, el deber de estado es la manifestación en cierto modo tangible de la voluntad de Dios con respecto, a él.

Por cierto y lo veremos ampliamente, el estudio no le impedirá trabajar en su formación religiosa y social ni dedicarse al apostolado efectivo; mas seguirá siendo siempre su principal ocupación, aquella a la cual uno consagra toda su energía y todo su querer.

Sabe que no estudiará bien sino con el auxilio de arriba y se lo pide a sus amigos: "¡Orad para que el buen Dios me de una voluntad férrea que jamás se doblegue ni desfallezca!"

Esa voluntad la comprueban a su alrededor: el personal de la casa recuerda haberle visto pasar noches inclinado sobre sus problemas o sobre sus planos.

"¿Duermes?" le preguntaba a veces su madre, que viera la luz encendida en su cuarto de trabajo a las dos de la mañana. "No, respondía, un ratito más!" Mas los instantes se volvían horas, durante los cuales, a fin de quedarse despierto, caminaba a grandes pasos por la habitación, recitaba en alta voz sus lecciones y bebía de mala gana muchas tazas de café" luego, vencido por el cansancio, consentía en acostarse, se dormía en forma tan profunda y tan pesada, que habían de llamarle en algunas oportunidades hasta cinco veces para que se despertara.

Sus cartas a sus amigos revelan el mismo ardor en el trabajo y la misma firme voluntad de prohibirse toda diversión y toda ocupación legítima que pudieran hacerle perder un tiempo precioso y comprometer sus exámenes.

Veraneando en el Gran Hotel de Forte dei Marmi, cerca de Viareggio, le escribe a un amigo: "Reanudé mis estudios, mas cambié mi horario, pues me es imposible estudiar de noche, con el ruido de una música de bailes debajo de mis ventanas. Duermo entonces, pero desde el alba me pego a mi silla delante de mis libros. ¿No es esto estúpido?... Desperdicio mi verano en la conquista de un malhadado diploma; acorto los

pocos días que me quedan de mi tan bella vida de estudiante!" (2 de Agosto de 1924).

Y a otro: "Mucho desearía subir al monte Blanco con un grupo de bieleses, mas mi padre no me lo permite: es demasiado peligroso a su parecer. ¡Paciencia! eso significa que me quedaré en casa y que mis estudios ganarán con ello. Me ruegas vaya a verte; lo haría de buena gana, si no me detuvieran en Pollone estos cuatro desgraciados exámenes que he de rendir a toda costa dentro de un mes y medio. Lo siento, pero es verdaderamente imposible. (8 de agosto de 1923).

Renuncia a los mismos congresos de obras: "Hubiera querido asistir al Congreso de la Federación de la Juventud católica que se efectuará este año en la atrayente ciudad de Asís, mas he de renunciar a él por caso de fuerza mayor: ¡los estudios; Quizás vaya al Congreso Eucarístico de Génova, y, si mis estudios no me lo impiden una vez más, trataré de concurrir al Congreso de la J. C. de Novara que se clausurará en Varallo, el 2 de Setiembre". (15 de agosto de 1923).

Algún amigo trata a veces de tentarlo: "Ven, trabajarás mejor luego: un poco de distracción es necesario; los Congresos son excelentes ocasiones de hacerse bien a sí mismo y de hacerlo también a los demás; en fin, viajaremos y nos llenaremos los ojos de ver recuerdos artísticos y maravillas de la naturaleza....

Tiempo perdido; resistía ¡y aún le aconteció convertir al que lo tentara!

Sus esfuerzos eran habitualmente coronados por el éxito. Fracaso sin embargo una vez; aceptó este fracaso con resignación y aún con buen humor y sobre todo no se desanimó.

Sin duda alguna hubiera conquistado, en octubre de 1925, su diploma de ingeniero, si Dios le hubiese dejado tiempo para ello.

Este trabajador ahincado no perdía sin embargo de vista su destino de cristiano y católico de acción. Sus años de estudiante no fueron para él como para muchos otros un paréntesis estéril o fatal en su vida, ni el clásico período del relleno intensivo, del cual uno se evade mediante la locura de los placeres; tampoco fueron para él ocasión de un doblegamiento moral o de un menor fervor religioso, sino al contrario un excelente me-

dio, al paso que adquiriría nuevos conocimientos, de completar su formación religiosa, iniciarse en los problemas sociales del momento, disciplinar y armonizar, mediante una norma severa, sus energías en vista a una ascensión más elevada cada día hacia un amor a Dios y a su prójimo.

Por cierto, era poco favorable a esta ascensión, la atmósfera de los establecimientos oficiales de enseñanza. Las escuelas primarias o superiores y las universidades, tanto en Italia como en Francia, eran laicas en su espíritu y contrarias sistemáticamente a todo acto público de religión. El estudiante que se hubiese animado a declararse abiertamente católico, se hubiera expuesto a una reprensión oficial o a las bromas pesadas de los estudiantes que no compartían sus ideas.

A las asociaciones católicas, tan numerosas en Italia como en Francia, les debió pues **Pier Giorgio** el haber podido llevar a la vez su vida de estudiante y su vida de cristiano y de apóstol.

La organización a la cual diera su nombre al ingresar a la Facultad, es conocida en Italia bajo el nombre de **Fuci**, unión de las letras F.U.C.I. (Federación universitaria católica italiana). Fundada en 1896, agrupa en numerosos y muy vivientes círculos, a los estudiantes católicos de las grandes ciudades y penetra poco a poco de espíritu católico a la Universidad, sometida desde 1870 a la Masonería y dominada aún hoy día por corrientes de pensamiento anticatólico.

A las organizaciones de la F.U.C.I., les debe la Italia moderna toda esa bella pléyade de intelectuales católicos de los cuales con justicia se honra.

La agrupación de Turín lleva un nombre ilustre entre todos, el de "Cesare Balbo" (1789-1853). Católico formado en la escuela de Montalembert, verdadero precursor de la acción católica, fue el más expresivo jefe de la derecha liberal que apresuró la organización del **Risorgimento**, Resurgimiento de la Italia.

Fundado dos años antes que la organización de la F.U.C.I., el círculo "Cesare Balbo" de Turín, fue el primero y más activo círculo de la península. Merced a él, los principios de la doctrina social católica fueron ampliamente difundidos

entre la juventud estudiantil y entre los intelectuales, y a él le cabe el honor de haber organizado la Acción católica de Turín. Conferencistas de nota, como Don Luis Sturzo, León Harmel, Jorge Goyau se complacieron en visitarlo y en proponerlo como ejemplo a las organizaciones católicas de estudiantes de su propio país.

Su actividad, que disminuyera en la época en que entró Italia en guerra, empezó de nuevo en 1919. La hora era, entre todas, propicia: los obreros acababan de ser devueltos a la vida civil; solicitados por diversas tendencias, ¿a quién pertenecerían?... Se trataba de darlos a Cristo. Se abría un inmenso campo lleno de promesas para el apostolado social y para la conquista individual. En ese momento le pidieron a **Pier Giorgio** que se inscribiera en el Círculo "Cesare Balbo".

Aplazó primero su contestación definitiva queriendo, según su costumbre en casos semejantes, hacerla sancionar por su madre. Le fue dado el permiso y, radiante de alegría, **Pier Giorgio** firmó ya en la mañana siguiente su adhesión y abonó su cuota.

De seguida se ocupó él mismo en buscar nuevos reclutas. Dejamos a un estudiante que él conquistara, narrarnos sus impresiones: "Cierta día, conversando con un amigo, me apercibí de que yo ignoraba lo que se entendía por el **Discurso de la montaña**. Acababa de pasar en Milán cinco meses de gran tristeza. Bajo el punto de vista religioso, me contentaba con asistir a una de las últimas misas en San Carlos. Comprobaba que mis trabajos prácticos: dibujo industrial, demostraciones científicas, problemas, etc., aún ejecutados con el escrupuloso rigor de tesis morales, no me proporcionaban ninguna completa satisfacción Y que la verdadera vida no estaba allí. La fuerza de voluntad, la sonriente energía y la cordial alegría de Frassati me impresionaban. Su vida me parecía más plena y más elevada que la mía. El tenía razón y no yo. Lo admiraba. Tenía delante de mí el ideal del joven esencialmente cristiano, que halla en su fe la razón misma de su existencia. En él había el alegre ardor del soldado consagrado al buen combate. Al oírle hablar, me entristecía por no parecerme a él. Cansado de luchar, ingresé una noche del mes de marzo al círculo "Cesare Balbo"....

A fin de concluir su conquista, **Pier Giorgio** lo llevó a una de las salas del círculo, luego, habiéndole enseñado, clavados en la pared, a modo de trofeos de la victoria, los fragmentos del asta de una bandera que defendiera magníficamente durante una refriega en Roma, evocó sus recuerdos con todo el ardor de su juventud y con toda la altivez de su fe. Está demás agregar que el estudiante fue definitivamente conquistado para la causa que había suscitado semejante defensor.

La actividad que desarrolló en el círculo tomó de seguida la forma que le era tan propia y le hacía tan atrayente: la absoluta abnegación hasta en los detalles en apariencia más insignificantes, abnegación que le inspiraba su rectitud de corazón y la amplitud de sus miras sobrenaturales.

Los dirigentes de todos los movimientos realizados por la juventud, con quienes se relacionó en aquel entonces, atestiguan unánimemente que su ascendiente era indiscutible. El Presidente general de la F.U.C.I. escribe: "Tenía en aquel entonces relaciones sólo con los presidentes o vicepresidentes de los círculos. Sin embargo, me sucedía a menudo consultar a **Pier Giorgio** verbalmente o por escrito aunque él era tan sólo un simple miembro del círculo. Dadas sus eminentes cualidades, constituía para mí una excepción. Desde mi primer encuentro con él en Turín me había inspirado la mayor simpatía y por sus sencillez había ganado mi estima".

El canónigo Pittarelli, vicepresidente de los jóvenes católicos de Turín, había comprobado ese mismo ascendiente, por lo tanto le solicitó aceptara un puesto en la dirección diocesana de la Federación. Debido a sus estudios, **Pier Giorgio** rehusó ese lisonjero ofrecimiento, mas le prometió su colaboración tan pronto conquistara su diploma de ingeniero.

A pesar de todo, fue elegido consejero del círculo "Cesare Balbo" y renunció a ese puesto, para volver a ser simple miembro, sólo aconsejado por su madre, justamente inquieta por el perjuicio que ese cargo causaba a sus estudios.

Sin embargo, seguían consultándole. "Es fácil imaginarse, declara un amigo, qué ayuda aporta a la dirección y qué cohesión le da a un círculo la presencia entre sus miembros de un joven que, sin aceptar el honor de los cargos, goza ante to-

dos de una autoridad indiscutible, conociendo a todos, haciéndose amigo de cada uno, mostrándose siempre dispuesto a hacer favores, aceptando todos los trabajos penosos y realizándolos perfectamente, en una palabra, un joven que se queda en su lugar y con quien puede contar cada uno”.

Dos palabras podrían narrar esto y explicarlo: humildad y caridad. Son las dos virtudes que hacen al cristiano y al apóstol y le dan todo su poder de atracción. Están ambas basadas en la renunciación y en el completo olvido de sí. Ahora bien, **Pier Giorgio** sin sospecharlo, era maestro en ello.

Aunque tuviera ideas muy claras y muy firmes sobre tal o cual concepción de las obras o referente a la oportunidad de ciertas fórmulas de acción, sabía hacerse a un lado en el momento oportuno, a fin de salvaguardar la buena armonía entre los miembros del círculo y a fin de no comprometer el bien general. Se notó que en los momentos en que más se caldeaban los ánimos con motivo de dos tendencias diferentes, y en que los estudiantes habían concluido por dividirse en dos campos rivales, sus amistades en ambos campos no cesaron, sus antagonistas no le guardaban rencor por el hecho de que él no compartía sus ideas. Para alguno, de los que pensaban como él fue un verdadero escándalo. “Recuerdo, dice el Presidente del círculo, que un amigo nuestro muy apasionado por sus ideas, discutiendo cierto día conmigo referente a las manifestaciones de la vida del círculo, le reprochaba a **Pier Giorgio**, quien opinaba sin embargo como él, el mantener excelentes relaciones con aquellos que no habían adoptado su manera de ver. Ni él ni yo comprendíamos entonces que ahí estaba precisamente el secreto de su virtud”.

Nada tenía sin embargo del oportunista que sabe acomodar su pensamiento al gusto de su interlocutor. Manifestaba sin rodeos su parecer, aún con riesgo de chocar, mas lo hacía tan graciosamente que, nadie podía ofenderse por ello. **Era él**, eso bastaba. Por otra parte jamás se preocupaba en modo alguno de dogmatizar, de imponer a quien quiera fuese su punto de vista y si acontecía que su camarada le demostrara lo falso de su posición, adoptaba sin ninguna dificultad el parecer de

éste, y aún en una forma tan humilde que se hubiera tachado de exagerada.

Con igual sencillez y también por espíritu de disciplina, acataba las decisiones superiores, aún cuando su razón protestase. Cuando una orden superior hizo saber a los miembros de los círculos de estudiantes que antes de dedicarse a la acción social habían de realizar un complemento de formación, él, que estaba impaciente por lanzarse a la conquista de las masas populares, detuvo de golpe su acción en ese sentido. No solamente no abandonó el círculo, sino que intensificó su apostolado entre los que formaban parte de él. Había comprendido que el máximo de bien que puede realizar una agrupación más depende de la excelencia de sus miembros que de la fórmula de sus estatutos. Su humildad y su sincero anhelo del bien de las almas le permitieron practicar una vez más, la más difícil y más meritoria de las virtudes, la obediencia ciega.

Le acontecía vencer con igual abnegación su aversión para con las personas. Citemos a propósito de esto su bello comportamiento para con un tráfuga del círculo: “Yo cruzaba con él una plaza, cuando oí que le llamaban por, su nombre. Nos dimos vuelta, y rápidamente, pero sin embargo con un acento de cordialidad que me impresionó, saludó a un joven que había sido de los nuestros y que en aquel entonces estaba muy lejos de nuestro modo de pensar. Yo también lo conocía y lo consideraba tráfuga. Más sencillamente y más cristianamente, **Pier Giorgio**, que también conocía el pasado de ese estudiante, facilitaba su regreso al redil, a cuyo retorno yo me atreví a oponerme con inflexible rigor, esforzándome en recordar su pasado. **Pier Giorgio** me escuchó, y luego concluyó con estas palabras: “Pobre muchacho, hace lo que puede....” Y la conversación quedó allí.

Prosigue el mismo testigo: “Puedo asegurar que jamás le oí hablar mal de nadie; buscaba disculpas tanto como fuese posible; cuando el mal era evidente, no censuraba al culpable, callaba, y tal vez oraba también....

“De igual modo jamás le oí chancear acerca del amor. Acontece entre estudiantes que se abandone uno a chanzas dudosas, a palabras de doble sentido, etc., cuando ocurría ese caso,

nada de reconvenciones por parte de él; se volvía silencioso y grave. Tanto lo sabían los que le rodeaban, que cierto día, un estudiante, deseando mostrar a sus camaradas fotografías o tarjetas algo licenciosas, se acercó al grupo y dijo: “¡Venid todos, salvo el senador!” (aludiendo a las funciones de su padre). **Pier Giorgio** se sonrió del nombre y de la exclusiva lanzada contra él, como se sonreirá otro día cuando en el tren, un estudiante pedirá a todos que vayan a sorprender una escena galante: “¡todos, menos el senador!”

“Si se entregaban a ciertas libertades de lenguaje, él daba una voltereta y se ponía a silbar; pero generalmente las conversaciones licenciosas cesaban en su presencia”.

Lo miraban entonces, también sonreían quizás, pero en lo íntimo, muy en lo íntimo, lo aprobaban.

¡Cuántas cosas habría para decir de su tan servicial manera de ser! Es la pequeña Bernardita Sonvirous que soñaba ser una escoba a fin de servir para las más humildes tareas. **Pier Giorgio** hubiese, amado a esta hija de Francia, así como él tan sencilla y tan poco presuntuosa. Como ella, él estaba al servicio de todos, haciendo amar y aún hacer buscar con cuidado, del modo que él los cumplía, los muy pequeños deberes que son las atenciones de la caridad: restablecer el orden en una sala revuelta por un ciclón estudiantil, proveer al reparo de un billar deteriorado por un torpe, sacar de apuros con habilidad a un compañero, recorrer los grupos a fin de recolectar fondos para la impresión urgente de una compilación de canciones propias y, si la colecta no daba resultado, abonar de su propio peculio el déficit; esto era su pan cotidiano. Sin ostentación, sin preocupación de amor propio, devoraba con fruición este pan, esperando las grandes ocasiones que habían de revelar a todos sus principales, cualidades y, para su confusión, darle fama.

Esas ocasiones se presentaron en gran número. Recordemos dos que fueron las más destacadas en su vida de estudiante y también en la vida del Círculo “Cesare Balbo”.

Corría el mes de setiembre de 1921, en pleno Congreso nacional de la Juventud Católica en Roma, congreso del que participaron más de cincuenta mil jóvenes llegados en grupos desde todos los puntos de Italia. Para los jóvenes católicos, cuya

organización sólo databa de dos años, era una excelente ocasión de contar cuantos eran y de mostrar con brillo una vitalidad llena de promesas. El gobierno, cuyo jefe era en carácter de ministro del Interior, el masón Nava, había sido avisado de que se celebraría una misa en el Coliseo, el domingo 4 de setiembre, por la mañana. Había sido concedida la autorización pedida, cuando de improviso, la víspera por la tarde, se les comunicó a los organizadores que acababa de ser anulada. No había tiempo de avisar a los grupos. Al día siguiente por la mañana, a la hora de la misa, el Coliseo estaba cercado por la tropa con la que se encontraron los jóvenes, llegados en ayunas desde todos los puntos de Roma, a fin de comulgar. Dominando a duras penas su indignación, se retiraron, luego se dirigieron en columnas cerradas hacia el Vaticano. Se celebró una misa en San Pedro, comulgaron en ella, y luego se dirigieron desde allí a los jardines del Vaticano, donde Benedicto XV les dio audiencia y les dirigió la palabra.

Se había resuelto que al mediodía la Juventud católica iría a depositar una palma en el monumento del Soldado desconocido. Ya se había formado la comitiva, cuando llegó una orden de la **Questura** (Prefectura de policía), prohibiendo toda manifestación. Al mismo tiempo llegó la policía que había sido avisada y opuso a la masa de cincuenta mil jóvenes una débil valla que franquearon sin trabajo. Llegaron en auxilio guardias reales. Trabajo inútil, los jóvenes pasaron de largo. En la plaza de Gesú, se encontraron con los guardias de caballería. Lograron pasar una vez más y huyeron corriendo por la calle del Plebiscito.

Eran cerca de las dos de la tarde. **Pier Giorgio** llevaba en alto la bandera tricolor del Círculo "Cesare Balbo", cuando, obedeciendo a una orden del Prefecto de policía, bien conocido por su sectarismo, doscientos guardias de caballería atropellaron al grupo que lo rodeaba. A culatazos hicieron retroceder a los jóvenes, mientras que otros trataban de apoderarse de la bandera. **Pier Giorgio**, la defendió con todo el vigor de sus miembros junto con amigos que acudieron en su ayuda. Se quebró finalmente el asta de la bandera, mas él guardó los pedazos. Al cabo de un rato, el pequeño grupo fue rechazado y

empujado al patio del Palacio Altieri, el cual, en vista de las circunstancias, fue transformado en prevención.

El sedicioso abanderado y sus compañeros fueron sometidos entonces a un interrogatorio más ridículo que humillante:

-¿Cómo te llamas?

-**Pier Giorgio Frassati**

-Hijo de....

-Alfredo

-¿Qué hace tu padre?

-Embajador de Italia en Berlín.

¡Si un rayo hubiese caído en el improvisado puesto policial, no hubiera sido mayor el estupor del agente de policía! Cambió de tono inmediatamente, balbuceó disculpas y se ofreció para poner inmediatamente en libertad al hijo del senador.

Pier Giorgio no lo entendió así. "¡Saldré, dijo, pero con mis compañeros!"

Mientras tanto, llevaron al puesto de policía a otros camaradas arrestados en la plaza de Gesú. Los primeros los recibieron con los brazos abiertos; algunos tenían la ropa hecha jirones, otros estaban heridos o contusos. En el patio del palacio, un sacerdote fue atropellado y arrojado al suelo, rompieron su sotana, la sangre corre a chorros por sus mejillas. Ante este espectáculo, los jóvenes se indignan, atropellan a los guardias, quienes los reciben a culatazos. Un joven sardo que también defiende enérgicamente su bandera, es amenazado con un bayonetazo. **Pier Giorgio** vio el ademán, corrió a hablar con el teniente y esta vez, valiéndose del nombre de su padre, logró hacer cesar la amenaza. El soldado fue llamado al orden y **Pier Giorgio** fue instado a que recuperara su libertad. No quiso hacerlo.

Al cabo de algunos instantes, habiendo recuperado toda su calma, animó a sus compañeros y se unió a la oración del sacerdote, quien, luego de haber sido herido por su fe, sacó su rosario, y, de rodillas en medio del patio, invitó a los jóvenes católicos a orar por los autores y por los ejecutores de esa odiosa agresión.

Pier Giorgio estaba aún en ayunas aquel día a las tres de la tarde. Un testigo de esos días tristes, dirá más adelante: “Me parece verlo aún, con el cabello en desorden, el rostro radiante de una alegría indescriptible, altivo como un triunfador, agitando en alto su bandera y haciendo a quien quisiese escucharlo el relato de su arresto”.

Al día siguiente yendo a San Pedro para asistir a la misa del Papa, los estudiantes de Turín decidieron organizarse en columna y llevar en triunfo a través de las calles de la ciudad la bandera desde entonces gloriosa del Círculo “Cesare Balbo”. Así se hizo. Una fotografía ha conservado el recuerdo de este acontecimiento. En ella se ve, desfilando entre dos filas de soldados y policías, a los jóvenes estudiantes del Círculo llevando en alto el estandarte despedazado en cuya parte superior llevaba un cartel con estas palabras, que eran la condenación más acerba de la injusta agresión de la víspera: **¡Bandera tricolor hecha jirones por orden del gobierno!**

Pier Giorgio recibió una vez más felicitaciones de todos lados; lo dejaban indiferente, cuando no lo irritaban. ¿Habrà que extrañarse de eso? ¿Había hecho algo más que su estricto deber de cristiano?... El al menos apreció de ese modo un gesto que cada uno se obstinaba en calificar de heroico.

En el año siguiente, en Turín, se le brindó otra ocasión de afirmar su fe de modo brillante. Dejemos que nos recuerde este incidente un estudiante: “Era a fines del Carnaval. El Círculo había redactado un llamado a los estudiantes católicos de la Universidad, invitándoles a reunirse en una iglesia para pedir perdón por las faltas cometidas durante los días de Carnaval. Ese cartel contrastaba en forma curiosa con aquellos de vistosos colores que invitaban a los mismos estudiantes a tes, saraos y reuniones de todo género. Varios vieron en él, una provocación y resolvieron despedazarlo.

“Tengo aún presente a **Pier Giorgio** de pie delante del tablero de los carteles; garrote en mano, preparado para replicar.... alrededor de él una jauría chillona de cien estudiantes.... Insultos, amenazas, violencias, nada lo hizo retroceder.

El número venció por fin. El tablero se rompió; el llamado fue despedazado y quemado. Una chispa de indignación

cruzó por los ojos de **Pier Giorgio**, un estremecimiento sacudió todos sus miembros y su garrote trazó en el aire círculos amenazadores.... Fue todo.

“Juntó con calma los pedazos del tablero, luego se encaminó silenciosamente hacia la salida de la Escuela. Lo acompañé hasta el Círculo. En el trayecto, no dijo una palabra; ese silencio valía un discurso”.

Así era **Pier Giorgio**. Ese cristiano de fisonomía severa y adusta cuando se trataba de la lucha de sus ideas, se convertía en el más alegre y más vehemente de los alborotadores cuando se trataba de tomar parte en una legítima manifestación de estudiantes, por ejemplo para obtener protección del título de ingeniero, una licencia, una supresión de abusos, etc....

La mayoría de las veces, esas manifestaciones inofensivas se desarrollaban en calma, con gran regocijo de los turineses. Sin embargo, impacientaron una vez a los agentes de policía, quienes maltrataron finalmente a los estudiantes. **Pier Giorgio** indignado al ver a un camarada molestado caer semi desvanecido, protestó en tal forma que lo arrestaron y llevaron al puesto de policía.

¡Asunto grave! pensó uno de sus amigos, el que fue a avisar inmediatamente a la familia. Para evitarle a la madre una emoción demasiado fuerte, solicitó hablar con Luciana. Pero la misma madre se presentó y, lejos de conmoverse, le dijo bromeando: “¿**Pier Giorgio** está arrestado, no es así? Será preciso prepararle un baño.... En esos locales y en ésta estación (era en el mes de junio) no se sabe....”

Lo que hasta ahora hemos dicho de **Pier Giorgio** apenas nos lo revela al modo de un especulativo apasionado por las ideas, inquiridor de sistemas. Era intelectual especialmente en su mesa de trabajo cuando se entregaba al estudio que fue siempre para él una ocasión de virtud. Sin embargo, sería darnos una idea incompleta de su fisonomía moral e intelectual, el representárnoslo como indiferente a los conflictos de ideas que perturbaban su época, a los peligros que las lagunas de la enseñanza oficial hacían correr a los jóvenes y a las diferentes formas del apostolado intelectual católico entre los estudiantes. Seguía asiduamente los cursos y las conferencias del Círculo, se

había hecho inscribir en la “Sociedad de Cultura Católica”, y también sabemos que estudiaba con pasión la apologética en los libros más recientes, la teología en Santo Tomás y en las Escrituras y que no desdeñaba del estudio de los Santos Padres y más especialmente de San Agustín. Sobre muchas cuestiones no vacilaba en dar un parecer que permitía suponer un largo estudio hecho a conciencia. Pero daba su parecer más bien en una conversación que por escrito o en discursos; era poco aficionado a escribir y era tan poco orador!

No obstante, en raras ocasiones le aconteció tener que redactar un informe. Uno de ellos nos ha sido excepcionalmente conservado. Es menos un informe que un ardoroso llamado de la Federación diocesana a la buena voluntad de todos los Círculos, a perfeccionar la formación cristiana y social de los estudiantes de los cursos secundarios.

En calidad de miembro del Círculo parroquial “**Mlites Mariae**” se dirige a sus compañeros. Transcribamos in extenso este llamado:

“Turín, 30 de Octubre de 1922.

“Queridos camaradas,

“Como lo sabéis, este año, en el Congreso de la juventud Católica celebrado en Roma, se notó la falta de organización de la juventud estudiantil. Por esto los jefes de nuestro movimiento decidieron agrupar en la Asociación de la Juventud católica a aquellos jóvenes que tienen necesidad de una instrucción adaptada a sus medios y de una apologética sólida que les permita hacer frente a los continuos peligros a que están expuestos en las escuelas públicas.

“La Federación de Turín, siempre muy activa y más que nunca convencida de la necesidad de organizar a los estudiantes para preservarlos de todos los peligros de la vida, había formulado desde el año pasado un audaz y magnífico programa. ¡Ay! los estudiantes casi no han respondido a este llamado, manifestando de este modo el poco cuidado que tienen de la elevada misión que les ha sido confiada por la Divina Providencia.

“En cuanto a nosotros, católicos, sobre todo a nosotros estudiantes, tenemos, en este momento crítico que atraviesa

nuestro país, un grave deber que cumplir: el de nuestra propia formación.

“Nosotros que, por la gracia de Dios, somos católicos, no debemos derrochar los mejores años de nuestra vida como tantos jóvenes que se muestran preocupados ante todo por esos placeres, que no traen ningún bien real y cuyo único resultado es agravar la inmoralidad de nuestra sociedad. Debemos hacer provisión de fuerzas, a fin de estar preparados un día para los combates que estamos llamados a librar por la realización de nuestro programa, así como para procurarle a nuestra Patria, en un porvenir próximo, días más dichosos en una sociedad más sana. Pero no alcanzaremos esa finalidad sino por la oración continua que nos obtendrá en primer lugar la gracia de Dios sin la cuál, vanos serían nuestros esfuerzos, luego la organización y la disciplina a fin de estar preparados para la acción en el momento oportuno, y por fin la inmolación de nuestras pasiones y de nosotros mismos, pues sin eso nada haríamos.

“En lo que se refiere a la organización, la Federación prosiguiendo este año con nueva actividad su ruda tarea, dirigió a todos los círculos una apremiante invitación para hacerlos colaborar con ella en esa finalidad. Promete a los jóvenes, si ellos responden generosamente a su llamado, un suplemento de estudios post escolares que les permitirá llenar las lagunas de la enseñanza oficial e iniciarse en las cuestiones filosóficas y religiosas.

“Conformándome a los anhelos de la Federación, en nombre del Presidente del Círculo **Milites Mariae**, y en mi calidad de delegado de los estudiantes, os ruego tengáis a bien remitir con toda urgencia al secretario del Círculo, las indicaciones precisas sobre la escuela y la clase a las que concurrís, a fin de que podamos a la mayor brevedad hacer llegar esos informes a la Federación.

Agradeciéndoos todo cuanto tengáis a bien hacer en este sentido, en la certeza de que seréis ampliamente recompensados en la otra vida, me apresuro a daros el saludo cristiano: ¡Viva Jesús!

El Delegado de los Estudiantes
“Pier Giorgio Frassati”

Otro rasgo de su fisonomía moral en el curso de su vida de estudiante, fue su sentido católico y su docilidad a la Iglesia. Es la señal del espíritu cristiano y de él estaba demasiado compenetrado cómo para no dar su adhesión plena a todas las directivas del Soberano Pontífice en todos los dominios y hacer de modo que esas directivas fuesen en todas partes acogidas filialmente y cumplidas escrupulosamente.

Muchas veces en el curso de la guerra y en los años posteriores a ella -la Encíclica **Pacem** lleva la fecha del 23 de mayo de 1920- el Papa Benedicto XV se dirigió a las diversas naciones pidiéndoles, al paso que les dejaba el cuidado de precisar los arreglos políticos exigidos por la justicia y por sus respectivos intereses, colaboraran en el advenimiento de la paz internacional.

Pier Giorgio tuvo frecuentes ocasiones de trabajar en su esfera en la preparación de los ánimos en favor de la paz tan recomendada por Cristo.

El 21 de julio de 1921, estudiantes de Suiza y de Italia se reunieron y expresaron, unánimemente, el voto de un acuerdo internacional y de ayuda mutua, entre los estudiantes de las diferentes naciones. De allí nació la asociación que tomó el nombre de **Pax romana** y que agrupa actualmente más de 40.000 estudiantes de Europa y de América.

Pax romana. Leemos en sus estatutos:

1º Agrupa a las federaciones de estudiantes católicos de todos los países y desarrolla entre ellas, por intermedio de su secretaría y de sus comisiones, relaciones continuas, intercambios, viajes de estudio, congresos regionales;

2º Organiza un Congreso anual internacional;

3º Favorece los trabajos de los estudiantes en favor de las misiones;

4º Recopila y publica la documentación concerniente a la vida universitaria, especialmente por medio de su boletín **Folia Periodica**;

5º Ayuda a los estudiantes católicos, especialmente a aquellos que prosiguen sus estudios en el extranjero;

6º Representa a los estudiantes católicos ante las demás organizaciones internacionales.

En el mes de setiembre del mismo año, 1921, **Pax romana** celebró en Ravena su primer congreso; **Pier Giorgio**, delegado de la F.U.C.I., tuvo una activa participación en él.

Había pasado la mayor parte de ese año, al lado de su padre, a la sazón embajador en Berlín, y había aprovechado esa ocasión para entrar en relaciones con la juventud de la capital alemana y para reclutar en su seno adhesiones al congreso.

Le oigamos narrar sus impresiones acerca de las primeras conversaciones: "Abril 17 de 1921. Recién hoy pude trabar relaciones con el Doctor Sonnenschein, simpático sacerdote que habla bastante bien nuestra lengua, pues cuida igualmente de los italianos residentes en Berlín. Le pedí informes referentes al estado del movimiento católico entre los estudiantes y me enteré de que eran católicos en un diez por ciento.

"Sin embargo, la obra del Doctor Sonnenschein, consagrado desde, hace quince años a la preparación de los jóvenes para la vida social, debió tomar una nueva orientación: la búsqueda de trabajo que permita a los estudiantes hacer frente a las dificultades originadas por la carestía de la vida.

"Lo mismo que en nuestro país esa asociación es independiente de las demás organizaciones católicas; existen sin embargo círculos mixtos incluyendo estudiantes y obreros. El Doctor Sonnenschein me pidió cortésmente que asistiera a las reuniones de esos círculos, lo que me permitirá conocer ese doble ambiente".

De regreso a Turín, se afaná en los preparativos del Congreso. Con, prudente sentido práctico, averiguó con respecto al alojamiento de los congresistas y sobre el precio de la pensión, que se esforzó en poner al alcance de todos los bolsillos.

El Congreso fue un éxito. Una atmósfera de franca camaradería animó las sesiones, los estudiantes fraternizaron ampliamente; cesaron las desconfianzas y se trabaron reales y duraderas amistades en el curso de esas fecundas jornadas.

Pier Giorgio contribuyó ampliamente a ello. Lo felicitaron verbalmente y por escrito. Se estableció un intercambio de cartas entre él y varios jóvenes y muchachas estudiantes: se revivían de este modo las horas del Congreso, se cambiaban impresiones, se recordaban los buenos momentos que pasaron

juntos, después del Congreso, pues **Pier Giorgio** había aprovechado la estada de los que tomaron parte en el Congreso para hacerles admirar las maravillas del turismo y los recuerdos históricos de Italia.

Citemos estas líneas de una estudiante vienesa, María Fischer, que fue a menudo testigo de su constante caridad:

“Cuando llegamos, a fines de agosto, escribe a Ravena, **Pier Giorgio Frassati** fue uno de los estudiantes que nos acogieron del modo más cordial. No entendíamos mucho el italiano, pero él hablaba bastante bien el alemán. De este modo tuvimos a menudo oportunidad de vernos; aún se convirtió en nuestro guía inseparable.

“Acompañándonos alegremente en Ravena, nos habló de la F.U.C.I., de la vida de los estudiantes italianos, y nos preguntó con respecto a los nuestros. Gustaba mucho de nuestras canciones de estudiantes. Nos impresionó desde los primeros días su fervor religioso. Me dio la impresión de uno de esos raros hombres que poseen la verdadera piedad, porque su fe y su vida se inspiran siempre en el espíritu de Jesucristo.

“Se interesaba vivamente en las sesiones del Congreso y parecía convencido de que a los católicos de todas las naciones les corresponde trabajar por la realización de la paz en el mundo, en nombre de la fe romana.

“En la última, sesión, en medio del entusiasmo general, se decidió lo siguiente: que todos los adherentes de la **Pax romana** habían de saludarse con estas palabras: “Pax tecum! ¡La paz sea contigo!” Ese bello deseo lo repetía siempre en las numerosas cartas que de él recibí posteriormente.

“De Ravena fuimos a Roma. A pesar de poseer un boleto de primera clase, quiso viajar con nosotros. Permaneció toda la noche y hasta las doce del día siguiente en el pasillo de un coche de tercera clase, sentado sobre una valija. Nos fue imposible convencerle de que fuera al compartimiento al que le daba derecho su boleto.

“En Roma, estuvo una semana entera con nosotros, acompañándonos con una diligente atención de una a otra iglesia, de uno a otro monumento. Tuve entonces ocasión de conocerle más íntimamente; me sorprendió su profundo conoci-

miento del catolicismo; me dio la impresión de un hombre que había organizado su vida, aún en los menores detalles, en perfecta conformidad con las enseñanzas de Jesucristo. Admiraba su vivo afecto para con su familia y también su profundo conocimiento y su aprecio por el temperamento y por las costumbres de nuestro pueblo. Al llegar a Italia después de la guerra, yo no había podido deshacerme de ciertas aprensiones, mas **Pier Giorgio** me tranquilizó luego con su alegría y su cordialidad.

“En los primeros días de noviembre de ese mismo año, luego de una larga estada en Friburgo, en Brisgau, en el ducado de Bade, y después de un viaje por el Rin, llegó a Viena pasando por Praga. Durante la semana que permaneció en Viena, tomó parte en la fiesta de la Unión de los estudiantes católicos y en la del aniversario de la Unión de la Universidades católicas. Dio la impresión del más alegre de los invitados y del más asiduo a las ceremonias religiosas. “Por mi parte jamás olvidaré con qué fervor le vi rezar el rosario. . .

“Nos habíamos prometido volver a vernos. ¡Ay! ¡no le volví a ver más! Pero conservo como precioso recuerdo de él un rosario hecho con semillas de su jardín y una bella edición de “Los Novios”, de Manzoni, con esta dedicatoria escrita de su mano: “En recuerdo de los días de fe que juntos pasamos en Italia”.

“El recuerdo que de él guardamos no se apagará sino con nuestra vida”.

La doctora María Schwan que le sirvió de guía en el Rin escribe a su vez:

“Cuando en el curso de una de sus visitas a Bonn, vio las banderas de los ejércitos de ocupación en el Rin y, las tropas en la ciudad, empezó a hablar largamente de la paz, que tanto anhelaba; visiblemente, el odio entre las naciones le destrozaba el corazón; hubiese querido verlas amarse y comprenderse; esta es una de las razones por las cuales él mismo se esforzaba, mediante contactos personales, en comprender los sufrimientos y las aspiraciones de las demás naciones”.

Pier Giorgio se esforzó también a veces a la medida de sus medios, en aliviar estos sufrimientos que a la sazón afectaban más particularmente a la clase burguesa de la sociedad.

A dicha joven estudiante le envió algunas coronas rogándole “las distribuyera sin indicar la procedencia”; a otro le envió una fuerte suma destinada “a los niñitos pobres de Berlín”. A todos enviaba el saludo de la verdadera paz que es, según la palabra del Soberano Pontífice “fruto del amor cristiano al prójimo más que de la justicia”.

Fiel a las directivas de la Santa Sede referente a la pacificación de los ánimos, se interesaba de igual modo en todas las necesidades de la Iglesia y hacía suyas las intenciones generales o misioneras que da el Soberano Pontífice mensualmente a los asociados del **Apostolado de la Oración**, que son ¡alrededor de treinta millones en el mundo!

Durante el curso del año escolar 1913-1914 el Padre Lombardi, S.J., lo recibió en la Asociación.

Piadosamente recibía mensualmente el billete blanco, portador de las intenciones del Papa, y lo conservaba cuidadosamente en su misal, dichoso de unir su oración y su vida a la oración y a la vida misma del Corazón de Jesús inmolándose continuamente en el altar por el triunfo de los intereses de su Padre.

No podríamos concluir mejor este capítulo que recordando el juicio que el llorado Monseñor Pini, capellán general de la F.U.C.I., formulaba acerca del estudiante y sobre su acción en el ambiente en que lo había colocado la Providencia. “A medida que **Pier Giorgio** se elevaba a una más alta concepción de la vida católica se comprobaba una constante elevación de su alma y un más amplio desarrollo de su pensamiento, de sus afectos y de su acción; en una palabra, un progreso que lo hacía más querido y le daba una siempre mayor influencia en la vida de la Federación.

“En los últimos tiempos se notaba en él una perfecta armonía entre la cultura y la alegría, entre la energía de la juventud y la piedad sincera. Dominaba por encima de todo la caridad serena, abierta, generosa, que ha de ser el ideal del jo-

ven cristiano cultivado. Cuanto más se le conocía, tanto más se le apreciaba y tanto más se le amaba.

El ejemplo de **Pier Giorgio** produjo magníficos frutos entre la juventud en general y más particularmente entre los que estaban más especialmente apegados a él.... El bien que ha hecho jamás se agotará”.

CAPÍTULO VII

LAS AMISTADES

“Saber amar es el único secreto de los fuertes, pues no hay fuerza fuera de la caridad.

“Saber amar no es experimentar la atracción de las simpatías fáciles. Por encima de todos los egoísmos, es querer trabajar por el Reino de la Caridad.

“Sólo los cristianos conocen todo el sentido y toda la riqueza del amor, ellos cuyo Dios es Amor.

“No hay amistad fuera de la vida de la Gracia.

“La verdadera amistad es la comunión de las almas en un mismo impulso de amor y de oración hacia un mismo Dios de amor”.

Estas líneas son sacadas de los artículos fundamentales de la Juventud estudiantil cristiana de Francia. Las hemos relatado al principio de este capítulo donde le trata de las amistades de **Pier Giorgio**, porque reflejan exactamente y con anticipación, su concepción de la amistad y de su forma más elevada, que es la Caridad cuyo código había meditado tan a menudo en los libros de San Pablo.

Digámoslo de seguida. **Pier Giorgio** tenía todo cuanto es menester para suscitar a su alrededor amistades numerosas: alegría exuberante, franqueza cordial y oficiosidad a toda prueba y en todos los instantes.... Se iba hacia él con confianza, y habiéndosele acercado una sola vez, no podía uno separarse de

él. Sin embargo, ese amigo ideal tuvo pocos amigos íntimos. Era exigente en lo referente a la amistad.

Consideraba, en efecto, que las almas deben unirse en las alturas y deleitarse en la familiaridad: divina. Era su secreto, el de los fuertes. Muy pocos pueden pretenderlo. La mayoría no va más allá de una leal camaradería. No hablemos de las amistades demasiado sensibles y, menos aún, sensuales que su sentido sobrenatural hubiese rechazado al instante.

“Fe”, paz del alma”, “gracia de Dios”, son las palabras que menciona repetidas veces cuando escribe a sus amigos. En estas sólidas bases –graníticas bases, como él decía- procuraba fundamentar todas sus amistades.

¿Existía algún joven que hubiera entendido esto? Cualesquiera fuesen su situación financiera y sus ideas divergentes, podía contar con **Pier Giorgio**. Se granjeaba su confianza; le abría su alma plenamente, le solicitaba sus estímulos y natural consuelo; llegaba hasta tenerlo al corriente de sus proyectos y de sus actuaciones, de suerte que para reconstituir en detalle las etapas y los incidentes de su vida de estudiante, sólo habría bastado interrogar a sus íntimos amigos.

A uno de ellos, al que asociara a su trabajo de preparación para los exámenes, le escribió para reprenderlo, pues sospechaba en él, el mismo perjudicial defecto de pereza del cual estuvo siempre dispuesto a acusarse: “Debería darte un tirón de orejas, porque comienzas a distraerte en lugar de cumplir las bellas resoluciones tomadas en Turín. Tú debes hacerte honor. Dos exámenes te esperan en octubre y habrás de trabajar aún mucho este invierno. Pasan los años, envejecemos, es tiempo de adquirir un poco de juicio”. (Pollone, 8 de agosto de 1923).

Al mismo, todavía: “Permíteme que te haga un pequeño sermón. Por cierto, podría llegarte de una cátedra más autorizada, pero ¡qué quieres! te escribo porque soy tu amigo, he ahí todo! Tan pronto termines tus trabajos en Palermo, ven a Turín y ponte a estudiar seriamente. Créeme, cuanto más pronto concluyas, tantas menos dificultades habrás de vencer”. (28 de agosto de 1924).

Este amigo a quien invita a trabajar con tan encantadora naturalidad, había de conquistar en 1925, después de rendir

exámenes brillantes, su diploma de doctor. Quiso atribuir el mérito a **Pier Giorgio** a quien rezara antes una oración y cuya protección certifica haber experimentado más allá de la tumba.

Con igual confianza confesaba su propia apatía y pedía auxilio. "Hallábame anoche en plena crisis de desaliento.... No me consagré aun al estudio; pierdo mucho tiempo. Me decidí sin embargo a trabajar seriamente, a fin de no renovar la experiencia del año pasado. Envíame algunas líneas, pues en este momento más particularmente, me alegro al recibir una palabra de mis amigos". (24 de enero de 1924).

Desde la casa de retiros de Santa Croce donde fuera a recogerse, en marzo de 1924, también solicita oraciones: "Te escribo mientras tengo a la vista, abierto, el libro de **Santo Tomás de Aquino**. Cuando me sumerjo en esos sublimes pensamientos, no puedo dejar de pensar en ti, que fuiste el primero en inspirarme el deseo de conocer las grandes verdades contenidas en esa obra, enteramente escrita en alabanza de la Divina Providencia.

"En la calma de esta casa donde estamos recogidos para orar, no me olvidaré de ti, rezaré por ti a fin de que, si en el curso de nuestra vida terrenal y a causa de nuestras obligaciones profesionales, hemos de vivir en adelante alejados uno de otro, al menos nos volvamos a encontrar juntos en el día del llamado del Maestro, en nuestra verdadera Patria para cantar las alabanzas del buen Dios".

Lo vemos, se eleva el tono de voz: **Pier Giorgio** está frente a Dios y a su alma; sueña en su eterno destino. Dejémosle bajar del Sinaí, no perderá de vista las cumbres.

A uno de sus amigos que acababa de recibir brillantemente su diploma de aviador en la Academia aeronáutica de Livorno, le dice lo que espera de su amistad: "La noticia de tu éxito me alegró pero también me entristeció algo. Jamás hay alegría sin dolor. En efecto, este éxito significa para mí tu alejamiento. Vuelvo a vivir con el pensamiento los días de excursión que pasamos juntos en la montaña. El único consuelo que hallo en esos pensamientos a la vez tristes y consoladores, es que tengo la certeza: de que nos une un vínculo que no conoce la distancia y que gracias a Dios, nos unirá siempre. Ese vínculo

es la fe, la comunidad de ideal que tú realizarás en la carrera militar y que yo trataré de realizar en mi vida de hombre maduro". (4 de noviembre de 1924).

¡1925! Es el año del Jubileo y del vuelo de **Pier Giorgio** hacia la patria celestial. El pensamiento de este año de gracias que comienza, le dicta graves reflexiones: "¡La paz sea con tu espíritu! Este es mi deseo para el año santo. Cualquiera otro bien es vanidad así como vano es lo que el mundo busca con cuidado. Mas la vida es bella cuando se tiene la certeza que ella es el encaramamiento hacia la verdadera vida. Si así no fuese, si sufrir no tuviese su premio en la eterna alegría, ¿cómo podríamos llevar el peso de esta existencia? ¿Cómo explicaríamos la admirable resignación de pobres criaturas que luchan por la vida y mueren en la brecha, sí, cómo explicarlo sin la certeza de la justicia de Dios? La paz no es para el mundo que se alejó de Dios; la caridad, es decir el amor de Dios verdadero y perfecto, lo abandonó. ¡Sí San Pablo fuera mejor comprendido no serían tan grandes las miserias de nuestra pobre humanidad".

Todavía en ese principio de año, no puede resistir al placer de hablar a sus amigos de las lecturas que le ayudaron a preparar su jubileo: "A tu regreso, luego de haber dado el ramito de olivo en señal de paz, hallarás a Robespierre⁶ cambiado. En efecto, me preparé para el año santo, durante el Adviento, leyendo a San Agustín. No he terminado aún, mas esa lectura me proporcionó tal placer, tan profunda alegría que no recuerdo haber experimentado otra semejante. También me dedico algo a la literatura: estoy leyendo "Testimonianze", de Papini; luego pasaré a la filosofía, si hallo una buena traducción de Santo Tomás. Ves que mis proyectos para el año santo son vastos. Creo haber tenido una buena idea al alternar así el fastidioso, estudio de la mecánica con agradables lecturas".

Entre tanto, comienza el año santo. Se apresura a hacer saber cómo pasó el primero de año: "Comencé perfectamente el año con los míos y en compañía de la directora de las excursio-

⁶ Nombre que, sin segunda intención y debido a que lo hallaba algo pintoresco, se diera a veces a sí mismo en su carácter de copresidente del "Terror".

nes, la que, como yo lo he previsto, no fue al San Bernardo. Hemos brindado, juntos a la salud de los "Tipiloschi", y luego fuimos a la iglesia de los Santos Mártires. Estaba atestada de gente. Luego de haber ayudado la Santa Misa al Padre Righini, junto con Bertini, me sucedió una aventura muy digna del año santo: Tuve que acompañar hasta más allá de la Gran Madre di Dío⁷ a seis hermanas y a veinte niñas alemanas. En este momento repaso con ahínco mis ejercicios de siderurgia, trabajo en mis dibujos industriales, etc.... Todo esto es muy fastidioso. (6 de enero de 1925).

Citemos aún algunas palabras escritas al aproximarse la Pascua de su último año. ¡Pascua! ¡la fiesta del triunfo del Jefe de la humanidad reconciliada con Dios! ¡Con qué acento renueva, en ese día tan querido entre todos, el voto pacífico tan familiar!: "¡Espero que recibirás esta carta el día de Pascua! Te presento mis mejores deseos, mucho mejor uno solo, el único que se puede formular hoy día a un amigo muy querido: ¡la paz del Señor sea contigo! pues si posees cada día la paz, eres verdaderamente rico. Ora a tu vez para que yo fortalezca mi voluntad demasiado débil". (10 de abril de 1925).

Se vio por sus cartas que su amistad era exigente. Si brindaba de buena gana sus servicios y el auxilio de sus oraciones, pedía en pago el consuelo por parte de sus amigos. No le faltó y lo declara; por ese motivo colocaba inmediatamente después del debido afecto a los padres, el afecto que otorgaba a los estudiantes amigos y, digámoslo también, a las estudiantes. Pues **Pier Giorgio** resolvió ese problema, siempre delicado, de mantener, a la vista de todos, relaciones de amistad, con algunas de sus compañeras de estudio, y sin que la menor sospecha de ligereza o de frivolidad rozara jamás a los que fueron testigos de ello. Digamos que a ello lo había preparado la educación a base de sano realismo que había recibido en el hogar. Además, su inflexible voluntad de mantenerse constantemente correcto y puro en sus pensamientos y en sus palabras, el auxilio pedido cotidianamente a Dios por medio de la oración y de la comunión, la huída de toda molicie y la búsqueda sistemática

⁷ Iglesia en Turín, situada allende el Po.

de todo lo que estimula la voluntad y fortalece el cuerpo, en fin el concepto cristiano de la comunión que une a las almas y las mantiene en la atmósfera de la gracia, eran su preciosa y segura salvaguardia contra la atracción que esa clase de amistades hubiese podido engendrar en naturalezas menos aguerridas.

Los tesoros de abnegación, de piedad sincera y de indulgente y tierno afecto que esas amistades femeninas le revelaban, le hacían palpar el esplendor de las almas viviendo de la fe y -son sus palabras- le permitían descubrir en ellas “un signo evidente de la presencia de Dios, pues no hay caridad sin la presencia de Dios”.

Algunas citas de los testimonios dejados por sus amigas luego de su muerte, pronto nos tranquilizarán, si fuese necesario, y nos edificarán con respecto a la perfecta rectitud de sus relaciones.

“Nos trataba con absoluta imparcialidad, declara una de ellas, de tal modo que ninguna de nosotras hubiera podido jactarse de haber sido más que otra objeto de una fineza especial, de un acto de cortesía, de un pensamiento o del simple envío de una carta.

Ponía en ese género de justicia distributivo un escrúpulo muy delicado y hasta cierta aristocracia en la forma. Sin embargo, se adaptaba perfectamente a la mentalidad de cada una de nosotras. Fue para mí un compañero querido, un hermano en mi vida de estudiante y de excursionista. Hemos vivido juntos muchas horas alegres, asociándonos en las excursiones, en los exámenes, en las bromas y en los alegres proyectos. Entre todas, era yo quien menos merecía sus finezas y sin embargo ¡he recibido tantas de él...”

Luego evocando una inocente broma que sus compañeras habían urdido a expensas de él: “Mirad, le dijeron, os confiáis demasiado de vuestro prójimo, aprended pues a ser algo más desconfiado. En el mundo es preciso seguir esta escuela....

-¡Ah! replicó, jamás podría aprenderla. -¿Preferís entonces perder la cartera antes que la confianza del prójimo?

¡Oh sí, la cartera ¡mas no la confianza!

“Y esta última palabra se hizo célebre entre nosotras”.

Antes de partir para su último retiro, fue a saludar a esta estudiante que atravesaba entonces una crisis de desaliento y de duda religiosa. Ella aludió a esto en el curso de la conversación, luego disculpándose dijo: Siempre experimenté cierta dificultad en hablar de mis asuntos. Me entendéis. Entonces, acordaos de mí en vuestras oraciones.

-Sí, dijo **Pier Giorgio**, es mejor no discutir más entre nosotros sobre estas cosas; pero estad segura de que oraré.

-Estoy muy triste.

-Jamás se ha de estar triste. Apenado, algunas veces; triste, ¡jamás!

“No creo, prosigue esta estudiante, que él haya conocido jamás esos períodos de duda, de desaliento o de escrúpulo tan frecuentes en los jóvenes. Su religión florecía a la luz de la gracia y se extendía más en obras y oraciones que en palabras. Yo que he sufrido tentaciones contra la fe, nunca pude hablar con él sobre ellas, pero me encomendé siempre a sus oraciones, sabiendo que al contacto de su fe tan firme y tan serena mis tristes objeciones concluirían por desvanecerse. Por consiguiente nunca hemos discutido acerca de cuestiones religiosas, pero juntos hemos experimentado el consuelo de la comunión de los santos y buscado solícitamente las ocasiones de alimentarnos con el Pan de los fuertes”.

Si mediante esas amistades espirituales, las almas se ejercitasen en elevarse, se entregarían a veces también a la difícil tarea del perfeccionamiento moral y de la reforma de sí mismas, por medio de la corrección mutua, franca y leal.

“Muy cordialmente, pero de un modo terriblemente sincero, prosigue la narradora, nos decíamos la verdad. Cuando yo le hacía notar que era a veces testarudo y holgazán, él me recordaba con exactitud mis propios defectos, pasando de la distracción al orgullo, sin omitir otros mayores. Se encarnizaba verdaderamente con algunos, sin descuidar el mostrarme como yo podría triunfar de ellos. A eso le llamábamos “sacudirnos el polvo moralmente unos a otros”. Esos ejercicios jamás nos dejaron la menor amargura, sino que nuestra cordialidad quedaba cada vez más fortalecida”.

“En ocasión de esos mutuos exámenes, continúa otra, él venía humilde y confiado a pedirme el auxilio de mis oraciones y a agradecerme, porque, decía, “yo solo a nada llegaría. ¿Qué podemos sin la ayuda del Señor?”

“Cuando me tocaba el turno, me daba la más amplia audiencia.... Para el éxito de uno de mis exámenes tuvo a bien hacer una hora de adoración en la Consolata. La Santísima Virgen nada rehusaba a su devoto y confiado hijo.

“Me había regalado una **Vida de Jesús**. Al hojearla ese año, cierto día en que me sentía presa de la tristeza, me quedé sobrecogida de emoción al leer de nuevo su dedicatoria: “Para que os sea un compañero durante las horas tristes de la vida”.

“Otra vez me puso en las manos el volumen de las epístolas de San Pablo “con el fin de que fuera mi guía y mi maestro en mi peregrinación terrenal”.

“Siempre colocaba al Señor entre él y nosotros como lazo de unión; el Señor santificaba la amistad, la alegría, todos los sentimientos y todos los instantes de nuestra vida”.

No se podría resumir mejor la acción sobrenatural de **Pier Giorgio** sobre las jóvenes que tuvieron la buena suerte de tenerlo como amigo, ni definir mejor la calidad de sus amistades.

Una última carta, escrita bajo la impresión del dolor causado por su repentina partida, de volvérselo tal cual gustaba de abrir su alma en medio de sus compañeras de estudios, nos ayudará quizás a penetrar más aún el secreto de su influencia.

Esta carta fue escrita por una joven profesora de literatura, a un amigo, a las pocas horas de la desaparición de **Pier Giorgio**. No vacilamos en reproducirla casi íntegramente:

“Es la Primera noche que **Pier Giorgio** está fuera de su casa.... A nadie tengo con quien poder llorarlo, por eso pienso en vos que estabais más cerca de él que yo, en todo.

“Delante de esa cama que era más bien un altar, experimenté por vez primera, junto con una emoción que no podría expresar, cuánto la muerte viene desde arriba y cuánto fue para **Pier Giorgio** una ascensión.

“Me reconozco ahora tan indigna de haber osado acercarme a esa alma, que tiemblo debido a ello. Estoy llena de confusión y de dolor al pensar, viéndome ahora tal cual soy, que él no pudo sino rechazarme del número de sus amigos, como un objeto inútil al que no debió acercarse en esta tierra. Pero tal vez también su caridad, abrasada en un mayor ardor, se habrá compadecido de aquella que más la necesitaba.

“No puedo orar -no digo orar por él-, sería insensato-sino rogarle a él mismo, con el fin de que me ayude a merecer acordarme de él.

“Me parece que se verificó para mí la palabra del Evangelio: **Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán**”. ¡Era su caridad que nos mantenía unidos!

“¡Cuente el Señor los pasos que hizo para venir cerca de mi madre, para traerme su saludo, sus votos, su palabra invariablemente serena, la luz de su mirada: mirada de niño por su ingenuidad, de vidente por su profundidad! ¿Quién borrará de nuestra memoria su sonrisa y quién nos lo devolverá?

“Al Señor le debemos esa noche pasada en el tren, entre Turín y Oulx, en una blancura de nieve. Lo permitió para que pudiésemos gozar, alegremente de su presencia y para que le admiráramos; lo recordáis, con su impermeable puesto, tan pronto ayudando a los empleados a transportar los equipajes, tan pronto yendo y viniendo a lo largo del convoy, bajo la lluvia y la nieve, declamando en voz alta -creía que nadie le oía- los versos de sus poetas preferidos, Carducci, Marradi, mientras que su voz nos llegaba en claras modulaciones, ya reforzadas, ya débiles ¡Cómo nos reíamos! El solo podía obrar de ese modo, es decir, ser tan sencillamente él mismo. Recordad también cuándo volvió por fin al compartimiento, la andanada de protestas que recibí por haberse mostrado tan bullicioso. Vino entonces a colocarse tranquilamente al lado mío, más allá de la baranda. Pronto creí que dormía, mas no, rezaba el rosario, ese, rosario de semillas grises que nos ha dejado y que, si me era querido hace dos días, hoy es sagrado para mí, pues estoy dispuesto a dejarlo todo antes que perderlo.

¡Y decir que nosotras, las estudiantes, hemos comido esa noche! Él mismo nos había animado a hacerlo, temiendo

que no nos halláramos bien al día siguiente; pero vosotros nada comisteis. Os veo aún a ambos, en la alborada, en esa muelle blancura de ensueño, en aquella pequeña iglesia, al lado de aquel altarcito donde parecíais tan fuertes y tan buenos que me sentí entonces demasiado lejos de vosotros.

¿Quién pues sin él querrá en adelante volver a la montaña? Recordad su mochila, su martillo en el llano de la Mussa y los guijarros con los que cargaba su mochila ¡por un átomo de granate! así decíamos. ¡Y él se reía y hacía estallar su alegría! ¡Recordáis ese silbato con el cual reunía a los remolones, y esos almuerzos en los que iba de lo dulce a lo salado, luego a lo ácido, para volver de nuevo a las golosinas y empezar nuevamente por lo salado! “¡Vamos, Frassati, vais a hacernos perder el apetito!” decíamos. Y él se disculpaba de estas niñerías como de una verdadera falta y nos ofrecía cada uno de los manjares con amplio ademán y voz grave! ¡De manera que nos preguntamos desde que él no está más, si no desapareció para siempre con él la perfecta cordialidad!

Y luego tenía tan exquisitas y tan ingenuas finezas, que, a pesar de sus anchas espaldas, nos pareció delicado y soñador como un niño. Si le ofrecían una naranja, se deshacía en agradecimientos; si le daban una flor, la conservaba esmeradamente. “¡Qué lástima que no estéis con nosotros!” me escribieron unos amigos aquel año. Y él: “Vos, aunque ausente, siempre estáis con nosotros” Comprendía todo, todo....

“Se le podía participar cualquier sentimiento; siempre estaba pronto a acogerlo, con tal de que fuese sincero. Lo único que no entendía, era la falsedad. Rendía a los afectos más delicados un culto tal que no se podría imaginar otro más elevado ni más constante. . .

“Ese día subíamos en dirección a Sauze. Como nevaba, su gran preocupación era su gorro escocés que no quería mojar ni arrugar, pues era un regalo de su hermana. Recordad: sus cabellos estaban cubiertos de nieve; ¡le arrollamos entonces alrededor de la cabeza un chal color naranja que le daba parecido con un schah de Persia!.... ¡Reía!.... En cuanto a su gorro, estaba al calor, en Oulx, no en su mochila llena de latas de duras aristas, sino en la mía, cuidadosamente envuelta en lana.

“Cuando hubimos llegado, quiso ofrecernos el vino blanco. Parecíamos ser los reyes de Sauze y que todos los que nos rodeaban eran ridículos. ¡Y decir que yo ni siquiera era capaz de atar mis “skis”! ¡Oh maravillosa juventud cuya fuente era él que florecía a su alrededor y nos hacía tan ágiles, tan dispuestos a subir, tan libres de todo vínculo mortal, tan próximos a Dios que él tenía en sí! ¿Quién nos devolverá esa alegría purificadora? ¿quién renovará no sólo a nuestra vista sino en nosotros, el milagro de la santidad alegre, despreocupada, delirante, fresca y restauradora como el agua de las fuentes alpinas?...

Ya no sé razonar: mi vida me parecía un don, ya no es para mí sino un vínculo que me ata a la tierra. Allí estaba la verdad, en ese lecho del que irradiaba una paz sobrehumana, del que brotaba una luz iluminando el fondo de las almas, y dándonos la clara visión de nuestros sentimientos y de nuestros deberes. ¡Ah! estrechémonos alrededor de la cruz y, en recuerdo de él, más aún que cuando estaba en medio de nosotros, trabajemos para volvernos mejores. Veremos quizás de ese modo, brillar a veces su sonrisa. Él, que da a sus padres la fuerza para vivir, nos dará el amor diligente que han de tener aquellos a quienes hizo el don incomparable de su amistad”.

La que con tan primorosa pluma acababa de desahogar su dolor, con el fin de rechazar el pensamiento de que tal vez de lo alto del cielo **Pier Giorgio** la hallaba demasiado indigna de su amistad, quiso leer de nuevo aquella misma noche una de sus cartas. Buscó, halló una sola pero que contenía estas palabras: “Nada hay más bello que la caridad, como dice San Pablo en su epístola a los Corintios (I. 13): **Aunque hablara la lengua de los hombres y de los ángeles, si no tengo la caridad, soy un bronce que retumba o un címbalo que resuena. Y más adelante: Ahora estas tres cosas siguen siendo: la fe, la esperanza, la caridad; pero la mayor de las tres, es la caridad.** En efecto, la fe y la esperanza cesan a nuestra muerte; el amor y la caridad duran eternamente; además creo que serán más vivos en la otra vida”.

Tal era la respuesta de **Pier Giorgio**.

Una vez más, practicando la caridad hasta más allá de la tumba, acababa de calmar la emoción de -su amiga.

Más adelante, una de sus compañeras ascendiendo en dirección a Sauze de Oulx, en el curso del invierno de 1926, oyó en la oscuridad de la noche, el ruido de un rosario que salía del bolsillo de su amiga: era el rosario de **Pier Giorgio**. Hallándose solas con un pequeño mandadero y costeano el cementerio de Jouvenceaux, se dijeron la una a la otra:

-¿Tienes miedo?

-No, rezo una decena del rosario con **Pier Giorgio**. A menudo, al pasar por aquí, oraba.

-¿Quieres? vamos a orar con él.

-Está bien; **Pier Giorgio** oye las oraciones rezadas **con él** bajo el cielo de los Alpes. Desde la mansión de la paz vela sobre sus compañeras que quedaron en la tierra para cumplir su etapa, más o menos larga y más o menos ardua y las oye gritarle como antaño en los pasos difíciles: “!Ayudadnos, **Pier Giorgio**, vos que sois tan fuerte!”

CAPÍTULO VIII

SENCILLEZ, HUMILDAD, PUREZA

“La lámpara de tu cuerpo, es el ojo. Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo está en la luz....

El ojo, en la parábola evangélica, es el criterio aplicado a la apreciación de los valores de la vida.

Cuanto más multiplicamos esos valores, tanto más nos enredamos en ellos, tanto más también se hacen falsas las perspectivas y tanto más nos exponemos a caminar en las tinieblas.

El mérito de **Pier Giorgio** fue haber sabido discernir los verdaderos valores de la vida y haber despreciada los valores falsos. Fue también el secreto de su influencia y de su brillo póstumo. Valoró la vida sólo en cuanto ella lleva a Dios y los bienes de la vida sólo en la medida en que nos facilitan nuestra ascensión hacia él.

De ahí ese despego, que se hubiera podido tachar de indiferencia, pero que era fundado, de todo lo que el mundo busca con tanta solicitud, inquietud y fiebre: el honor y los éxitos mundanos, la vida fastuosa y holgada, las empresas fructuosas, sin preocupación de justicia social, y el cortejo de las alegrías ficticias, de los placeres convencionales y de las vanas frivolidades.

Tuvo “esa sinceridad sin sombra, de la cual habla el. Padre Faber, que es la más rara de las gracias, más rara que la gracia de las austeridades y maceraciones que nos espantan en

las vidas de los santos, más rara que el amor del padecimiento, más rara que la gracia de los éxtasis y del martirio”.

Por cierto, **Pier Giorgio** no conoció ni los éxtasis ni el martirio, pero sabemos y lo manifestaremos en el curso de este capítulo, que esa sencillez sin sombra le hizo emprender a veces, con la mayor naturalidad, sino austeras al menos obras penosas para el amor propio de un joven.

Hijo de embajador y gozando de un rico patrimonio, quiso, en la medida posible, que lo ignoraran los que le rodeaban, o al menos que no se le tuvieran consideraciones.

Hubiera suprimido de buena gana las distancias entre él y aquellos a quienes quería beneficiar su caridad. Sin embargo, para lograrlo, no se devanó los sesos, no imaginó subterfugios, siguió en la verdad, que es también humildad.

¡Cuántos hechos menudos, pero cuán significativos se agolpan ahora bajo nuestra pluma! Citemos algunos de entre ellos.

Cierto día un joven llega a saber que el hijo del embajador Frassati forma, igual que él, parte del Círculo “Cesare Balbo”. No lo conoce aún, pero se lo representa a su manera, es decir, convencional, la del joven católico tradicionalista, a la que nos acostumbraron los autores de novelas. Lo ve, en su pensamiento, joven, elegante, distinguidos afable por cierto, pero sobre todo complaciente y sin cesar preocupado de su importancia. ¡qué ilusión!

Algún tiempo después, se entera de que el joven con quien está jugando, es el famoso Frassati. Por cierto, tiene modales distinguidos más –se expresa en esta forma- le da también la impresión de un joven ultra democrático, sencillo, franco y de una amabilidad que nada tiene de amanerada o de complaciente, sino que revela al contrario un corazón encantador y un, alma ardiente, ávida de entregarse”. Está admirado; no vuelve de su asombro... No hace falta decir que se granjeó al instante y definitivamente la amistad del Círculo.

“**Pier Giorgio** jamás hablaba de su vida familiar, declara uno de sus amigos, y eso lo hacía por espíritu de sencillez por bondad de alma; ¡sencillez y bondad que todos hemos comprobado y que nos lo hacían tan querido! Se concluyó por

no recordar más que pertenecía a las más elevadas esferas de la sociedad”.

“En 1921, en el Congreso de Ravena, un colega nuestro de otra ciudad que no le conocía manifestó su sorpresa al verle expresarse con tanta facilidad en el curso de una conversación con estudiantes alemanes que concurrían al Congreso. “Aprendí esa lengua, le respondió, en Alemania donde pasé algunos meses. Mi padre, en efecto, está **empleado** en Berlín...” Se sabe lo que esta palabra ocultaba.

Esta humildad se manifestaba en familia por una total falta de preocupación por la comida y la comodidad y por una sencillez de vida que se habría avenido alegremente a la verdadera pobreza.

Se recuerda que en Turín, durante el verano, se había asociado con un compañero de estudios con quien preparaba en su casa los exámenes. Las comidas que él mismo disponía eran de una frugalidad más bien excesiva, dada la cantidad de trabajo intelectual que había de cumplir. La lista de platos se componía a mediodía, de macarrones, dos huevos o un bife, y por la tarde, de un gran tazón de café con leche con ensalada o aún lindas peras traídas de Pollone. Claro está, que el mantel brillaba por su ausencia. La comida empezaba con el **Angelus** y terminaba con el acción de gracias. A veces llegaban amigos. El comedor se transformaba entonces en sala de círculo; hablaban de los pobres que socorrer, de las obras, de la montaña y de política, etc....

Cuando el padre llegaba de repente y compartía la comida, nada de agregado suplementario. “Pongamos siquiera el mantel”, sugería el amigo, más el senador apreciaba demasiado esa amable sencillez como para permitir jamás que nada la perturbara. “Viviendo solo con él, decía en confianza más adelante, uno se prenda de él; ¡es un idilio!”

Humildad, sencillez que se manifestaban también en el más completo menosprecio de ciertas convenciones y sujeciones sociales, anodinas por otra parte. ¡Se imagina uno al hijo de un embajador yendo sin sombrero al bulevar para buscar una garrafa de agua fresca! Era sin embargo lo que acontecía ante la vista escandalizada de la cocinera.

-¡Pero no pensáis en lo que hacéis! Si os encontraseis en esta forma con uno de vuestros amigos....

-!Pero no hago nada malo! respondía, sorprendido.

A su hermana, que le hacía el mismo reproche, se contentaba con sonreírle mirándola con ojos divertidos, como diciéndole: "¡Verdaderamente, no te entiendo!"

Sucedía a veces que lo trataban de tú. Jamás se ofendía por ello. "Buenos días, **Pier Giorgio**, ¿cómo estás?", le interrogaba un día un joven colono de Biella que estaba haciendo el servicio militar en Turín. Carolina creyó que debía observarle que sería más conveniente no tratar de tú al hijo del senador. **Pier Giorgio** respondió: "¡Pero sí, está muy bien! Que me trate de tú, para mí eso es indiferente".

Para con los pequeños y los humildes esa sencillez le inspiraba a veces atenciones verdaderamente delicadas y actos de abnegación de los cuales se hubiesen admirado santos como Francisco de Asís o Felipe de Neri.

Un día, divisa a Nena, la hija del jardinero de Pollone, deshecha en llanto en un rincón. "¡Qué tienes para llorar en esta forma!" le dice. La niña le explica, llorando, que sus dos hermanos luego de haberle prometido llevarla al teatro, la dejaron allí y se fueron al teatro solos. "¡Valiente cosa! responde **Pier Giorgio** soltando la carcajada si se trata sólo de eso, iremos al teatro juntos". Hizo según, acababa de decir, y ¡los más sorprendidos fueron los dos hermanos cuando vieron entrar en la modesta sala parroquial a su hermanita a quien llevaba de la mano el joven amo!

Otra vez, es Ítalo, el chauffeur, quien aprovecha sus servicios. Le habían ordenado llevar una sogá a la sede de la "Joven Montaña". **Pier Giorgio**, viendo que Ítalo estaba con la ropa dominguera, comprendió que ese mandado le resultaría penoso. Le dijo que la comisión no era urgente.

A los pocos instantes, Ítalo, que estaba en compañía de su novia, lo divisó en la calle, llevando terciada la famosa sogá y conversando con una de sus amigas estudiantes.

Otra noche, una sirvienta caprichosa manifestó con demasiada vivacidad su descontento por la llegada repentina de **Pier Giorgio**. Este se dio cuenta y -en vez de insistir la tran-

quilizó: “No os preocupéis, no os incomodaré: yo prepararé la cama, en cuanto a los zapatos, los cepillaré yo mismo”.

Al día siguiente, enterándose de que Carolina llegaba de Pollone, bajó a su encuentro hasta la puerta de calle, tomó la pesada valija que traía ella, por cuyas hendiduras asomaban atados de legumbres y volvió a subir hasta la primera escalera de mármol blanco.

Al prestar esos pequeños servicios, ¿experimentaría siempre tanta alegría como manifestaba por su oficiosidad? Jamás lo dijo. Seguramente hubo de experimentar más de una vez ciertas repugnancias. Su virtud consistía en no darlo a conocer. Sea lo que fuere, se podría escribir un pintoresco capítulo sobre “las metamorfosis de un hijo de embajador en mozo de cordel”.

Contentémonos con citar aún algunos rasgos:

Sabiendo que a él le gustaban las naranjas, uno de sus compañeros, de origen siciliano, le hizo traer un cajón de ellas desde su pueblo. Cuando llegó el cajón, **Pier Giorgio** estaba presente:

Te lo remitiré durante el día, le dijo su amigo.

-No, voy a llevarlo yo mismo, dijo colocándolo debajo del brazo.

-¡Vamos! ¡harías eso!

-No es pesado....

-No, ¡pero realmente! ¡te irás de ese modo con el cajón debajo del brazo!

-¿Por qué no? ¡No es nada pesado!

Y enseguida desapareció con su cajón. Su compañero permaneció largo rato junto a la ventana para verle y, digámoslo también, para sacar del pequeño incidente una buena lección. “Lección saludable, escribirá más tarde. Me inclinó a rectificar mis ideas y a no retroceder más ante humildes tareas que me causaban repugnancia hasta ese momento y a las que jamás me hubiera sujetado, antes de ese pequeño incidente”.

Cedamos ahora la palabra a un profesor:

“Era en lo! últimos días del mes de mayo de 1925. Subiendo yo por la escalera de la casa calle Príncipe Amadeo, número 26, (sede del Círculo universitario), me encontré con un hombre que bajaba con la espalda inclinada bajo el peso de una

mesa molesta y maciza. Me detuve en seguida para dejarlo pasar. Ahora bien, al paso que yo admiraba la habilidad del obrero, me impresionó la buena clase y blancura de su ropa interior. Intrigado, me incliné cuando pasaba a mi lado con el fin de mirarlo fijamente. ¡Cuál no fue mi sorpresa al reconocer que ese robusto mozo de cordel era **Pier Giorgio**. ¡Me saludó entonces con una alegre y sonora carcajada!”

Ayudaba de este modo a la mudanza del Círculo “Cesare Balbo”, trasladado a los locales del Arzobispado, en el piso bajo que da al patio. Tuvo aún múltiples ocasiones de ejercer su talento de peón de mudanza colocando pesados armarios en un carro ajeno y, sin cuidarse del polvo y del qué dirán, conducir intrépidamente el vehículo por las calles de Turín.

Barrió más de una vez la sala del teatro parroquial de Pollone, en presencia de los artistas, obreros o aldeanos en su mayor parte, que estaban sorprendidos y que quizás no hubieran pensado en cumplir esa tarea.

Oigamos ahora a un amigo que le sirvió de guía en una ascensión al monte Viso: “**Pier Giorgio** llegó solo a Crissolo, el 24 de julio de 1923. Por la tarde, en circunstancias en que iba yo a ayudarle a mi padre a transportar trozos de alerce destinados a la construcción de una casita, no quiso dejarme partir solo y ofreció sus servicios. Me opuse a ello, pretextando que esa clase de trabajo no le convenía y que superaba sus fuerzas. Me suplicó lo pusiera a prueba.

“Se apoderó entonces con la mayor facilidad de un pedazo de madera, el más pesado, lo colocó sobre sus espaldas y recorrió un largo trayecto a través de una selva, en la cual no había trazado sendero alguno. Mi padre y yo admirábamos su fuerza física. Al anochecer, luego de cinco o seis viajes, yo sudaba a mares, pero él casi ni había mojado su camisa.

“Los habitantes del pueblecillo al saber que ese obrero era el hijo del propietario de la **Stampa** quedaron confusos ante semejante sencillez y admirados de la facilidad con que se adaptó a esa ruda tarea”.

Al día siguiente, habiéndose dislocado un pie uno de sus compañeros, el humilde mozo de cordel se cambió en buen

Samaritano: con el fin de darle masajes, utilizó hasta la última gota del frasco de alcohol que trajera para su excursión.

Acaba de verificarse una vez más el axioma de San León: “Nada les resulta difícil a los humildes, nada les resulta penoso a los espíritus mansos y a los sencillos de corazón”.

Pero lo más a menudo esa humildad que le libraba del respeto humano y le hacía tan caritativo, se ejercía en provecho de su ideal y para el triunfo de la acción católica.

Recurrían a él cuando se trataba de transmitir una consigna, de llevar una invitación para concurrir al Círculo o de repartir folletos o circulares. Su rostro resplandecía, salía como un dardo, no en dirección a la portería sino directamente a los departamentos de los interesados. ¡Quién dirá cuán fecundos fueron esos pequeños servicios y cuánto repercutieron semejantes ejemplos entre los que fueron testigos de ellos!

Esa constante disponibilidad para todas las tareas, aunque fuesen humillantes o penosas, estaba sometida a veces a duras pruebas. Jamás retrocedía estando, en juego un interés de importancia.

En el mes de marzo de 1924, se trataba de reunir dentro de las veinte y cuatro horas el número de firmas necesarias para poder presentar una lista de candidatos a las elecciones. Ese día, 23 de marzo, a eso de las diez de la mañana, **Pier Giorgio** se presentó en la sede del Partido Popular. Viendo a aquella gente en un apuro, ofrece sus servicios. “Llegáis a tiempo, le dicen con un suspiro de alivio, y rápido le señalan su tarea. Se consagra a, ella al instante. A las doce y un cuarto le avisan que es hora de almorzar. Parte, regresa al cabo de una hora y trabaja de un tirón hasta las diez y seis horas. Había trabajado durante seis horas como un simple empleado, según refiere un secretario, que presencié su trabajo. Gracias a él, la lista pudo ser sometida oportunamente al tribunal.

“El fundamento, la condición de toda virtud, dice un educador es la humildad. Somos útiles en la medida en que nos anonadamos. Dios busca y fecunda la nada.... **Verbum, caro....** ¡qué, abismo entre estas dos palabras!” Siguiendo el ejemplo de su divino maestro, **Pier Giorgio** no retrocedió ante lo que constituye la piedra de toque de la verdadera humildad: las humi-

llaciones. Sin duda no salía al encuentro con énfasis, era demasiado sencillo para hacerlo, demasiado verdaderamente desapegado de toda preocupación personal, aún en materia de perfección, pero cuando las humillaciones se le presentaban, les ponía buena cara, y las acogía con un candor que desarmaba a aquellos que, sin quererlo, ponían de este modo a prueba su virtud.

Ya lo hemos visto; cualquiera fuese su aplicación al estudio, no conoció sólo éxitos. Ciertos fracasos, muy raros por otra parte, no dejaron de ser comentados en familia. En estos casos lo más a menudo su madre lo animaba con un buen “lo harás mejor más adelante”; a veces también, medio regañona, medio cariñosa, y con tono de profunda ternura, le decía: “Serás siempre mi buen **“beto”**. No es fácil traducir esta expresión. La de “estúpido” o de “tonto” daría un matiz bastante aproximado. Por cierto no es un elogio. **Pier Giorgio** acogía sin embargo el calificativo con una buena sonrisa. ¡Le parecía tan verdadero! En todo caso, jamás le ofendieron las afectuosas reprimendas de su madre en esas circunstancias.

“Mira a Fulano, le decía a veces ella, rinde con éxito sus exámenes y halla aún tiempo para ir a remar todos los días en el Po, para andar, en motocicleta y concurrir a las veladas. Tú, jamás hallas tiempo para nada. Si te pido que me acompañes durante unos días a Venecia, rehúsas”. El hijo aceptaba la dulce reprimenda, levantaba hacia su madre sus ojos puros y respondía convencido: ¡Pero mamá, bien lo sabes, X... es inteligente, yo no!” ¡Inútil es tratar de humillar a un humilde!

Poco preocupado de los dones de su bella inteligencia que se acrecentaba al madurar, lo era aún menos de las ventajas exteriores que todos estaban de acuerdo en reconocerle, y que comúnmente tanto halagan la vanidad de los jóvenes “¡qué lindo niño! ¡qué lindo joven! Estas exclamaciones se oían a menudo a su paso. No lo hacían darse vuelta. Menos aún se complacía en ellas. Hubiese podido como tantos otros sacar partido de su abundante cabellera; utilizaba la maquinilla, y sólo ante las repetidas instancias de sus camaradas, dejó crecer su cabello en los últimos meses de su vida. Dotado de un físico de excepcional belleza, siempre vivió como si lo hubiese ignorado.

Cuando después del asalto a su domicilio la familia se enteró de que su nombre se había hecho conocido, su madre justamente halagada, observó largamente su perfil puro y le dijo: “¡Te vuelves célebre.... Hablan de tí desde lo alto de la catedral”. Levantó los ojos, se ruborizó un poco y concluyó. “¡Tonterías, todo eso!” ¡Tonterías! era la palabra, que Bernardita dijera antaño a los importunos que le pedían firmara su retrato.

..

“Bienaventurados los pobres de espíritu”, dice el Evangelio, es decir aquellos a quienes no les basta el mundo, y que se sienten verdaderamente pobres porque todo lo que más aman está en otra parte....

Pier Giorgio poseía en el más alto grado ese superior desencanto que es la sabiduría de los santos. Son significativas sus reacciones en materia de riquezas y dan el sentido de su alma.

“¡Cómo, viajáis en tercera clase!”, dijo alguien con extrañeza en su presencia y él respondió: “¡Sí, porque no hay cuarta!”

“Figuraos, dijo cierto día en que lo invitaran a una costosa diversión, X.... ¡acaba de combinar un paseo en automóvil! ¡No piensa que no somos sino pobres estudiantes!” Y la sinceridad con que lo dijo no halló réplica.

Su padre experimentaba a veces cierto placer en hablarle de una finca que comprara para él en la montaña; le detallaba sus mejoras y comodidades. El hijo escuchaba evidentemente por complacencia, pues tanto su atención como su mirada estaban ausentes y era necesaria toda la diplomacia de su madre y de su hermana para arrancarle al fin un “¡gracias!” En cambio, exultaba literalmente y no cesaba de elogiar las ventajas de una vulgar cigarrera, de una media docena de pañuelos que le habían regalado o aún de sus medias y de su famoso gorro escocés.

A los veinte años de edad ignoraba completamente cuál sería su fortuna algún día. Era de lo menos se preocupaba. Inútil hablar delante de él de operaciones financieras, herencias, testamentos y negocios. No se inquietaba por ellos o pensaba en otras riquezas, en aquellas que no roen ni los gusanos ni la he-

rrumbre y cuyo balance se inscribe en el reino de los cielos. Sin querer se piensa en lo qué escribía Manzoni del Cardenal Federico Borromeo, "Por todo lo que atañía a sus intereses o a su gloria en el mundo, jamás daba señales de alegría, ni de pesar, de ardor ni de agitación: cosa admirable si esas emociones no se despertaban en su alma, pero aún más admirable sí en ella se despertaban".

Es necesario aún relacionar con esa "sinceridad sin sombra" a la cual aludíamos al principio de este capítulo, ese completo desembarazarse de los sentidos, ese amor a la pureza que es una de sus más atrayentes características. No es por cierto, que no conociera jamás la tentación, pero la verdad, y en este caso la humildad, que lo había librado del peso de todos los falsos valores de la vida, lo libraba también, o al menos lo ayuda poderosamente a librarse de la ley del pecado, de las torpezas y de las sublevaciones de la carne. Abundan y son unánimes a este respecto los testimonios de sus amigos.

"Cultivó en sí mismo la pureza, nos dice uno de sus compañeros y quiso que los demás la cultivaran. Jamás se oyó brotar de sus labios una -palabra que no- fuera perfectamente casta y no fueron sin embargo ni cortas ni fáciles las luchas que hubo de sostener. Si salió vencedor de ellas, fue gracias al auxilio de una continua oración".

Un ingeniero declara a su vez: "Busqué minuciosamente en mis recuerdos algo que pudiese menoscabar su pureza, menos por tratar de descubrir en realidad alguna cosa, que por proporcionarme la alegría de comprobar, que de hecho, ahí nada había por descubrir. ¡La castidad a los veinte cuatro años!

¡Es uno de los más bellos espectáculos que verse pueda sobre la tierra! ¡Sea por siempre bendito su recuerdo tan confor- tante para nosotros, que vivimos aquí en la tierra y luchamos por el mismo ideal!"

"En él no había ni afectación, ni gazmoñería; ninguno de esos aires ofendidos, que se comprueban a veces en ciertas personas. No veía el mal porque el mal no lo alcanzaba. Para aliviar infortunios, no temía penetrar en ambientes en los cuales la miseria es la aliada del vicio. Realizaba la palabra de San Pa-

blo: "Todo es puro para aquellos que son puros; pero para aquellos que están mancillados nada es puro". (Tit. 1, 15).

No tanto para hacerlo un bailarín consumado, sino para darle cabida en la sociedad su madre le pidió tomara algunas lecciones de baile. Se resignó por obediencia; pero la poca solicitud que puso en ello, mostró claramente que aquello no le interesaba. Aún quiso conocer al respecto el parecer de su párroco.

-¿Sabe bailar tu padre? le preguntó el inteligente y mordaz anciano.

-No, respondió **Pier Giorgio** sonriendo.

-Y sin embargo ves qué espléndida carrera cumplió... sin saber bailar! Entonces dile esto a tu madre y verás que te dispensará de esas lecciones".

Ese buen anciano de 84 años, cura de la Crocetta, había bautizado a **Pier Giorgio** y, antes de llevarlo a su última morada, había oído a menudo su confesión. Antes de morir, quiso reunir, con temblorosa pluma, algunos recuerdos de su hijo querido. Esos recuerdos nos hablan de su pureza, de su humildad y de su viril piedad. Citemos textualmente este precioso testimonio: "**Pier Giorgio** no conocía los caminos tortuosos; si entraba en la iglesia, si cumplía con un deber religioso, no era por ostentación; tenía la límpida mirada de un niño, pero también toda la seriedad que exige la concepción cristiana de la existencia.

"Ignoraba en absoluto la mentira y aborrecía los superlativos que son la exageración de los sentimientos. En la iglesia atestada de gente, lo vi tomar la escarcela para hacer la colecta, cuando estaba ausente el sacristán. Eso edificaba a los fieles. Respondió cierto día a alguien que lo felicitaba por ese gesto: "¡Es tan fácil! ¡Cuando estoy en la iglesia, si me necesitan, no tienen sino llamarme. -¿Pero qué pensarán de ello en vuestra casa?

-Mamá estará contenta y papá se reirá.

"Cierta día, saliendo de la iglesia luego de haber comulgado, aún tenía su rosario en la mano. En el pórtico, le dijo un joven. "**Pier Giorgio** hete aquí hecho un beato!- No, seguí siendo cristiano".

“¡Cuán bueno eres!”, le dije otro día. Me respondió:
“¡Preguntadle a mi madre si soy bueno!”

En realidad tenía un corazón de oro y estoy profundamente convencido de que llevó al otro mundo la inocencia bautismal”.

CAPÍTULO IX

HACIA LAS CUMBRES

La pequeña villa de Pallone, cuyo nombre significa retoño, lleva en su escudo de armas un amor que tiene en su mano derecha una piedra, en tanto que de su mano izquierda salen dos alones.

Al pie, se lee este dístico:

**Dextera tenet lapidem, manus altera sustinet alas;
Ut me plumae levat, sic grave mergit onus.**

“En mi mano derecha llevo una piedra y en la izquierda dos alas;

“Las alas me llevan arriba, en tanto que el peso de la piedra me arrastra hacia abajo”.

La piedra que inclina hacia el suelo la mano regordeta del niño, significa todo aquello que estorba el vuelo del alma, a saber, la vida sin ideal, las alegrías fáciles y ficticias, los deseos turbios y las pasiones que envilecen; las dos alas dirigidas hacia el cielo, son las alegrías sanas y, entre todas, la alegría del alma que ora y que se entrega, la alegría del esfuerzo que se eleva hasta el sacrificio, hasta la inmolación.....

Los alones enderezados hacia el azur, parecen indicar todavía las montañas, las queridas montañas natales, rosadas al amanecer, deslumbrantes al mediodía y resplandecientes en el ocaso. Ellas también tienen su lenguaje viril: ellas también hablan de esfuerzo para dominarse, de victorias sobre las pasiones, de alegrías puras, de atmósfera serena y silenciosa donde el

alma se recoge más fácilmente, y se eleva más libremente hacia Dios, cuya prodigiosa actividad creadora manifiestan.

Sin duda, **Pier Giorgio** jamás vio con sus ojos a pequeño amor de tan expresivo simbolismo, y sin embargo toda su vida fue la más sorprendente reproducción de ese Amor. Él también antes que los muelles goces prefirió el llamado de las cumbres, él también entonó ante sus queridas montañas el **sursum corda** del esfuerzo que afloja los músculos y que exalta todas las potencias del alma.

En verdad, ya oyó resonar ese llamado en el hogar. Su madre se lo hizo conocer en temprana edad, y ¿no franqueó niño aún con su padre las gargantas de Betta Forea, del Fürgen y no subió al Castor en el macizo del monte Rose?

Ser cada día más hombre, fortalecer su conciencia moral, en resumidas cuentas, y contemplando las obras del Creador edificar cada día más el cristiano y el futuro Apóstol, tal era ya el deseo de **Pier Giorgio**, si hemos de juzgar por las cartas que dirigía a sus amigos.

“Me siento cada día más apasionado por la montaña, le escribía a uno de ellos, me atrae su fascinación. Deseo siempre más vivamente escalar las cumbres, llegar a las más elevadas cimas, experimentar esa alegría pura que da la montaña.... Había proyectado abandonar el “ski” este invierno, pero ¡cómo resistir el llamado de la nieve!”

“¿Tienes siempre la intención de escalar la Rognosa por la cresta? escribía a otro amigo, yo, quisiera, si no me lo impidiesen mis estudios, pasar días enteros en la montaña con el fin de contemplar en esa atmósfera pura las grandes obras del Creador.....”

Y estas líneas escritas al dorso de una fotografía que lo representa atado a una soga al borde de un precipicio impresionante, acabarían, si aún fuese necesario, de informarnos acerca del móvil de sus frecuentes excursiones: “Al amigo que en Livorno se prepara para emprender vuelo hacia el cielo puro (el amigo era aviador), al compañero de las bellas excursiones de antaño y que aspira así como yo “a otra patria, hacia alturas

siempre más claras y siempre más solitarias,⁸ mi afecto de **fu-cino** y de alpinista". (10 de marzo de 1925).

He aquí ahora a **Pier Giorgio** equipado para la montaña. El pintor Falchetti es quien nos lo describe tal cual lo vio entrar un día en su estudio para saludarle antes de salir para una excursión. "Siempre lo tengo presente, tal como lo vi entonces, espléndido con su equipo, tan bello que lo hice servir de modelo un instante en mi taller. Luego de haberle admirado en todas las posiciones, me asomé a mi balcón para verlo alejarse con su mochila y sus "ski" cruzados sobre las espaldas.

"Estaba revestido de una amplia chaqueta de cazador, camisa oscura, anchos pantalones de deporte, medias escocesas de colores vivos y sobre una oreja el gorro escocés en el que ondeaban cintas.

"Pronto le hubieran discernido en medio de los demás jóvenes de la ciudad, gracias a su bella figura, a sus anchas espaldas, a su tez tostada por el sol, a ese asomo de barba que se adivinaba fuerte a pesar de la navaja y que contrastaba en forma curiosa con su sonrisa y su mirada de niño, así como su voz algo velada, pero franca ruda y viril, formaba contraste con su alma todo candor y pureza.

"Se leía en sus ojos la alegría de vivir, la paz del corazón y hasta la blancura de las cimas nevadas, el placer de los locos descensos en el silencio solemne que sólo turban los gritos de alegría, a lo largo de los valles encajonados bajo el firmamento diáfano o rutilante. Pero lo que más"se traslucía en su mirada era la dicha que le proporcionaban la vida sencilla y las sanas fatigas, en una palabra, el retorno a la existencia viril de los lejanos antepasados".

Doquier y siempre lo alegraba la sola perspectiva de una partida. "Quisiera tenerte a mi lado, le escribía a un amigo, en esta espléndida víspera de partida, para que pudieras así como yo experimentar la alegría y la impaciencia que hacen latir alternativamente mi corazón".

El pensamiento de las comidas en las montañas excita su fantasía: "Nuestra Presidenta nos promete un almuerzo a su

⁸ D'Annunzio, *Oda a Segantini*.

modo en Rocca Sella. Le haremos honor, ¡y con qué apetito. Le aconsejé que tomara un burro para transportar las provisiones; me contestó que yo era perfectamente adecuado para esa tarea”.

Cuando salía muy de mañana, se arreglaba siempre para cumplir previamente con sus deberes religiosos; asistencia a la misa y comunión, pues él sabía que la vida en la montaña constituye un peligro constante y quería estar preparado. “Es menester tener siempre la conciencia, en paz antes de salir, solía decir a menudo, pues no se sabe nunca..... La perspectiva de una muerte en la montaña fue por él considerada a menudo y deseada como una bella muerte. Por otra parte el pensamiento de la muerte le era familiar.

Lo que le regocijaba también era la oración en las altas cimas, el rosario rezado a lo largo de las pendientes o en la blanca cuenca de los valles. ¡Cuántos excursionistas han hablado de sus **Avemarías** lanzados con voz varonil, contestados por todos los del grupo y a veces por desconocidos que pasaban y a quienes conquistaran tanto fervor y tal desprecio de todo respeto humano; ¡Alegría por la ferviente contemplación de una cumbre nevada, de la nube que la corona y de una flor, escondida que ignora el por qué de su belleza. Alegría en fin por la perspectiva de los múltiples servicios que prestar, de las fatigas que aliviar en los instantes críticos y de un perpetuo regocijo de repetir a todos, como real limosna, en la atmósfera dilatante de las cumbres!....

Anotamos tal cual nos fueron transmitidos los variados incidentes que señalaron algunas de sus excursiones, por ejemplo aquella en el Pequeño San Bernardo en 1922: “Era una mañana a eso de las once. Se hallaba en las pendientes que bajan hacia Francia. La marcha era alegre, el tiempo excelente, la nieve “buena” y el viento favorable: había postes que señalaban el camino. ¿Cuánto tiempo duró el descenso? El amigo que lo acompañaba no lo recuerda. El estómago de ambos excursionistas, con más exactitud que su reloj, les hizo comprender que era llegado el momento de regresar, pero el viento que los había empujado en el descenso, se tornaba un terrible obstáculo para el ascenso: ráfagas de granizo, torbellinos de nieve les azotaban

el rostro, la pista había desaparecido bajo la nieve, los postes indicadores ya no se veían. Hallándose jadeante, su compañero le rogó que moderara la marcha. **Pier Giorgio** obedeció al instante. Y cedió aún sus bastones de "ski". Aunque alpinista experimentado y excelente "skieur", su amigo caminaba tambaleándose envuelto en un grueso chaleco de franela, y el gorro cubriéndole las orejas. Cuando evoca esos recuerdos, le parece ver de nuevo a **Pier Giorgio** caminando delante de sí, sobre la cresta, con paso parejo, con la cabeza descubierta, con las espaldas resguardadas únicamente por la camisa, las manos en los bolsillos, de cara a la borrasca como para un simple paseo o aún, animándolo y tendiéndole la mano en los, pasos difíciles.

"Llegado al hospicio, hubo de descansar largo tiempo antes de, sentarse a la mesa, mientras que **Pier Giorgio** con su acostumbrada hambre canina, engullía un buen plato, de macarrones.

"Por la noche, en un cuarto del piso bajo, todo empavesado de ropa puesta a secar, los excursionistas reunidos alrededor de la estufa, cantaban alegremente; él fumaba su pipa corta, y con las mangas arremangadas, lustraba sus borceguíes con arte consumado, aplicándose a hacer penetrar la grasa en todas las juntas, a fin de que el cuero conservara su flexibilidad e impermeabilidad. Todos fueron poco a poco sus clientes y cada vez que un nuevo par caía a sus pies lo acogía con estruendoso alegría. Se tenía la impresión de que le causaban un gran placer al proporcionarle tan buenas ocasiones de sacrificarse por los demás.

Por más insistentes que fuesen las negativas, lograba siempre cederles su habitación, sobre todo si había sido calentada a los compañeros menos resistentes o más delicados, y él se avenía muy bien a un cuarto glacial.

Las habitaciones eran tan frías en el pequeño San Bernardo, que el agua se helaba en las palanganas y que antes de meterse en la cama había que hacer provisión de ropa. En vez de desvestirse, **Pier Giorgio** comenzaba a rezar el rosario. Desde su lecho caliente, el compañero contestaba; pero él permanecía arrodillado sobre el piso hasta el fin. Le sucedía, a veces ce-

der una manta, con tanto mayor gusto, decía; cuanto que ¡tenía demasiado calor!

Desde muy temprano, al día siguiente, se le oía levantarse y precipitarse por la escalera, dándoles a todos la impresión de que el hospicio se derrumbaba. Después comenzaba el asalto a puñetazos retumbantes contra las puertas. Murmullos prolongados, enérgicos epítetos, acogían generalmente este despertar al son de la charanga. “Pues que, respondía, ¿no me dijisteis que os despertara temprano para ir a misa?...”

Cuando sus compañeros semidormidos llegaban a la capilla, él ya estaba cerca del altar, tranquilo, recogido, transformado por un dulce coloquio con el Maestro. Ese recogimiento, ese modo de ayudar la Misa y de recibir la Santa Comunión atraía la atención de todos. El mismo personal del hospicio estaba profundamente impresionado.

El rector se acuerda de él de modo muy particular. “Dos veces, escribe, durante el carnaval, hospede a equipos de “skieurs”, de estudiantes de ambos sexos o graduados. Entre ellos distinguí enseguida a **Pier Giorgio** gracias al ascendiente que tenía sobre sus camaradas y a su dichoso carácter: siempre alegre, siempre inquieto, pero de modales perfectamente correctos. Sobresalía entre todos, por la seriedad de su espíritu y por su piedad. Su religión nada tenía de mezquino ni de demasiado amplio; era viviente y activa y enteramente compenetrada del espíritu de apostolado.

“Todas las mañanas me ayudaba la Misa y comulgaba. Varios siguieron su ejemplo. Al volver por la tarde, jamás se olvidaba de ir a arrodillarse a la capilla para hacer la visita al Santísimo Sacramento. Un día, conversábamos juntos acerca de sus camaradas. Me dijo a boca de jarro: “Sabéis, Padre, se les puede hacer siempre algún bien”.

Su ejemplo atraía a menudo, al hospicio a otros apasionados del **ski**. Un domingo, habiéndose ausentado el rector por un caso de fuerza mayor, él dio al instante su parecer de que para reemplazar la Misa, se fuese a rezar el rosario a la capilla. Así se hizo. Casi todos, incluso el personal del hospicio, fueron fieles a la cita. Extraordinaria fue la impresión que produjo su fe viva, sincera y activa: se sentía que había en él una gran gracia.

En aquellos días de montaña su caridad tenía todas las audacias y todas las delicadezas. Aquellos que se beneficiaron de ella gustan de recordarlas ahora que él ya no vive, como un bello espectáculo que nunca se volverá a ver. Una alpinista describe de este modo las peripecias de una excursión en el curso de la cual tuvo la dicha de trabar relación con él:

“El estaba escalando una pendiente escarpada, y llevaba, como de costumbre, una carga considerable sobre sus espaldas. Detrás de nosotros, seguía el mandadero, un niño que nos había ofrecido sus servicios. Se le había confiado los skis y también mi mochila. Pronto comenzó a resbalar y a rodar sobre el hielo. El pobre niño cuyo rostro estaba de color carmesí, avanzaba con dificultad. **Pier Giorgio** lo advirtió. Le ayudó, primero empujándolo suavemente delante de sí, luego lo alivio de la mochila y después de los **skis** que cruzó sobre los suyos. En fin, le ofreció cargarlo sobre sus espaldas, y riéndose agregó: “¿Cuánto me das?” Nosotros que lo veíamos caminar con paso tan suelto bajo su enorme carga, pensábamos que estaba más sólidamente preparado que todos para la existencia”.

El vicario de Pollone que lo exhortó tan a menudo a no exponerse inútilmente al peligro, tuvo una vez oportunidad de que lo sacara de un apuro muy grande. Era en 1920, la cruz del monte Muchone, que en forma tan pintoresca domina el valle de Pollone, había sido derribada por una tormenta. Acababan de colocarla otra vez en su sitio y se trataba de bendecirla de nuevo. **Pier Giorgio** fue allá con el vicario. Salieron muy de mañana, de noche aún. De repente, el sacerdote tropezó, y se cayó en una hendidura erizada de agudas puntas. De resultas de la caída se produjo una herida bastante dolorosa. **Pier Giorgio** se precipitó para sacarlo de allí, lo desembarazó de su equipaje, que cargó sobre sí, y se puede decir que él mismo lo subió hasta la cumbre sin perder un instante su calma y su paciencia inalterable.

Su caridad y su bondad le hacían discernir pronto en sus compañeros el cansancio que tan difícilmente se confiesa. ¿Había una joven que diera señales inequívocas de fatiga? El empezaba a quejarse de su zapato, luego de su mochila que le lastimaba las espaldas, y así sucesivamente, hasta que la cara-

vana consintiera en detenerse para permitirles a todos descansar un momento. Con igual delicadeza evitaba en estas circunstancias toda reflexión que hubiese podido herir, un sentimiento de amor propio, humillar inútilmente o despertar legítimas susceptibilidades.

Una vez sin embargo, atrevámonos a decirlo, su acostumbrada benevolencia falló y le dictó una respuesta de la cual guardó acerbo remordimiento. Es también una estudiante la que habla: "Estábamos muy ocupadas en hacer el balance de los gastos de cada uno antes de partir. Instante solemne para los **fucini** cuya bolsa es más bien liviana. Las dos estudiantes encargadas de esa delicada misión la cumplían del mejor modo posible, mientras que el resto de la alegre compañía hacía un ruido infernal alrededor del fuego. Una de ellas, impacientada, comenzó a protestar vivamente, por otra parte sin resultado. "¡Terminad pues!" dijo con vibrante tono, y luego agregó: "Aquí estamos para hacer las cuentas y nos rompéis los tímpanos!" ¡Eh! dijo tranquilamente **Pier Giorgio**, ¿para qué os encargasteis de ello?"

No bien profirió esa palabra descortés, tuvo la sensación de que acababa de abrir una herida. Se quedó triste, silencioso. Unos instantes más tarde, los grupos evacuaron la sala para volver a sus habitaciones. El iba y venía, por el corredor helado, con las manos en los bolsillos. Las dos estudiantes lo saludaron al pasar. Contestó vagamente y dejó que subieran, luego, se volvió a reunir con ellas resueltamente, a la carrera: "Señorita, dijo plantándose frente a aquella a quien ofendiera, ¿me perdonáis?" "Sí, respondió ella". "Entonces, dadme la mano" Luego les dio las buenas noches.

Más tarde, en Turín, cuando se le felicitara con demasiada efusión según él, por su incansable oficiosidad, se contentará con contestar amargamente, aludiendo a su irreflexiva réplica: "¡Sí, sí, recordad cuán grosero fui aquella noche!"

Escuela de abnegación, la montaña, también fue para él escuela de sangre fría y de viril energía frente a lo imprevisto que puede surgir a cada paso. Múltiples circunstancias revelarán que consideraba al alpinismo no como un deporte elegante

o un solaz de ociosos, sino como una dura preparación Para las batallas de la vida y sus inevitables desengaños.

Un abogado, excombatiente, también aficionado al "ski", refiere que se halló sólo con él en el curso de una excursión a la garganta de Sestrieres pasando por la choza Kind y el Fraiteve. Habiendo llegado a la choza, se demoraron mirando atentamente los saltos de algunos "zkieus" sin preocuparse mayormente del tiempo que empezaba a descomponerse. Una tormenta de nieve los envolvió pronto en su torbellino. Estaban lejos de la meta, debiendo escalar aún una montaña. Los árboles principiaban a escasear. Cuando llegaron a los ventisqueros estos estaban tan helados que los "skis" no podían afirmarse más en ellos. Por otra parte, llegaba la noche y la tormenta arreciaba. De repente, **Pier Giorgio** se detuvo. Acababa de advertir que había perdido su reloj. ¿Qué hacer? Su compañero le propuso volver atrás. Protestó previendo los peligros a que se expondrían retrocediendo a través de la oscuridad de la tormenta. Por fin, a las 17 horas, los dos compañeros llegaron a la cumbre del Fraiteve. ¡Pero qué! He allí que se detuvo nuevamente. Esta vez había perdido un "ski".

Pero dejemos que hable ahora su compañero de excursión. "En ese momento, dice, Frassati fue, en toda la fuerza del término, un alpinista y mejor aún un hombre. Mis múltiples peregrinaciones a través de nuestros Alpes me familiarizaron desde hace largo tiempo con la psicología del hombre en las cimas elevadas; allí aprendí a conocerle; allí aprendí a juzgarle. Sé a qué estado de desmoralización se entregan a veces aún los más valientes, hallándose frente a un incidente que puede tener consecuencias fatales. **Pier Giorgio**, se dio perfecta cuenta de lo que acababa de sucederle y no hube de apelar a mi larga experiencia para tratar de aminorar a sus ojos la gravedad de la situación.

"Comprendió y conservó la calma. Tenía frente a mi a un montañés de recio temple a quien no asustaba el peligro. Nada dijo, porque era fuerte. Los hombres, los verdaderos hombres, obran siempre de este modo.

"Volvimos a descender, Dios sabe cómo. Tan largo se me hacía el tiempo, que me parecía no había de concluir jamás.

La nieve caía siempre, el viento no amainaba. El silencio reinaba en nosotros y a nuestro alrededor, en la inmensa soledad de la montaña que es verdaderamente espeluznante, cuando se enemista con nosotros. Así pasaron varias horas. A través de la oscuridad adivinaba sus esfuerzos. Divisamos por fin a gran distancia una lucecita. ¡Era la meta, el refugio, los amigos!”

Esa misma noche, en casa, la madre corrió a su encuentro a la antesala, presurosa como de costumbre por ver de nuevo a su hijo tostado por el aire fuerte y trayendo en sus ojos como un reflejo del esplendor de las nieves. Comprobó sólo un rostro de facciones alargadas, y una voz que no podía disimular el cansancio.

-Sabes, mamá, he perdido mi “ski”, Pero el mesonero de Sestrieres me prometió que iría a buscarlo, cuando la nieve estuviese derretida....

Pasaron algunos segundos.

-Perdí mi reloj....

-¿Qué más? pregunta la madre sonriéndose irónicamente.

Pier Giorgio, avergonzado:

-Pero cuando se derrita la nieve....

-Eso es; ¡allí crecerá una planta!

Hallaron el ski. Adorna hoy día su habitación, como fúnebre testigo de tanta vida y de tanta bulliciosa alegría.

Otra vez, en noviembre de 1924, decidió intentar, en compañía de dos amigos, la ascensión de la Bessanese. Esta ascensión es muy penosa en verano; en invierno, es hasta peligrosa.

Escuchemos a **Pier Giorgio** que, con su “humour” acostumbrado, se complació en recordar para sus amigos las peripecias alternativamente críticas y divertidas de esa larga espera. Le escribe a su camarada aviador: “¡Qué lástima que aquel día te hayan detenido serios compromisos en Livorno. Estoy seguro de que hubieras tenido mucho placer en compartir con nosotros las alegrías y los inconvenientes de un vivaque a 2.500 metros de altura, en pleno mes de Noviembre.

“Habíamos salido con intención de subir a la Bessanese por el camino de Sigismondi. De habérnoslo impedido la nieve,

habríamos seguido la ruta normal, pero llegados a Balme y sorprendidos por la nieve, juzgamos imprudente subir por el camino de Sigismondi. Alquilamos entonces "skis" con el fin de subir al Albarón de Saboya. Debido a eso perdimos dos horas, de suerte que recién a las 14 horas nos encaminábamos hacia el Refugio.

"Como llevábamos bastante carga avanzábamos lentamente. Después de la Planicie de los Muertos, comenzó la penosa subida. La nieve estaba congelada, lo que demoraba nuestro avance, pues no teníamos las manos libres para utilizar nuestros bastones (piolets).

"Llegamos por fin a un punto ubicado a una hora de camino aproximadamente del Refugio. Pero allí el cansancio y nuestra incertidumbre con respecto al estado de la nieve, nos obligaron a detenernos para pernotar. El buen Ceruti se puso a trabajar. Habiendo descubierto una roca cubierta de nieve y dispuesta en forma de techo, cavamos debajo un hueco que comprendía las siguientes habitaciones: un dormitorio para tres, comedor, cocina, saloncito de recibo, espacioso corredor con terraza que daba a un espléndido panorama, y no olvidemos el retrete.

Ese magnífico departamento medía ¡1 metro y cincuenta de largo, 0,50 de ancho y 0,40 de alto!

La calefacción era más bien deficiente: en cambio la ventilación era excelente. En una palabra, todas las prescripciones de la higiene fueron rigurosamente seguidas.

Preparado en esa forma el departamento, nos apresuramos a estrenar la casa. Saboreamos una taza de té que ¡ay! no eran tan azucarado, como los discursos de nuestra Presidenta. Pero, ¿en qué íbamos a ocupar nuestro tiempo? Pues no había que pensar en dormir; el sueño hubiese sido fatal. Pensamos entonces en el club de los "Tipi loschí". No lamentamos con exceso la ausencia de las estudiantes, pues las pobrecitas se hubieran helado. Confieso sin embargo que si hubiese estado el club en pleno, el tiempo, no nos hubiera parecido tan largo. Nuestra Directora de excursiones, gracias a su espíritu de organización, hubiese podido levantar nuestra moral, que estaba sin

embargo a una altura respetable; nuestra Secretaria nos hubiese preparado sin duda una comida exquisita....

“En esa forma, en medio de los banquetes y de los cantos, entre una declamación del Dante y una lección astronomía o de radiotelegrafía, pasamos agradablemente doce horas, a saber desde el Domingo a las 19 horas y 30, hasta el lunes a las 8 horas de la mañana....

“Antes de dejarte, mi querido Marcos, debo decirte que hemos decidido establecer nuestro próximo vivaque en el ventisquero del monte Rose”.

Guardémonos de atribuir únicamente al temperamento feliz de **Pier Giorgio**, y menos aún a cierta vanidad, a ese continuo buen humor y esa aparente impasibilidad frente al peligro. Esas cualidades eran el fruto de su sangre fría, pero sobre todo de su inalterable caridad. Si amaba con tal pasión a la montaña, no era tanto porque ella le ofrecía hermosos riesgos, sino porque le proporcionaba mil ocasiones de hacer más viril y más fuerte una energía que él quería emplear ante todo en el servicio de Dios y en el bien de las almas.

La última excursión que hizo -el 7 de junio de 1925, y que fue su despedida de la montaña, nos hace palpar claramente esta preocupación. Se trataba de ascender a la Lunelle por el lado más escarpado. Esa ascensión le había costado la vida, el año anterior, al estudiante Rovere.

Pier Giorgio llegó a la estación a último momento. A las protestas de sus amigos respondió; “Me levanté tarde. ¡Tuve apenas tiempo de oír misa y de hacer la santa comunión.

La ascensión, que se prosiguió durante largó tiempo, a través de macizos de rododendros en flor, fue de lo más alegre. Llegó luego el momento de escalar la cumbre. Se ataron a la cuerda y comenzaron a ascender. Cuando divisó la cruz erigida en el sitio de la caída mortal de Rovere, les gritó a sus compañeros: “¡Rezaremos por él, allá arriba!” Llegados a la cumbre, los jóvenes admiraron el espléndido panorama, y sacaron una fotografía. Se disponían a descender, cuando **Pier Giorgio** les recordó la promesa: “¿Y el **De Profundis**?

Quiso que lo entonara uno de sus amigos: él y los demás contestaron....

Con ese acto de, caridad dio su último adiós a la montaña.

CAPÍTULO X

AL SERVICIO DE LOS POBRES

El Viejo ciego que, logró pasar entre la muchedumbre, el día de las exequias, de Pier Giorgio a fin de tocar el ataúd y persignarse luego, había interpretado sin sospecharlo, los sentimientos de esa muchedumbre y había rendido al amigo de los pequeños y de los humildes el único homenaje que hubiese admitido aquel día, después del auxilio de las preces litúrgicas de la Iglesia.

Aquellos que, desde ese día, intentan hablar de su caridad para con, los pobres, no pueden dejar de pensar en la perla escondida de que nos habla el Evangelio. En efecto, sólo después de su muerte, se descubrió todo cuanto hiciera. Cual un rayo de luz su obra se manifestó de repente, Cuando dejó de luchar por ellos, los que se beneficiaran de su caridad conocieron verdaderamente su corazón. Se desató entonces su lengua, se contaron y se sorprendieron al verse tan numerosos.

Por lo tanto a ellos sobre todo pediremos que ilustren este capítulo; pero preguntémoslos previamente dónde bebiera, **Pier Giorgio** ese amor. El Evangelio desde luego le había revelado, así como a Ozanam, el sentido profundo de la parábola del buen Samaritano y de las Bienaventuranzas. Escuchemos al Padre Zabelli S.J., bajo cuya dirección hizo, en Santa Croce, su último retiro (Pascua de 1925): “Cuando, al desarrollar la beatitud **Bienaventurados los pobres**, me animé a decir que el pobre no debe ser la víctima de los hombres de negocios, ni el desdi-

chado de quien se aparta con estremecimiento de asco la dama perfumada, sino que es Cristo viviente en medio de nosotros, y al que le debemos la asistencia material y sobre todo el afecto; al recordarles que hallándose por su posición social, al reparo de la pobreza les incumbía una gran responsabilidad ante Dios; cuando les dijo con energía, que si Dios les había repartido las riquezas, era para que ellos fuesen sus limosneros, para que fuesen junto a los pobres, privados sobre todo de las riquezas espirituales, a fin de llevarles Cristo, comprobé que se transfiguraba su rostro y que me miraba con lágrimas en los ojos. Comprendí que con todo el ardor de su alma bebía mis palabras y que, tal vez más que cualquier otro, se me adelantaba, formulando en su corazón resoluciones de apostolado que sólo la muerte le impidió realizar. Me detuve entonces un instante para mirarle, y tuve la sensación de que se desprendía de su rostro una suerte de efluvio que avivaba mi energía: lo admiré, lo amé como, a un hermano, como a un compañero de armas al cual me unía un mismo ideal basado en el sacrificio total de sí, alegremente consentido”.

Después del Evangelio meditado y vivido, las epístolas de San Pablo de las que hiciera su libro de cabecera, le inspiraron el amor para con los pobres. “Vosotros todos que estáis bautizados en Cristo, había leído a menudo, estáis revestidos de Cristo. Ya no hay Judío ni Griego; ya no hay esclavo ni hombre libre, pues no sois sino uno en Cristo Jesús”. (Gal., 3,28).

Hacer crecer el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, llegar a sus miembros más desamparados para aliviar sus miserias físicas y morales y reanimarlos al soplo del Espíritu vivificador, tal es el sentido que **Pier Giorgio** daba a esas palabras. Le inspiraron, lo recordamos la elección de su profesión; dirigieron su actividad durante los años que Dios le dio para prepararse a ella.

Siguiendo el ejemplo de los jóvenes católicos de su país, había tenido la esperanza de realizar su ideal, ingresando al Partido Popular italiano, cuyo fin político era compenetrar la legislación de los principios de la doctrina social de la Iglesia y de ese modo, remediar, en la medida que lo permiten las insti-

tuciones humanas, los males que León XIII estigmatizara con el nombre de "misericordia inmerecida".

Pero la derrota de ese partido, derrota que ocurrió poco tiempo después del advenimiento del fascismo, a pesar de herir su corazón, no logró apagar su caridad. Ya en el curso del año 1918, se había inscrito en la Conferencia de San Vicente de Paúl en casa de los Padres en 1923, pasó a la del Círculo Universitario "Cesare Balbo".

Las Conferencias de San Vicente de Paúl constituyen para los jóvenes que se consagran a ellas, una amistad, "amistad verdadera, según ya decía Ozanam, cuyo principio es la caridad que se apaga por falta de alimento, y cuyo alimento son las buenas obras". Estas Conferencias habían de ser para **Pier Giorgio** un excelente medio de tomar contacto permanente con el padecimiento de esas clases laboriosas cuya suerte él se había propuesto firmemente mejorar un día en todo lo que pudiera.

Era evidente, por otra parte, que no pondría límite alguno a su acción y que seguiría las sugerencias, vinieran de donde viniesen las que no dejarían de orientarlo hacia un más amplio apostolado.

Ya en vida de Ozanam, las Conferencias Vicentinas se habían multiplicado en Italia. Génova, Florencia, Livorno habían tenido la dicha de acoger en su seno, al mismo Fundador de las Conferencias. Turín, gracias a la iniciativa y al impulso de Don Bosco, y de Silvio Pellico, fue una de las primeras ciudades en adoptarlas.

Será principalmente en la Conferencia del círculo "Cesare Balbo" donde estudiaremos la actividad, de Pier Giorgio, actividad que cae de su peso, iba a la par con la, preocupación de sus estudios, a los que consideró siempre como su principal deber de estado.

El 15 de abril de 1925, escribe: "Días pasados, al hojear el calendario, hice una terrible comprobación: vi que me había llegado la hora de intensificar mis estudios. Resolví pues, tan pronto llegue a Turín, estaré muerto para todo, menos para las Conferencias de San Vicente de Paúl".

Ozanam, que también repartiera toda su actividad "entre los trabajos intelectuales y las conferencias, hubiese recono-

cido en esa frase el grito, de un corazón susceptible de latir al unísono con el suyo y de enfervorizarse a su contacto. ¡Con qué amor hubiese estrechado sobre su corazón en un fraternal abrazo, a aquel joven discípulo capacitado como él para preferir la magnífica bendición de los pobres, a las vanas adulaciones serviles del mundo!

Pidámosle al ingeniero Bilotti, que durante cuatro años fuera presidente de la Conferencia de la que formaba parte **Pier Giorgio**, nos diga lo que opina del nuevo socio: “**Pier Giorgio** se manifestó al instante un excelente cofrade, generoso en sus limosnas en dinero y de igual modo en el empleo de su tiempo.... Si acontecía que faltaban cofrades para, las visitas, él se brindaba al instante para sustituirlos. Visitaba de ese modo no a una sino, a cuatro o cinco familias. En 1925, a pesar de su trabajo, recargado aún con la preparación para los exámenes para obtener su diploma de ingeniero, abogó a favor de una familia ante la Comisión arbitral de la vivienda y recolectó ofrendas para la organización de una velada artística a beneficio de los pobres. Cada año, en la víspera de Navidad, se daba el lujo de hacer visitas suplementarias a ciertos hogares más particularmente desamparados. De ese modo en la Navidad de 1924 y 1925, ocho familias gozaron de su caridad....

“Era de los más asiduos a las reuniones y estoy seguro de no equivocarme al decir que, a fin de ser puntual a ella, abreviaba a menudo sus comidas. Interpretaba el reglamento de nuestra Conferencia con amplitud y actualidad de miras. Obraba sin embargo con gran prudencia en sus relaciones con los pobres y con gran discreción en las conversaciones que luego versaban sobre las visitas. Cierta noche aludieron, en su presencia, a ciertas particularidades muy íntimas con respecto a una familia. Viendo que insistían más de lo conveniente, fue el primero en desviar la conversación a otro terreno.

“Desde hacía varios meses, el vicepresidente no podía concurrir asiduamente a las Conferencias. Por unanimidad, los cofrades designaron a **Pier Giorgio**, para sustituirlo interinamente. No podían hacer más acertada elección. Varias veces substituyó también, y con mucho acierto, al presidente”.

“Sabía, dice un cofrade, tomar el camino de los corazones para llegar al alma de los desdichados más especialmente probados por el sufrimiento y a veces víctimas de “irritantes injusticias sociales”. Y otro dice: “En la casa de ciertas familias no hemos podido hablar de las cuestiones religiosas, sino luego de haber sugerido que oraran por **Pier Giorgio** o le invocaran. Muchos de sus actos de caridad seguirán siendo ignorados, gracias al cuidado que se tomó de disimularlos bajo el anónimo de la Conferencia. Hemos de agradecer mucho a los pobres y a sus compañeros de visitas lo poco que conocemos”.

Uno de sus amigos de Roma, haciendo resaltar ese mismo cuidado de la humildad que encubría toda su acción, asegura a su vez que sólo tuvo un conocimiento indirecto de su abnegación en provecho de las clases trabajadoras. Jamás hablaba de ello.

Después de su muerte, sus cofrades obligados a decir lo que habían comprobado, se resolvieron a manifestarlo, muchos de ellos a disgusto por temor de no poder decirlo todo o de expresar mal sus impresiones. La mayor parte prefirió relatar, no sin emoción, lo que habían visto. No lo lamentemos. ¿No es a través de la trama de los relatos evangélicos, que mejor sentimos latir el corazón del Maestro?... Guiado por sus compañeros mirémosle obrar.

“En la tarde de un viernes le acompañaba en una visita a los pobres de la parroquia de Nuestra Señora de la Paz, una de las más desheredadas de Turín. Llovía algo y nos habíamos acurrucado en un rincón de un tranvía atestado de gente. “¿Qué tienes allí dentro?” le pregunté señalando el bolsillo de su gabán, tan hinchado que deslucía, la elegancia de su traje. Se echó, a reír, y luego, hundiendo la mano en el bolsillo, me mostró a escondidas, la punta de una galocha, reluciente en su envoltura de hojalata dorada. “Sabes que el hijo de la T. arde en ganas de ir al patronato de San Francisco de Sales y que su madre no se anima a mandarlo allí, porque no tiene calzado!” Nada agregué. Cuando llegamos a la casa la madre estaba ausente y el niño mecía cariñosamente a su hermanito. Al divisar las magníficas galocha el niño abrió desmesuradamente los ojos agradecidos y ni siquiera supo dar las gracias. **Pier Giorgio**

comprendió y con tono paternal: “¡Ahora que tienes galochas, le dijo, irás todos los domingos, mañana, y tarde al patronato. Ya di tu nombre. Te conocen y te quieren bien”. Luego, nos retiramos después de haberle dejado saludos para su mamá y de haber puesto sobre la mesa bonos de pan y de leche”.

Qué delicadeza también, en estas sencillas líneas que aluden a cierta visita a un hogar prolífico por el cual se interesaba. “Llegamos: la madre estaba en cama, el padre en su trabajo y los niños jugaban ruidosamente en la habitación inmediata. **Pier Giorgio** se acercó a los niños y luego de haberlos acariciado, les dijo en piamontés: “Mamá está enferma, sed juiciosos y tratad de no armar demasiado ruido”.

Un pobre ciego de guerra, que tenía cinco hijos a quienes mantener, era protegido por los cofrades que habían logrado hacerle dar una pensión. Debía cambiar de vivienda mas no tenía los recursos suficientes para pagar los gastos de la mudanza. Ayudado por sus cofrades, **Pier Giorgio** quiso encargarse de ella. Pidieron, prestado un carrito de mano, cargaron todas las ropas y cruzaron toda la ciudad desde la calle del Po hasta los alrededores del arrabal de San Pablo; un cofrade se había enganchado a las varas, **Pier Giorgio** con una mano empujaba el carrito y con la otra arrastraba la recua de los chiquillos alegres al ver el extraño tiro.

En el acta dé la Conferencia; que relata este incidente, se lee simplemente que se buscó una vivienda para un pobre y que la mudanza se efectuó mediante los buenos servicios de los cofrades.

La misma preocupación de la modestia no preservó de cierta notoriedad el siguiente, hecho: un padre de familia, que padecía de una enfermedad de corazón, se hallaba imposibilitado de sufragar con su trabajo los gastos de su sustento y del de sus hijos. Se discutió su caso. **Pier Giorgio** reflexionó y dijo: “Si se pudiese proporcionarle un medio no muy cansador de ganarse la vida.... ¡quién sabe, si se le hiciera vendedor de sorbetes!...” A pesar de ser singular, la idea no dejó de parecer excelente; se adhirieron a ella, pero ¿dónde hallar las 500 liras que habían de anticipar para la compra del material. . .? No sólo estaba vacía la caja de la Conferencia, sino que adeudaba 250 li-

ras! Aunque seductora la propuesta fue rechazada. **Pier Giorgio** la sostuvo por lo contrario con energía. Viendo que el grupo persistía en su negativa, conversó aparte con el tesorero y le rogó tuviera a bien anunciar una ofrenda anónima de 500 liras. Dicho y hecho; los cofrades aprobaron la compra del material.

Decidieron, y **Pier Giorgio** el primero, que el pobre abonaría su deuda a medida que tuviera dinero disponible, y se separaron.

El tesorero que relata el hecho dice que, después de la reunión, le preguntó a **Pier Giorgio** si pensaba recuperar alguna vez esa suma. –“No, respondió simplemente, pero era bueno obrar, así para sugerirle, y si fuese necesario, imponerle, a ese desdichado la idea del ahorro; si no recupero ese dinero, será para su familia. Debemos obrar así: es muy bello dar, pero es aún más bello proporcionarles trabajo a los pobres, y enseñarles a ahorrar”.

Acabamos de aludir al estado de la caja. Casi siempre estaba vacía y eso cuando no estaba endeudada. Algunos cofrades impresionables se alarmaban y proponían sin discusión restringir la entrega de los bonos de pan. **Pier Giorgio** recordando el **date et dabitur vobis** del Evangelio, protestaba enérgicamente. No hace falta decir que él mismo cargaba casi siempre con el déficit.

Y sin embargo su cartera no estaba habitualmente forrada de billetes; a menudo -y con razón- quedaba reducido a tener que pedir prestado, por no tener en el bolsillo ni siquiera con qué pagar un boleto de tranvía. Diferentemente de otros estudiantes, no recibía de sus padres mensualidad alguna, contentándose con pedirle cada vez a su madre el dinero que necesitaba. Muy a menudo, por otra parte, rehusaba algún ofrecimiento, juzgándolo demasiado elevado. Si habiendo pedido 100 liras le ofrecían 200, protestaba con un alegre: “¡eso basta!” Y daba una voltereta. Únicamente en raras circunstancias, por ejemplo, para ayudar a estudiantes pobres, le ocurrió pedir sumas más importantes.

¿No fue nunca sorprendida su buena fe? Sí, y lo contrario sería extraño. De ese modo perdió cierto día 400 liras, debido a no haberse informado suficientemente acerca de la hono-

rabilidad de una pordiosera que logró hábilmente que se compadeciera de su suerte. Y es así que no recuperó jamás una suma bastante fuerte prestada a un estudiante que la necesitaba, según decía, para terminar sus estudios. Habiéndose encontrado al poco tiempo con ese estudiante, que iba muy bien vestido y en alegre compañía, se contentó con decirle riéndose a un amigo: “¡Mira, allí van de paseo mis mil liras!” Incorregible, con la misma feliz sonrisa, continuó haciendo la dicha de otros.

La mayoría de las veces esas larguezas las hacía a costa de su propio bienestar y de legítimas satisfacciones que hubiera podido proporcionarse honestamente. Pues este joven tan sensible para con la miseria ajena y tan activo para aprovechar las ocasiones de dar su dinero y su trabajo, era también un mortificado.

Si estaba en la montaría, dormía en él refugio y se alimentaba con las provisiones que llevaba para la excursión, cuando que con el dinero que le entregaran hubiese podido “tomar pensión en el Gran Hotel de Saint Moritz”, como se lo hacía notar su madre con indulgente sonrisa. Está demás decir que el dinero ahorrado en esta forma estaba destinado a acrecentar su arqueta personal para los pobres.

Haciendo sus cuentas al regreso de un viaje que acababa de realizar a Praga y a Viena, ¡comprobó qué tenía sólo una lira en el bolsillo! Como su madre le manifestara su sorpresa, nada dijo en ese momento; pero más tarde, se olvidó y narró que había hecho un maravilloso descubrimiento, a saber que en viaje uno puede muy bien contentarse con una sola comida diaria, o sea un tazón de café con leche, ya muy entrada la mañana. En otra circunstancia, habló con tanto calor de la miseria de los estudiantes vieneses, que su madre concluyó entendiéndolo como, de hecho, uno muy bien puede contentarse en un viaje con una sola comida, libre de regresar ¡con una sola lira en el bolsillo!

Un hecho sencillo nos mostrará que no menospreciaba por lo demás la mortificación en las pequeñas cosas. Dejemos hablar al estudiante que le acompañaba aquel día: “Estábamos juntos y la conversación versaba sobre las Conferencias. Pronto llegamos frente al escaparate de un estanco. **Pier Giorgio** entró

y compró un cigarro toscano, su cigarro preferido. Cortó una mitad que llevó a sus labios y seguimos conversando. Ahora bien, recuerdo que no encendió el cigarro: lo vi pasar a su mano, luego a su bolsillo. ¿Por qué no lo había fumado? ¿Se había dejado absorber por la conversación? Más bien creo que la evocación de la dolorosa miseria de los pobres fue el verdadero motivo de ello; le hubiese parecido una falta de delicadeza, en ese momento, el procurarse a sí mismo ese placer. Le hablé entonces de una pobre mujer que había donado a la Conferencia un pantalón de su finado esposo. Reflexionó y concluyó: “¡Oh, cómo la recompensara el buen Dios un día!” Se manifestó también muy conmovido por el rasgo de Ozanam que Don Cojazzi le había referido recientemente, a saber que Ozanam, luego de su comunión pascual, juzgó que el mejor modo de devolverlo a Jesús su visita, era ir a visitar a un pobre”.

Su asiduo trato con los pobres lo había enriquecido con un tesoro de observaciones que con toda sencillez hacía aprovechar a sus amigos. Deseoso de dar mayor irradiación a su experiencia, Don Cojazzi le pidió redactara, valiéndose de sus recuerdos, un artículo para la “Revista de los Jóvenes”.⁹

-¡Pero bien sabéis que no sé escribir!, dijo **Pier Giorgio**, riéndose a carcajadas.

-No te ocupes del estilo, contestó el salesiano, di solamente tu amor a los pobres, transcribe tus observaciones, con-signa el resultado de tu experiencia. En cuanto a la forma, yo me encargaré de ello. Lo arreglaré todo como lo hacía en otro tiempo con tus composiciones literarias.

Se dejó convencer y prometió remitir la copia. ¡Ay! sólo después de su muerte, se halló en sus papeles un borrador, en el cual, luego de haberse esforzado en decir todo el bien que los jóvenes podrían aprovechar al frecuentar las Conferencias, concluyó con estas palabras: “Hago votos para que todos los miembros de la F.U.C.I. se inscriban, cuanto antes, en las Conferencias de San Vicente de Paúl”.¹⁰

⁹ *Rivista dei Giovani* de Turín. Director, Don Cojazzi

¹⁰ Ese anhelo era en realidad una profecía. Más que nunca hoy día en que, en el terreno exclusivamente religioso se organiza la Acción

El que prefería la acción a los discursos no había esperado aquel momento para reclutar miembros y lanzarlos a la acción. ¿Qué medios empleó? Les había mostrado en primer lugar el ejemplo de su vida consagrada a los pobres y también había dejado sencillamente que hablara su corazón ante ellos. “En el curso de animadas discusiones provocadas a menudo por su celo ardiente, hace notar un amigo, su parecer expuesto en forma modesta, prevalecía al fin.... Recordando sus conversaciones en las que su alma se manifestaba, por decirlo así, al desnudo, no puedo sino concluir: **Pier Giorgio** tenía un secreto propio para ganar los corazones: no consistía en la abundancia de las limosnas, -la mayoría las ignoraban- no consistía tampoco en los recursos de su elocuencia; era más bien el resultado de la verdadera caridad que concluye siempre por imponerse”.

Por cierto, sus diligencias no eran todas de igual modo coronadas por el éxito. Aún en la edad del entusiasmo ¡tantas pequeñas pasiones cierran el camino del deber! Pero sus palabras conmovían ciertas fibras del corazón para arrojar en él la agitación, preludio de las generosas resoluciones y de las heroicas decisiones. Por lo tanto el fracaso momentáneo no lo desanimaba. Con paciencia y en la oración esperaba la hora de la Providencia, seguro de que esa hora llegaría al fin. Un amigo confesó la forma glacial con que acogió cierto día las instancias de **Pier Giorgio** y notó al mismo tiempo su caridad que sabía ser discreta y condescendiente con la flaqueza. “El trató de convencerme y de decidirme a hacerme inscribir. Como yo promoviera dificultades y le participara que me repugnaba franquear el umbral desaseado y malsano de las covachas, él me dijo que visitar a los pobres era visitar a Jesucristo, y luego a fin de no humillarme demasiado por mi carencia de espíritu de sacrificio, agregó que no había que apresurarse demasiado en ver heroísmo en el hecho de a visitar a los pobres. Comprobando mi repugna no creyó deber insistir más; hablamos de otras cosas y nos separamos buenos amigos”.

Católica, los jóvenes, estimulados por el ejemplo de *Pier Giorgio*, afluyen a las Conferencias.

Preguntemos ahora a las personas que vivieron en la intimidad con él. “Durante los meses de veraneo, narra una criada, concurría a casa de la familia de Frassati para hacer ciertos trabajos manuales. Tuve entonces ocasión de sorprender al joven Frassati en el ejercicio de la caridad. Tenía muchos pobres en quienes pensaba de continuo. Conocía a algunos por medio de las Conferencias de San Vicente de Paúl, pero él mismo descubría a otros, y a eso le llamaba “hacer conquistas”.

“Un viernes -era su día de visita- uno de sus íntimos amigos, antiguo compañero de estudios y miembro de las Conferencias, llegó de Milán. No se veían desde hacía mucho tiempo. **Pier Giorgio** lo recibió, lo agasajó y luego de las primeras efusiones, le rogó lo siguiera a fin de visitar a sus “nuevas conquistas”. La invitación fue aceptada, y radiante de alegría y con los brazos cargados de provisiones se fue con el amigo, de una a otra bohardilla hasta los más apartados rincones de la ciudad y regresó recién a las dos de la tarde.

“Un día me encargó que comprara un par de zuecos que él mismo fue a llevar a un muchacho que, por falta de calzado, no podía concurrir a su trabajo. Otra vez fue un par de zapatos para un protegido algo pillo que se había escapado de su casa y al que había que llevar de nuevo a ella de buenas maneras. Dos días por semana era un continuo vaivén de pobres que venían a verlo; a menudo, a fin de no distraerle de sus estudios, yo los despedía; pero habiéndose enterado me lo reprochó y me expreso terminante voluntad de recibir en lo sucesivo a todos los que se presentaran. Jamás despidió a uno sólo con las manos vacías; cuando ya nada tenía que darles, pedía dinero prestado.

“En el curso del mes de Diciembre de 1924, le hablé de un pobre físico que se moría lentamente en tan espantoso estado de miseria que los suyos ya no podían alimentarlo más y pensaban en deshacerse de él. Movidamente a piedad, **Pier Giorgio** fue al hospital. ¡Ay! se enteró de que 90 pobres esperaban ser admitidos. No se desanimó, fue a la alcaldía, se ocupó de conseguir recomendaciones y se arregló de tal modo que en el término de cuarenta y ocho horas consiguió una cama para su enfermo”.

Su obstinación en permanecer en Turín en pleno verano, durante el período de los calores abrumadores, era motivada en apariencia por la urgencia de sus trabajos para los cursos, pero mucho más por la preocupación de reemplazar en el servicio de los pobres, a sus camaradas ausentes. Por eso ¡con qué cera alegría se enteraba de que alguno de ellos, una u otra causa, no había podido proporcionarse ocios en el campo! “¡Bueno! exclamaba, ¡está bien!” -¡Cómo! ¿te alegras de esto?... no; únicamente que en esta época se van todos nadie cuida de los pobres....”

Observémoslo aún discutiendo con los sirvientes: a la doncella, le recomienda que aparte algunas ropas; de otro modo se verá obligado a dar las suyas. Si le presenta ropas muy gastadas, él se enoja: “!Pero no, es menester que estén en buen uso; no conviene dar andrajos a los pobres!”

Hacia el ocaso de su vida, sorprende un día a su hermana ocupada con la doncella en cortar en una vieja colcha de lana, pedazos que habían de utilizarse para el planchado: “¿Por qué echar a perder así esta colcha? Hubiera podido servir todavía para resguardar del frío a un niño”. No podía soportar que se desperdiciara el pan. Una excursionista, que recuerda haberle visto recoger con cuidado un pedazo de pan que quedara sobre la hierba después de una comida en el campo, escribe luego: “Hallé en ese gesto, mucho más que la simple expresión del clásico buen sentido piomontés, un verdadero significado religioso: el mismo que inspiraba su asombrosa caridad. Un filántropo guiado por un motivo de ambición o por la simple bondad natural hubiese vacilado en recoger ese pedazo de pan, él por lo contrario, lo consideraba como consagrado por la oración del **Pater**, por el trabajo humano y por el pesar de ¡tantos hombres que lo quisieran y que no lo tienen en suficiente cantidad!”

Conociendo su pasión por los pobres, una joven estudiante le ofreció un día enviarle a su casa un atado de ropa. “¡Como no!, exclamó, ¡dádmelo pues! Luego habiendo tomado bajo su brazo el voluminoso atado, dijo riéndose de felicidad: “¡Ah, cuánto quisiera tener que llevar a menudo, atados como éste!”

Solía a menudo reunir a la servidumbre para preparar paquetes de provisiones: tan pronto arroz, tan pronto fideos. Poco al corriente de la cantidad que había de dar, no temía preguntar: “¿Cuántos kilos se necesitan para una familia de tres, de siete, de nueve personas?....”

Los sorprendieron ocupados con el **chauffeur** en despedir la biblioteca de los libros inútiles y aún de los periódicos a fin de convertirlos en dinero sonante para sus pobres. ¡Cierta día su madre lo vio llegar muy contento llevando en sus manos un pequeño ajuar para recién nacido que fuera a solicitar de puerta en puerta! “¡qué lindo! dijo, y luego desplegando los pañales: “¿Para qué sirve esto? ¿no será demasiado liviana esta colcha?....” Manifestó mayor alegría en ese momento que cuando su padre quiso ofrecerle un automóvil, para cuando terminara sus estudios.

¡Tal era **Pier Giorgio**! Bello, joven, rico, adulado, hubiera podido lograr fáciles éxitos en los círculos de moda. Prefirió ser aquel que las gentes sencillas señalaban, diciéndose cuando cruzaba el arrabal Monterosa: “¡Es el joven Frassati que va a visitar a sus pobres!” En verdad, él pensaba, como antaño Vicente de Paúl, que “esos pobres de Jesucristo son nuestros señores y nuestros amos y que no merecemos prestarles nuestros pequeños servicios”.

Ese cuidado de honrar, aliviándolos, a los miembros de Cristo, le acompañaba por doquier. En el curso de su estada durante algunos meses en Berlín, pronto lo advirtió el portero de la Embajada. Asombrado primero al verle rehusar el desayuno, antes de su primera salida diaria para asistir a misa y comulgar, sorprendiese aún más cuando fue rogado, así como su mujer, para que le preparara ataditos para sus enfermos o para sus pobres. Los pedidos se hacían tan frecuentes que el buen criado chanceaba gentilmente: “¡Sí, sí, tres o cuatro panecillos para el Señorito!....” Pero él rectificaba alegremente: ¡“No, no, nada de panecillos, sino panes grandes, y muchos, para mis pobres que tienen mucha hambre.... y luego, agregad dos botellas de buen vino!”

Su reputación de joven caritativo había franqueado el umbral de la embajada y se había difundido poco a poco por

todas partes. A su muerte, el doctor Sonnenschein escribía en un periódico católico de Berlín: "Recuerdo que era un ferviente católico, que era un joven de costumbres muy puras. Muchas veces, nos acompañó a casa de los pobres y a los hospitales.... ¡que su alma se cierna sobre nuestras obras sociales y caritativas de Berlín, que fueran sus predilectas!" El escritor Auer, de Friburgo escribía por su parte: "Recuerdo su asombro al hallar en mi casa numerosas obras italianas acerca de la caridad obras con las cuales se familiarizó por sus frecuentes lecturas. ¡Con qué alegría reconoció en él a un verdadero discípulo de Ozanam, cuya vida escribiera yo mismo!"

En una carta dirigida en el curso del año 1929, al presidente general de la sociedad de las Conferencias, S.S. Pío XI lo felicitaba por llevar a los pobres alegrías espirituales que las diversas pruebas de la existencia hacen apreciar más y que producen por ese medio frutos más eficaces de salvación". Era subrayar y sancionar la misión espiritual de las Conferencias. **Pier Giorgio** conocía y quería esa misión. Fue junto a los pobres y agreguemos también junto a los cofrades, un ardiente mensajero de esa alegría espiritual que gana los corazones antes de encaminarlos hacia la gracia. Se cita el caso de un pobre neurasténico que pensaba suicidarse. Fue a verlo. Le entregó primero cierta suma de dinero; pero ¡para qué le sirve el dinero a quien quiere poner fin a su existencia! Agotados todos los medios, con su buena y franca risa le puso la mano sobre la espalda y supo hallar las palabras que animan y devuelven el gusto de vivir.

Temiendo que un joven de Pollone llegase pronto a dejar la asistencia a la misa, lo que hubiese sido un ejemplo enojoso para los que le rodeaban, esperó la ocasión de prestarle un servicio. Esta ocasión se presentó: habiendo sabido que este joven era aficionado a la mecánica, le remitió un manual de "chauffeur" y, en la carta que acompañaba al envío, deslizó este breve consejo: "Te recomiendo que asistas a misa todos los domingos".

Tendremos ocasión de volver a referir más adelante el bien que hizo a sus cofrades. Contentémonos por ahora con presentar de nuevo el testimonio de, una joven cuyo abatimiento moral reanimó: "Tuve ocasión de conocerle más íntimamente

en el curso de una visita a la casa de salud de Collegno. Jamás había tenido ante mis ojos el espectáculo de miserias mayores; me impresionó a tal punto que me sublevé contra la injusticia del dolor. Por algunas de mis reflexiones, él debió comprender que yo misma necesitaba ser reanimada; me habló en términos elevados del sufrimiento. Siempre le agradeceré todo el bien que me hizo en aquel momento. Yo no veía sino el pesar de los hombres; él pensaba en las alegrías indecibles que serán en el más allá la recompensa de aquellos desdichados”.

“La caridad es paciente, es buena.... no se hincha de orgullo, no busca su interés, se regocija en la verdad.... De este modo habla San Pablo en ese pasaje de la primera epístola a los Corintios, que **Pier Giorgio** había copiado de su mano y colocado al alcance de su vista sobre su mesa de trabajo, a fin de llevar su perfume en sus visitas a los pobres. Lo que en ese pasaje le seducía era el anonadamiento, el total olvido de sí mismo del que el Apóstol hace la característica de la verdadera caridad.

A aquellos que él colmaba de liberalidades, les pedía la limosna, no del afecto, que es algo superfluo, sino de la oración, de muchas oraciones. Ese maravilloso intercambio era también un acto de caridad y de apostolado y no el menos eficaz.

Era humilde en las múltiples diligencias que se imponía ante las personas cuyo concurso se trataba de solicitar de continuo para el éxito de sus obras: conciertos a beneficio de los pobres, loterías, kermeses, ventas, etc. Se le veía entonces, durante días enteros, recolectar de puerta en puerta, insistiendo y sonriendo, sufriendo afrentas, sin devolverlas jamás, y por el contrario gozando de la alegría de otra semejanza con el divino Maestro.

Cierto día, sólo tres personas consintieron en recibirle, y eso, haciéndole hacer antesala largo tiempo, haciéndole pasar finalmente por la escalera de la servidumbre. ¡Otro día los tomaron, a él y a sus compañeros por verdaderos indigentes a quienes hicieron dar dos liras! El compañero no cesó de echará pestes; en cuanto a **Pier Giorgio**, agradeció con efusión y recibió sin comentarios, el irrisorio óbolo.

Sin embargo estas visitas le resultaban penosas. Un día, luego de haber conseguido que el Padre Stradelli S.J., le hiciera arreglar una sala para un concierto de beneficencia, se le ocurrió ir de nuevo al Padre para suplicarle le tomara algunas entradas. El Padre aprovechó la circunstancia para hacerle notar, con mucha discreción por otra parte, que hubiera podido librarse de esa tarea, entregando en sola vez el importe de la suscripción. **Pier Giorgio** trató entonces, luego de algunas vacilaciones, de hacer comprender al Padre que, en efecto, esas visitas le resultaban penosas y que precisamente, por eso se obligaba a hacerlas. El Padre vio entonces que entre una generosa limosna de cien liras y cien limosnas de una lira, **Pier Giorgio** no hubiera vacilado; tal era su alegría al ver multiplicarse a su alrededor y en sí mismo los actos de caridad y de humildad.

¡Cuántas veces envidió la suerte de las damas de la Conferencia, quienes podían barrer las habitaciones, arreglar las camas, vestir, a los niños y preparar las comidas de los enfermos! Su caridad, su humildad y, digámoslo también, su buen humor, hubiesen sacado provecho de esos humildes servicios. No por ser menos ocultas o más demostrativas, eran menos eficaces su caridad y su humildad. ¿No se le vio acaso, estando de viaje, al regreso del Congreso, de la juventud Católica en Novara, hacer una colecta de compartimiento en compartimiento, a beneficio, del personal del tren en el que viajaban, a cuyo personal sabía católico? Extravagancia de estudiante, pensaron tal vez algunos. Otros opinaron de modo diferente y aprovecharon la lección que se desprendía de ese hecho de poca importancia; tal ese abogado que escribirá más tarde: "Este hecho me impresionó: ¡el hijo de un embajador estrechando la ennegrecida y torpe mano de un obrero desconocidos! En este apretón de mano, vi la solución de la cuestión social mediante el amor inspirado por el Evangelio"

Visión exacta, pues es preciso llegar a eso, cuando se examina el por qué de la asombrosa caridad de **Pier Giorgio**. Como otros, se había conmovido dolorosamente al comprobar que un inmenso abismo separaba en clases antagónicas a los hombres, nacidos sin embargo de un mismo Padre, y también como ellos se había preguntado a menudo a sí mismo cómo re-

llenaría ese abismo. Sin pretender borrar de una plumada la envidia en unos y el orgullo de casta en los otros, anhelaba ardentemente consagrarse al advenimiento de un orden social fundado en mayor justicia y en mayor caridad, orden que suavizara el conflicto y apaciguara los odios.

Por ese motivo, junto con su tiempo y su trabajo, hubiere querido poder dar también su fortuna. Sus amigos dan testimonio de ello: Discutiendo un día con ellos acerca de ciertos contratos de trabajo en las tierras, se atrevió a sostener que la tierra pertenece a los que la trabajan y que debería serles devuelta. “Más tú, le redarguyó alguien, posees tierras; ¿estarías dispuesto a darlas?” Miró fijamente al cofrade que había querido ponerlo entre la espada y la pared y le respondió: “Mías no son, mas sí me pertenecieran, por cierto las daría, y al instante”.

Aquellos que le oyeron, en ese momento, no quisieron inferirle el agravio de creer que era víctima de una generosa ilusión; le conocían y comprobaron en silencio que acababa de manifestarles lo íntimo de su pensamiento.

Dios no le pidió como al joven rico de quien habla el Evangelio que me desposeyera de sus bienes; le pidió más, su misma vida y cuando, obediente y humilde, se la entregó, fue con un último pensamiento para sus pobres.

Era el viernes 3 de Julio de 1925, día que dedicaba a las visitas a sus pobres y víspera de su muerte. En un último ímpetu de caridad, de esa caridad que alcanzaría en breve su perfección en el cielo, tuvo suficiente fuerza para escribir a uno de sus cofrades el siguiente billete cuyo gráfico irregular revela el supremo esfuerzo de una mano desfalleciente:

Acá va la nota del remedio de página 222 del libro

“Eccó le iniezioni di Converso, la polizza e di Sapa. L'ó dimenticata, rinnovala a mio conto”.

“Estas son las inyecciones para Converso. La boleta es de Sappa. La olvidé; renovadla por cuenta mía”

La misma tarde, en la Conferencia, alguien preguntó: **¿Quién hizo las visitas de Pier Giorgio?”**

El que había recibido el billete, se lo entregó al cofrade,
pero no tuvo valor de agregar una palabra.
Todos enmudecieron de estupor.

CAPÍTULO XI

EL PODER DEL EJEMPLO

Se dijo acerca de **Pier Giorgio** que, sin quererlo había realizado la palabra del Evangelio: "Vean los hombres vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos". (Mat., V, 16).

Sin quererlo, es decir a la manera de los santos que vivieron, bajo la mirada de Dios sin preocuparse del juicio favorable de los hombres. Fue también su modo y si acaso una nube perturbó la perfecta serenidad de su alma, fue el verse descubierto, alabado por un bien que hiciera o por una simple palabra que, a pesar de la carcajada con que él tratara de ocultarla, revelaba su alma y el esplendor de todo un mundo interior.

Táctica engañosa la de los hombres de Dios que se esfuerzan en ocultar la gracia. A pesar de su humildad, la gracia resplandece para alabanza del Espíritu Santo y para gloria del Padre que está en los cielos.

Al ser preguntados sus amigos respecto al secreto de la influencia de **Pier Giorgio**, se muestran muy embarazados: "No tengo gran cosa que decir escribe uno de ellos, pero el solo hecho de no tener casi nada que decir del que estuvo tan íntimamente mezclado en nuestra vida de estudiantes, del amigo muy querido cuya maravillosa obra de caridad y de apostolado se manifestó repentinamente después de su santa muerte, es sin duda la cosa más grande que se puede decir de él".

Otros, queriendo traducir sus impresiones, hablan de “la fascinación que ejercía su rostro”, “de la caridad que brotaba de él y que se proyectaba sobre las almas”, o también “de la simple mención de su nombre, de su recuerdo siempre vinculado a pensamientos elevados”, de alguna palabra brotada de sus labios y que bastaba por sí sola, para traer de nuevo la paz, la serenidad, la alegría y los pensamientos puros....

A pesar de la timidez, de la inhabilidad o de la impotencia de los amigos de **Pier Giorgio**, queremos sacar únicamente de los testimonios que ellos nos dejaron, el tema de este capítulo; trataremos luego, tímidamente también nosotros, de extraer las conclusiones de -esos testimonios.

“**Pier Giorgio** contribuyó poderosamente, escribe uno de ellos, a sacarme de la estrechez moral y de la vida burguesa en que yo vegetaba. Cuando me encontré con él por primera vez me adherí a las verdades de la religión, pero juzgaba, no sin irritarme, que los católicos estaban condenados a vivir recogidos interiormente en sí mismos y en cierto modo al margen de la vida moderna.”

“Para comprender el bien que me hizo su ejemplo, es necesario trasladarse al año 1921. Yo trataba de descubrir el sentido de la vida; la cuestión que me planteaba acerca de la finalidad de mi existencia y acerca del rumbo a imprimirle, dejaba indiferentes a la mayoría de mis compañeros. Un día, yo había oído a un joven católico exclamar desde lo alto de la galería de un pequeño teatro: “Queremos saber, de dónde venimos y adónde vamos”. Me pareció que estas palabras traducían la expresión exacta nuestra crisis de alma, y mi turbación aumentó; pero luego cuando me di cuenta de que **Pier Giorgio** estaba firme en la realidad, que no discutía, que no era presa de los sofismas ni víctima de crisis imaginarias, sino que por lo contrario caminaba siempre derecho hacia un fin definido, en una palabra que él vivía verdaderamente, comprendí entonces que él sabía de donde venía y adonde iba. No era poca cosa.

“Me rodeaba una multitud de irresolutos y” él no experimentaba indecisión alguna; un enjambre de desorientados y él seguía una ruta precisa; una legión de desengañados y él era

perfectamente feliz, y una turba de egoístas y él se destacaba por la nobleza y grandeza de sus sentimientos.

“Rebosando de salud y alegría, de ternura y encanto, **Pier Giorgio** trabajaba en el mismo centro de la vida moderna; hijo de un político, propietario y director de un diario liberal, no sólo no experimentaba influencia alguna por esto, sino que estimulado por la sola caridad, se aplicaba a realizar su programa absolutamente penetrado de ideas cristianas. La singularidad de esa situación me interesaba prodigiosamente a mí que leía ocho o diez periódicos diariamente y seguía con pasión las fluctuaciones de la política. En una palabra, en esa época de doblegamiento moral en que yo, amartelado por la retórica de d'Annunzio y en lucha contra los futuristas, iba a arrojarme a una existencia de estériles recriminaciones, acababa de descubrir a un joven que personificaba la reacción contra la extenuación general. Estaba entre la espada y la pared: o salir o perecer. Salí, le seguí de lejos, pues no era del número de sus íntimos, y eso fue de gran provecho para mí.....

Alma también inquieta y especulativa, por consiguiente enteramente opuesta a la de **Pier Giorgio**, la de aquel estudiante que escribe: “Todo lo mejor que tengo, me viene de él. Podrá parecer extraño lo que voy a manifestar, pues nuestra amistad no tenía ninguna de las características acostumbradas: “no nos encontrábamos sino raras veces, no teníamos terreno común, nada de discusiones apasionadas entre ambos. Mediante su reserva y su serenidad influyó en mí. Lo envidiaba y lo amaba. Raramente influía directamente en mí, pero al reflexionar, descubría el rayo de luz que él me había comunicado con una frase, un gesto o con su solo recuerdo”.

El siguiente billete de un amigo, hallado en los papeles de **Pier Giorgio**, contiene esta confidencia: “Te doy las gracias por tu fino regalo. Te lo agradezco doblemente, pues lo recibí en el momento en que iba a realizar una mala acción el recuerdo del amigo lejano me detuvo y me devolvió la serenidad y la alegría”.

“Tuve durante dos años, cuenta un amigo íntimo, frecuentes y largas discusiones con un compañero, sin lograr disuadirlo, siquiera un poco, de un acerbo anticlericalismo. **Pier**

Giorgio, a veces presente, callaba. Una tarde, me encontré con aquel joven, quien me dijo: "Al pasar en tranvía delante de la iglesia de San Felipe, en la calle atestada de gente, vi a Frassati persignarse de una manera que me hizo reflexionar.... Aquella tarde no discutimos: temía arruinar la obra de **Pier Giorgio**".

Y continúa: "Comprendo hoy, y mañana comprenderé tal vez mejor aún, lo que fue **Pier Giorgio** para mí; a él le debo el poco bien que he hecho y si no hice mucho mal, fue únicamente, porque habiendo vivido en su intimidad me hubiera sido imposible hacerlo.... Cuántas veces me dijo: esta noche iré a tal reunión. Ambos sabíamos que dadas nuestras ideas, íbamos a exponernos a disgustos, a soportar alguna de esas pequeñas humillaciones que son a veces más acerbas que las grandes. Le decía entonces bruscamente: "No, no te sigo; ¡no tengo tiempo que perder!" o bien otra reflexión agrídulce que mi pequeña malicia me sugería: El nada agregaba a mis palabras, pero simplemente me miraba, con sus buenos ojos en los que yo, leía una reconvención. Cambiábamos entonces de conversación, mas en el momento de dejarlo, concluía siempre diciéndole: "¡Pues bien, entendido, Yo también iré contigo!" Desde entonces su influencia en mí fue continua; mis mejores acciones han sido determinadas por el deseo de poderme decir a mí mismo: en mi lugar, **Pier Giorgio** hubiese obrado de este modo!"

Por eso, **Pier Giorgio** jamás reconvenía en forma amarga; todas sus diligencias eran inspiradas por su gran respeto por las almas que no toleran ser violentadas, pero que se inclinan más bien ante el ejemplo de una vida recta que ante un raudal de palabras.

"Cuando lo vi por primera vez, relata un joven que luego sería amigo de él, no lo conocía: ni de cara ni de nombre. Yo era creyente por cierto, pero mi fe era estéril porque no ilustraba mis pensamientos, no inspiraba mis discursos, no guiaba mis acciones. Nos hallábamos en la sala de dibujo de la Universidad y esperábamos al celador. Me había colocado, según mi costumbre, solo, apartado de los demás, y demostraba un desprecio ostensible hacia esos camaradas que yo juzgaba inferiores. De repente, atrajo mi atención un joven robusto, de tez bronceada, que conversaba en un grupo. Hablaba de propaganda y

de Acción Católica. Casi ni recuerdo el efecto que me causaron entonces sus palabras, pero no olvidé el incidente. Siguió siendo para mí como la advertencia de un hermano desconocido, advertencia que me incitaba a hacer la revisión de mis ideas, de mi pasado, de mi concepción de la vida y del cristianismo que evidentemente no conocía, ya que no lo vivía. Aquel día el joven de quien se trata no me dirigió la palabra y sólo más tarde al hacerme socio del "Cesare Balbo", supe como se llamaba y quién era. "Desde ese día nos hicimos amigos y yo que estaba entonces y estoy aún inclinado al desaliento y a la tristeza, no recuerdo haber cedido una sola vez a ese sentimiento deprimemente, hallándome en su compañía.

"Un año, al regresar de las vacaciones de Navidad, me sentí durante todo el viaje, triste hasta morir. Tan pronto lo divisé en la estación donde viniera a esperarme, mi tristeza se trocó en alegría, alegría tan íntima y tan pura que me deshice en llanto. ¡Cuántas veces desde entonces lo esperé aquí, en mi pequeña habitación, en la hora del desaliento, para que me reconfortara con su sola presencia!

"El año pasado (junio de 1924), cuando juntos preparábamos nuestro examen de electrotécnica, venía casi diariamente a buscarme. Me encontraba a menudo en la cama. Jamás me reconvinó mi holgazanería, contentándose con hacerme avisar, por un amigo común. Me avergoncé, y desde entonces, convenimos en reunirnos en la iglesia".

¡Qué caridad para con el amigo y qué predilección por los humildes nos revela este testimonio de otro estudiante, como el cofrade de San Vicente de Paúl, y... corrector de pruebas en una imprenta! He aquí lo que escribe: "Empecé a quererlo, viéndolo tan sincero, tan puro y tan profundamente católico bajo apariencias que indicaban un gran bienestar, ¡lo que me parecía entonces inaudito! El mismo comenzó a testimoniarme afecto cuando supo que yo, aunque estudiante, me revestía todas las mañanas de la larga blusa negra de los tipógrafos correctores de pruebas. Era el obrero a quien amaba en mí... Me juzgaba como un privilegiado, porque yo podía tratar diariamente con personas que él deseaba conocer y con las que se sentía unido por los vínculos de la caridad cristiana. Me pre-

guntaba acerca de ese ambiente, no con la curiosidad del inquisidor, sino con la cálida ansiedad del apóstol, y cuando con tristeza le trazaba el cuadro de la miseria moral del obrero de hoy día él me decía: "Ves, para sanarlos, sería necesario que ellos pudiesen hacer las visitas que hacemos nosotros a los pobres; si esos hombres, si esos desgraciados fuesen testigos de las grandes miserias físicas con las que tomamos contacto todas las semanas, experimentarían asco de sus propias miserias, de las bajezas y vulgaridades a las cuales se abandonan."

"Emocionado, asombrado de tanta cordura, yo le miraba; mi pensamiento se moldeaba en el suyo, ¡hasta tal punto comprobaba su profunda y saludable verdad!

"Un día, a eso de las dos y media de la tarde, me acompañó a la imprenta en la que yo trabajaba. Entonces yo en un arrebatado de agradecida y afectuosa admiración, no pude impedirle de decirle: "**Pier Giorgio**, ¡cuánto te debo!" Me miró estupefacto y soltó una gran carcajada; luego se apoderó de algunas pruebas de un diario para niños, que yo había de corregir y, sin duda para cambiar de tema, me preguntó: "¿Qué es esto?... ¿Hace esto algún bien?... Habrían de publicarse de este modo muchas hojitas, pero buenas, buenas..."

No se admire el lector de ver al hijo del director de uno de los mayores cotidianos de Italia, interesarse por un modesto diario ilustrado para niños. El conocía por experiencia la importancia de la prensa para la difusión de las buenas o de las malas ideas y sufrió siempre de un modo muy sensible al comprobar que la inferioridad de la prensa católica provenía la mayoría de las veces de la falta de los fondos necesarios o de una enojosa dispersión de fuerzas.

Por eso, a fin de sostener y asegurar la mayor difusión posible de la prensa católica, **Pier Giorgio** jamás vacilaba en pagar de su peculio y lo que es mejor, con su persona. Revistas periódicas y folletos de Juventud Católica le deben a sus primeras entre gas de dinero, el haber visto la luz. Durante el invierno de 1920, el Círculo "Cesare Balbo", a invitación del Arzobispo, se ocupó activamente en recoger suscripciones al diario católico de Turín "**Il Momento**". Provisto de un libro talonario, **Pier Giorgio** se puso al instante en campaña y anotó un número bas-

tante elevado de abonados. Siendo él hijo del director del "**Stampa**", el hecho no carecía de cierta ironía. Lo chanceaban mucho a este respecto en su casa: "¡Muy bien, **Giorgetto** le decía su padre, pero cuando tengas hambre, irás a almorzar al "**Momento**"! **Pier Giorgio** se reía entonces, listo sin embargo para empezar de nuevo.

Al dar cuenta algo más tarde del resultado de la campaña, el presidente del Círculo no tardó en subrayar en plena sesión la activa participación de **Pier Giorgio**: "¡Decís -que nada hacemos, exclamó, pues bien, tengo entre manos el balance de los abonados! ¿Sabéis quién anotó el mayor número, unos cincuenta aproximadamente?..... ¡Fue Frassati! "Toda la sala aplaudió. **Pier Giorgio** permaneció silencioso en su rincón.

Notemos que "**Il Momento**" era entonces el órgano del P.P.I. Más tarde, **Pier Giorgio** apoyó eficazmente al "**Pensiero Popolare**" y al "**Corriere**", a los que más tarde el advenimiento del Fascismo había de reducir al silencio.

Con igual ardor, se ocupó en combatir a la mala prensa. Pasando un día debajo de los pórticos de la plaza Carlos Félix, se detuvo ante el escaparate de una librería. Vio algunos libros pornográficos. Indignado, rogó al dueño que los retirara. Este consintió enseguida, pero no bien **Pier Giorgio** volvió las espaldas los colocó de nuevo en su sitio. El ademán no se le escapó a **Pier Giorgio**. Volvió atrás y amenazó esta vez al librero falto de delicadeza con una denuncia ante la autoridad. La lección fue saludable; las publicaciones inmorales no volvieron a aparecer más.

"Enemigo de todo compromiso, **Giorgio** era el primero en resistir a quien quiera cuando era necesario tomar posiciones por la verdad y la fe". Sin embargo, agrega otro, sabía ser, siempre que la ocasión se presentara, excelente amigo, sereno y objetivo en sus juicios, muy indulgente para con los errores ajenos que lamentaba, sin entregarse a comentarios inútiles con respecto a ellos. Si oía una conversación un poco atrevida, no se arrebataba, no fulminaba con anatemas, se contentaba con no participar en ella. Por lo demás, bastaba su presencia para contentarnos lo mismo que si en su compañía el mal no hubiese de existir. Las charlas inconsideradas y sin embargo inocentes de

los salones, nos parecían indignas de él; con toda su presencia, en su presencia, la conversación adquiriría un tono más viril, sin desistir sin embargo de la alegría y del buen humor que le acompañaban doquier.

“No obstante, cuando surgían discusiones entre nosotros, **Pier Giorgio** expresaba con claridad su parecer, sosteniendo el derecho de pensar por sí mismo y de manifestarlo; por eso, gracias a él, la verdad y la justicia concluían triunfando siempre en los grupos en los que se hallaba.

Cuando en un grupo se vacilaba acerca de una decisión que se había de tomar, bastaba verle aparecer, para que cesara toda fluctuación y que se reunieran con él: “Estando él presente, bastaba imitarle, pues con toda franqueza resolvía lo mejor con su sonrisa de costumbre, sencillamente, sin jactancia, como si se tratara de algo muy natural”.

Rebusquemos todavía algunos ejemplos en los escritos dejados por él.

En una ocasión fue huésped en Roma de los Hermanos de las Escuelas Cristianas: “Nos hallábamos, relata un testigo, en una habitación en la cual las camas estaban muy cerca unas de otras. Recuerdo que no pudiendo **Pier Giorgio** arrodillarse en el estrecho espacio comprendido entre su cama y la del vecino, se arrodilló muy sencillamente sobre su cama y rezó todas sus oraciones en la más recogida actitud. Aún después de las jornadas más cansadoras, jamás omitió sus oraciones. Este magnífico ejemplo fue para mí, lo confieso, más eficaz que un retiro, pues desde entonces recé fielmente mi oración de la noche, de rodillas, al pie de mi cama”.

En Plasencia, durante una gira de inspección a los pozos de petróleo, en las colinas vecinas a la ciudad, uno de sus compañeros, alumno como él de la escuela de minas, tuvo la buena suerte de ocupar una cama al lado de la de **Pier Giorgio**. “Luego de retirarnos a nuestra habitación, escribe, charlamos largo tiempo de los estudios, de las visitas, paseos, etc.... Después, me dijo bruscamente: “Ahora, ¡buenas noches! aún debo rezar mis oraciones.

“Se arrodilló al pie de la cama. ¿Cuánto duró su oración? No sabría decirlo: cuando me dormí, largo tiempo des-

pués, él estaba arrodillado todavía y sumido en el mayor recogimiento.

“Más tarde me pregunté a menudo por qué, aquella noche, no me arrodillé a su lado para suplicarle me enseñase a orar como él solo sabía hacerlo. Me hubiera entregado sin duda el secreto de la felicidad de conversar con Dios; y yo también hubiese gozado tal vez de esa felicidad que lo mantenía sonriente en medio de las mayores contrariedades”.

En septiembre de 1919, se hallaba en **Francavilla al Mare**, en la costa del Adriático. Al regreso, resolvieron pernoctar en Loreto. El día siguiente por la mañana, en vano lo buscan en el hotel. A las 7 horas, lo encuentran en la basílica, arrodillado ante el altar mayor donde acababa de hacer la santa comunión. “No podría decir lo que ocurrió entonces en mi alma, relata un testigo. ¡Lo sentía sobre mí!...”

Sigámosle en medio de sus compañeros de estudios en gira por el Milanesado, adonde habían ido a visitar yacimientos. “Habíamos llegado a Bérgamo, donde habíamos de pasar la noche, escribe el narrador. A la noche decidimos, Frassati y yo, levantarnos muy temprano al siguiente día, a fin de dedicar algunas horas a visitar la parte alta de la ciudad. Así lo hicimos. La catedral atrajo primero, nuestra atención.

“Luego que nos permitieron el acceso, entramos en la catedral. Frassati que tenía en sus manos un guía ilustrada, examinaba con interés las obras de escultura y de pintura. Al cabo de cierto tiempo, miré mi reloj; era hora de retirarnos. “¡Un instante, y vuelvo!” me dijo. Confiado, me dirigí, retrocediendo hacia la puerta, lamentando no poder permanecer más tiempo. En el umbral, esperé aún algunos minutos, luego no viéndole volver, entré de nuevo y lo divisé arrodillado ante la barandilla del altar, las manos juntas, fija la mirada muy arriba delante de él, abstraído en la oración. Lo contemplé un instante, luego me retiré y esperé aún. Durante esos contados minutos, yo ya no contemplaba las maravillas ante las cuales hacía un momento hubiese querido eternizarme. La vista de Frassati en actitud de oración llena aún hoy día mi alma y mi corazón. Tuve entonces como una revelación de esa alma elegida; ella me ayuda ahora a comprender ciertas particularidades que había

podido notar en él en el curso de nuestros años de estudios.... Estaba obligado a convenir en que si bien todos mis compañeros profesaban una admiración sincera, profunda y respetuosa a esa naturaleza de elección, estaban lejos sin embargo de acordarle toda la que merecía”.

Una compañera de estudios de **Pier Giorgio** nos dirá la única palabra que parece explicar bien esa admiración dedicada al estudiante y al apóstol. Dejémosle la palabra: “En el curso de una excursión de invierno, luego de una noche pasada en el tren bloqueados por la nieve, llegamos a un pueblito donde había mes de practicar “ski”. Las jóvenes estaban rendidas de cansancio y de frío. De buena gana se hubiera acostado al llegar, pero **Pier Giorgio** y uno de sus amigos las invitaron con graciosa insistencia a acompañarles a oír misa. Una de ellas escribe: “Yendo a la iglesia, hablaba yo con una de mis compañeras del fervor de esos dos jóvenes que nos hicieran renunciar al sueño para asistir a misa. Me interrumpió de repente y me dijo: “¡Tú no sabes entonces que Frassati es un santo!”

Se plantea entonces una pregunta. ¿De qué estaba hecha esta santidad? Aquellos que trataron de explicársela a sí mismos casi no tuvieron en cuenta el coeficiente atávico; menos aún hablaron de gracias excepcionales y de auxilios extraordinarios. **Pier Giorgio** fue sencillo en todo y siempre, y fue con toda sencillez que habiendo colocado a Dios como centro de su vida de cristiano, siguió la vía común que conduce a la santidad.

Si se aproximó, si alcanzó ese muy alto grado de perfección que hace pensar en la santidad -pues no queremos prejuzgar las decisiones de la Iglesia- fue porque todo el esfuerzo de su voluntad tendía hacia esa finalidad.

En primer lugar, eliminó de su existencia todo cuanto hubiese podido desviarlo de ese fin. Formado desde chico en una vida sencilla, no reaccionó contra ella, sino que deliberadamente la adoptó y se complació en ella no queriendo a ningún precio “dejarse esclavizar por las riquezas”. Luchó también contra la vida muelle, y, para conservarse puro, supo imponerse austeras penitencias. Sus amigos, a quienes confió sus proyectos para el futuro, aseguran que él hubiese querido hallar en

su futura compañera, además de un sentido cristiano muy prudente, un apego muy firme a las prácticas religiosas y pruebas tangibles de esa sencillez de vida que tanto amaba; hubiese querido también que ella se manifestara valiente ante la prueba de las privaciones, pues afirmaba, “es imposible vivir bien sin mortificación”.

Se entregó con pasión al trabajo porque éste es al mismo tiempo que un deber, una mortificación. Sustraerse a él, le hubiese parecido hacer traición a su deber para con Dios, para con su familia, y para con la sociedad.

Demasiado débil para afianzar por sí mismo semejante tarea, buscó apoyo en Dios: en Dios, al que se esforzó en conocer cada día más, mediante el estudio, la oración y la unión íntima con Él en la santa Eucaristía, a fin de comunicarlo a los demás a su vez.

De sus cartas séguese que leyó íntegras la **Moral católica** de Manzoni, las **Confesiones** de San Agustín, las Escrituras y que había comenzado a leer la **Suma teológica** de Santo Tomás.

Los amigos que le vieron un día, en el tranvía, entusiasmado de tal modo en la lectura de San Pablo, que no pudo dejar de leerles inmediatamente un pasaje, saben hasta qué punto tenía, por íntima experiencia, la intuición del pensamiento de San Pablo acerca de la fe, la que es, según el gran Apóstol, “compendio de las realidades en las que se espera, y fundamento de las realidades que no se ven”.

De ahí su fidelidad, no sólo a las prácticas religiosas, sino a la oración que era para él no el pago de una deuda molesta, sino una necesidad vital; ¡se sentía tan solo sin Dios, y tan débil se sabía sin la gracia!

Pidámosle a Mons. Pinardi nos hable con respecto a la misión de la Eucaristía en la vida de **Pier Giorgio**: “Vivió de la Eucaristía porque supo que los jóvenes modelos de ayer, de hoy día y de todos los tiempos, bebieron en este Sacramento la fuerza para realizar actos heroicos.... Su fe y su devoción eucarística son la explicación adecuada de su vida de méritos y de virtudes”.

Digamos, para que nada falte, que las asociaciones y las Obras a las cuales él diera su nombre, su tiempo, su dinero y su

abnegación, le ayudaron también a elevarse muy arriba en el amor de Dios y del prójimo; las amistades que contrajo con los Círculos afinaron las cualidades de su corazón e hicieron más atrayentes sus virtudes; las Conferencias, al hacerle ver las miserias físicas y morales de la clase obrera, desarrollaron en él conciencia social y lo lanzaron resueltamente al apostolado y floreció en su belleza. Por eso principalmente merece ser propuesto como ejemplo y por ese motivo no podríamos concluir mejor este capítulo sino reproduciendo aquí la parte final de un artículo que el presidente del Círculo “Cesare Balbo”, conde Baldovino di Rovasenda, hoy Fray Enrico O.P., escribía en la **Conquiste Giovanili**, después de la muerte de **Pier Giorgio**: “Cuando el Señor nos presenta tales ejemplos, no se diga que nuestras almas flojas y lentas se contenten con contemplar, admirar y nada más. Provocaríamos la ira de Dios: sería, en efecto, menospreciar los medios de santificación que Dios nos propone. Sería así mismo ultrajar la memoria de **Pier Giorgio**, el esterilizarnos en escritos y en palabras sin que las acompañen nuestras acciones..... Preguntémonos antes de realizar cada una de ellas, cómo se hubiera portado él que penetró tan honda mente el sentido de las bienaventuranzas, que hizo de ellas la sustancia de su vida y que se conformó a ellas en toda circunstancia, él en fin cuya vida constituye un tesoro inagotable de enseñanzas y de ejemplos para toda la juventud católica....”

CAPÍTULO XII

RENUNCIACIONES

Los que tuvieron trato con **Pier Giorgio** durante los dos o tres últimos años de su vida, comprobaron que su caridad se volvía día a día más resplandeciente. Por cierto, esta caridad no cesaba de ser universal, pero ante el espectáculo de ciertas miserias físicas y morales, sabía hacerse más sensible y más ardiente, permaneciendo viril. Se le unía a veces cierto desencanto, que la hacía más atrayente: superior desencanto del apóstol que reacciona más ante el espectáculo de la fealdad moral y empieza a anhelar el cielo donde el pecado no tiene más derecho de entrada. En verdad, comprueban sus amigos, “la muerte le sorprendió en la más radiante claridad de su vida espiritual”.

¿De dónde le provenía ese brillo que contribuía a su belleza física? La mayoría no se lo preguntaba, se contentaba con gozar de él. Sus amigos, -los pocos a quienes confiara los secretos de su alma- sabían que ese brillo era fruto de laboriosas conquistas, de difíciles victorias conseguidas sobre su carácter y sobre su sensibilidad. Antes de proponerlo como ejemplo a la juventud del mundo entero, Dios, cual un hábil cincelador, gustaba de moldearlo, acostumbrándolo a las separaciones y preparándolo a las renunciaciones heroicas.

Los últimos años de su vida fueron, en efecto, señalados por tres grandes pruebas. Trataremos las dos primeras solamente de paso; y nos detendremos más particularmente en la

última, pues ésta señala una cumbre que sólo pueden alcanzar los héroes y los santos.

Pier Giorgio experimentó su primer gran sufrimiento, al ser intimado a renunciar al ideal político que le atrajera cuando ingresó al Partido Popular. Se lanzó a él con todo el brío de un joven, porque su programa le pareció, hasta en sus expresiones más democráticas, como el corolario de la doctrina de Cristo.

Profundamente dolorido, no se dejó vencer por el abatimiento. Resolvió realizar por medio de la caridad lo que ya no podía esperar realizar por medio de la legislación. A contar desde ese instante, intensificó su acción junto a los pobres, visitándolos más a menudo, socorriéndolos, confortándolos. El Evangelio fue también su guía, dilató su corazón a la medida de Aquel que dijera el primero: "Tengo compasión de esta muchedumbre". Dios por otra parte, premió la constancia y la energía de que diera señales en esta circunstancia, proporcionándole en el servicio de los pobres, sus más bellas alegrías de cristiano y de apóstol.

Una prueba de otro género reveló a los suyos toda la ternura de su corazón de hombre ya formado y contribuyó también a aproximarlos a Dios y a afianzarlos en sus deseos de apostolado.

El 24 de enero de 1925, su hermana Luciana se despidió con un diplomático polaco y salía para La Haya. Hasta entonces, los dos hermanos casi no habían conocido las largas separaciones ya en familia, ya en el curso de los estudios que hicieran juntos en Pollone o en Turín o aún durante las excursiones, se habían apreciado mutuamente sin haber experimentado la necesidad de manifestárselo. La separación no podía ser sino penosa para ambos. La sintió más cruelmente **Pier Giorgio** quien previó la aflicción que esa separación originaría en el hogar. Según su expresión, él debería en lo sucesivo "valer por dos".

Hacia aquella época, **Pier Giorgio** mantuvo con Luciana la conversación en cuyo desarrollo ella trató de penetrar el secreto de su porvenir: "¿Sería sacerdote?... ¿Misionero?... Ni lo uno ni lo otro, sino ingeniero apóstol entre los mineros. Y la

conversación concluyó con estas palabras: "Antes que el sueño, está el deber. Tú, partes y papá y mamá se quedarán solos". Luciana vio entonces en los ojos de **Pier Giorgio** toda la magnitud del sacrificio, y sintió que su propio corazón se desgarraba.

Luego la separación. Hasta la hora de la salida del tren, **Pier Giorgio** había logrado contener su emoción, pero en el último minuto, su dolor estalló repentinamente: sin respeto humano, sin cuidarse de las personas que se hallaban allí, fue presa de un sollozo desgarrador. Luciana comprendió entonces hasta qué punto la amaba, cual era el temple de su corazón y con qué mano férrea solía reprimirlo.

De vuelta a casa, su madre venciendo su propio dolor, tuvo que consolarlo como a un niño.

Esta prueba fue para él una fuente de enriquecimiento. Traspasando el estrecho círculo de la familia y de las ambiciones profesionales, su horizonte se ensanchó y su pensamiento se adelantó hacia el campo de sus futuras conquistas apostólicas.

Un amigo recuerda de este modo sus preocupaciones en aquella época: "Nos hallábamos en el hotel, en su habitación. La ventana abierta de par en par, servía de marco al maravilloso panorama de las montañas de Apulia. Conversamos largamente del pasado y luego del futuro. Recuerdo mi sorpresa al oírle hablar con cierto desencanto del objeto de sus estudios y de su carrera: "¡Cuántas cosas inútiles hacemos, díjome, cuando muchas otras, de otro modo necesarias, solicitan nuestra actividad!"

"Hacíamos, dice otro, nuestra habitual gira por las casas de los pobres y hablábamos de nuestro futuro... ¿Qué harás ahora que posees tu diploma?", me preguntó de repente **Pier Giorgio**. Le respondí: "todo, salvo mi profesión de ingeniero". Comprendió muy bien que yo no entendía con esto sacrificar mis obligaciones profesionales, a los deberes de la caridad, los únicos, que en realidad teníamos en cuenta ambos, sino que, según mi modo de apreciar, la caridad prevalecería siempre.

¡Hay tanto bien que hacer, la mies es tan abundante y los operarios tan escasos! Ansia de apostolado, anhelos, que no se pueden sofocar, de llevar almas a Jesús, ardor para el bien,

exceso de caridad. Cómo conciliar todo esto y mantenerlo, entre los obstáculos y las complicaciones de una actividad en gran parte material... ¡Fortuna por realizar, consideraciones, situación a labrarse en la sociedad y otras tantas bellas perspectivas en la vida! ¡Pero la voz de Dios habla más alto!

“Cuando concluí, **Pier Giorgio** me dijo: “¡Yo también, obraré como tú!”

Sin embargo sus anhelos apostólicos habían de ser frustrados y también, no temamos decirlo, fecundizados por una prueba aún más cruel, pues ésta iba a herir en su corazón juvenil un sentimiento legítimo y tanto más ardiente, cuanto que los trabajos del apostolado no le habían dejado aún tiempo de experimentarlo.

Por primera vez, en el curso de su estada en la Universidad, llamó su atención una joven duramente probada por recientes desgracias. Su candor, su exquisita bondad y su fe viva, ilustrada y diligente, lo impresionaron. Poco a poco experimentó para con ella un sentimiento que debía concluir normalmente: en un matrimonio.

A medida que crecía en su corazón ese afecto, se abría paso un temor: ¿Aceptarían sus padres esta unión?... Le pareció que, por razones de orden por otra parte muy secundario, las diligencias ante los suyos habían de concluir formalmente en un fracaso.

¿Qué hacer? Reflexionó, se examinó a fondo ¿Confiar ese sentimiento a su madre cuya salud estaba delicada en ese momento, era exponerse a agravar su estado y a hacerle más sensibles separaciones continuas? ¿Confiaría ese sentimiento a aquella que era objeto de él? Ni siquiera lo pensó. ¿En efecto, cómo engendrar en un corazón de una joven un sentimiento perturbador sin tener asegurada previamente la libertad de sus propias decisiones?

Por lo tanto, se aplicó en todas las circunstancias, a no manifestarlo, siquiera fuese por un gesto o por la más pequeña fineza. Aún supo imponerse la dura obligación de manifestar alegría en familia y doquier, a fin de que su dolor no se notara en absoluto.

Quiso conocer sin embargo la impresión de sus padres respecto a la joven. Hizo de modo que ella les fuese presentada durante una velada. Estudió los rostros, y siguió la conversación. El resultado de sus observaciones y también una conversación que mantuviera más tarde con su hermana, confirmaron plenamente sus temores.

“**Pier Giorgio** cuya inmensa pena se notaba en sus ojos tan buenos, escribe Luciana, vino hacia mí y me habló de su afecto por X... En Turín, me confió, hablaré de eso con Don Cozzazi... ¡Pobre niño! ¡qué emoción experimenté al oírle hablar con ese escrúpulo que impone la rígida línea de un deber que no se discute! Lo miraba a mi vez asombrada y me decía entre mi que era necesaria toda su delicadeza y toda su rectitud para obrar de esa manera. Agregó, que no sólo nada le dijera a la interesada, sino que jamás se había permitido con ella la menor alusión. ¡Pobre y heroico **Pier Giorgio**! Vi entonces que debía tratarlo con infinita bondad y dulzura, como si me- hubiese dicho: “¡Luciana, estoy enfermo!”

Unos pocos amigos, con cuya absoluta discreción podía contar, conocieron su secreto, del cual informaron a sus padres, pero sólo después de su muerte. Si descubrió ese secreto a sus amigos, no fue por tener la amarga satisfacción de ostentar su dolor, sino para confesar lo que él llamaba sus flaquezas, para implorar su ayuda, la confortación de su caridad y más aún el auxilio de sus oraciones. Citemos algunas cartas en las cuales les participa sus luchas íntimas. Recordemos, al recorrerlas, la absoluta sinceridad que le inclinaba a anotar sus pensamientos y sus sentimientos, tal cual pensaba y sentía, cuando lo escribía a un amigo confidentemente, su falta de habilidad en cuidar la forma de sus escritos, su falta de gusto por la literatura que lo llevaba hasta despreocuparse de las faltas de sintaxis o de ortografía. Gracias a esa espontaneidad, sus cartas tienen un sello de verdadera nobleza y a veces acentos elevados y poderosos que nos muestran con qué sangrientas heridas se adquiere la paz-prometida al cristiano que tiene el valor de vivir su fe.

“Un pequeño esfuerzo aún, y yo también tendré mi diploma. Más se me plantea mucho más arduo. ¿Sabré resolverlo? ¿Tendré fuerza para eso? Ciertamente la fe es el ancla de la sal-

vacación; sin ella ¿qué sería de nuestra vida? Nada, o mejor, la desgastaríamos inútilmente, pues hay sólo dolor en este mundo, y el dolor sin la fe es insoportable; en cambio fecundizado por ella, se transfigura y fortalece el alma para la lucha”.

¿Muerte? escribía aún, ¿qué significa esta palabra? Si he de interpretarla en su significado corriente, estoy vivo aún, a menos que me engañen mis sentidos; más si entendemos esta palabra en su sentido verdadero y profundo, entonces no sólo estoy muerto, sino que ya resucité varias veces, para ¡ay! morir de nuevo! Quisiera caminar por la vía recta, mas tropiezo a cada paso. Por lo tanto te pido reces por mí, a fin de que llegue el día que quiera la Providencia, al término del rudo pero recto sendero”.

En otra parte, “Mi barquilla está por irse a pique en medio de las últimas y tempestuosas olas de mi vida de estudiante. ¡Ay! para mantener ciertas resoluciones, es menester una voluntad férrea y la mía está habituada a capitular. Necesito de oraciones, porque sólo por medio de ellas podré conseguir de Dios la gracia.....”

Dios lo había lanzado a la lucha y lo mantenía en ella, a fin de que en esa atmósfera no cesara de purificarse y de elevarse. Aún de esto dan testimonio sus cartas a sus amigos: “Los dolores no son nocivos, conviene con uno de ellos, sino saludables, pues purifican al alma de las pequeñas manchas con las cuales, pobres mortales que somos, no cesamos de empeñarnos, por efecto de nuestra mala naturaleza”.

Toda imperfección le da la impresión de una falta y le proporciona una ocasión de elevarse: “Lucho, para anular todo mi pasado y todo cuanto encierra de reprehensible, a fin de elevarme hacia una vida mejor”.

Como no cesara sin embargo de sufrir, sus amigos se tomaron la libertad de sugerirle una solución conforme con la estricta justicia, solución a la cual se hubiera avenido sin duda una conciencia menos delicada que la de él. Veamos como la acogió. Habla Don Cojazzi:

“Habiendo venido a verme a su regreso de Turín, a donde fuera para rendir exámenes, me habló largamente poniéndome al corriente de sus dificultades.

-¿Conoce tu madre tú afecto? le pregunté entonces.

-No, nada sabe.

-¿Te habló ella de esa joven desde que ésta te conoce?

-Sí pero como de las demás jóvenes. Noté aún que no le era muy simpática, de lo cual concluyo en que este enlace no le agradaría y que mi padre y mi madre se opondrían seriamente a mi proyecto, si llegaran a enterarse de él.

-¿Por lo tanto entre ella y tu está el corazón de tus padres?... ¿Te sientes con ánimo para pasar sobre ello?

-¡No, absolutamente jamás!

-Tendrás el derecho de hacerlo.....

-Lo sé, pero pienso en mi deber.

-Entonces, sólo te queda renunciar a ello.

Agachó la cabeza, como acostumbraba hacerlo en señal de conformidad, para decir: "¡obedezco!"

-Y lloró.

Es preciso notar, en efecto, y es lo más particularmente heroico en su renunciación, que esta fue total, definitiva, y aceptada por puro espíritu de sacrificio en favor de su familia. Ni una sola vez trató de preparar a sus padres a ratificar su elección, de inducirlos a una apariencia de conformidad. "Sería absurdo, decía, destruir un hogar para edificar otro nuevo. Ni siquiera debo pensar en eso".

Esto no le impidió por otra parte insistir aún en su falta de energía y en sus supuestas flaquezas. Pero referente a este punto, sus confidentes no eran de su parecer.

"Muchos, dice uno de ellos, podrán creer que su virtud era consecuencia de una naturaleza calmada, equilibrada, ordenada. Nada más falso. Nosotros que hemos vivido íntimamente con él, sabemos que esa virtud fue fruto de un sacrificio cumplido con férrea voluntad, sostenida por la gracia. Si no es dado hoy día verle dominar hasta ese punto a nuestra juventud y tan arriba en los cielos, es porque sostuvo, con increíble tenacidad, rudos combates contra pasiones muy fuertes".

"Esos combates, dice otro, que dan a la fisonomía de nuestro amigo un realce de tan sorprendente esplendor, duraron cierto tiempo y le requirieron una energía poco común. Se aplicó de todos modos a contralorear sus actos, a evitar las oca-

siones que hubiesen podido hacer peligrar su resolución y multiplicó sus mortificaciones. La palabra de San Pablo: "He combatido el buen combate", puede aplicársele. Nosotros que hemos tenido ventaja de conocerle, en curso de una vida tan breve y sin embargo tan esplendorosa, sabemos ahora que la virtud se conquista tras ruda lucha y también qué combates sin tregua debieron librar contra sí mismos los santos para aproximarse cada día más a Dios. Él, cuya humildad era tan grande que se aplicaba a no dejar adivinar nada de sus luchas íntimas, se nos manifiesta hoy día como un tenaz guerrero que conquista el terreno palmo a palmo".

Esto es lo que nos es permitido comprobar en la carta siguiente que hace presagiar la victoria.

"MI MUY QUERIDO AMIGO:

"Me avergüenzo verdaderamente de tocar un punto tan sensible. Si no lo hice antes, no fue por falta de confianza, sino únicamente porque es hoy día un asunto terminado y más valdría aún el silencio que cerraría para siempre un enojoso paréntesis en mi vida. Sí, podrán causarte extrañeza los términos de esta carta; pero créelo, si hay algo cambiado en mí no es por mi causa, pues no he mantenido ninguna de esas resoluciones enérgicas de las que te hablé antes de tu salida de Turín.

"En el curso de mis luchas interiores, me formulé a menudo estas preguntas: ¿Por qué estar triste? ¿Por qué renegar contra el sacrificio? ¿Habré perdido acaso la fe? No, a Dios gracias, mi fe es aún bastante fuerte. Entonces, aseguremos y fortalezcamos esta fe; es el único gozo que puede satisfacernos en este mundo; sólo ella da a cada sacrificio su valor. Y luego, como católicos tenemos un amor que sobrepuja a todos los demás, y que, después del que le debemos a Dios, es inmensamente bello, como bella es nuestra religión. Ese amor es la caridad de la que se hiciera abogado San Pablo, que la predicó diariamente a sus fieles: la caridad sin la cual, dice, nada son las demás virtudes. Sólo ella puede ser la finalidad de toda una vida, sólo ella puede cumplir un programa. La caridad, he allí el fin hacia el cual quiero tender, con la gracia de Dios. A primera vista, semejante programa puede asustar; promete más espinas que rosas, por eso hemos de poner toda nuestra confianza en la

Providencia de Dios y en su misericordia infinita.... He aquí en que va a consistir mi programa: en convertir ese particular afecto que tengo por ella y que no puede alcanzar el fin que yo me había propuesto, en luz de caridad, en respetuosa amistad encendida en el sentido cristiano, en respeto por sus virtudes, en imitación de sus brillantes cualidades. Me dirás tal vez que es pura locura esperar eso: yo creo que si quieres rezar un poco por mí, podré llegar a eso pronto con el auxilio de la gracia. He allí el programa que espero realizar. ¡Si para ello he de sacrificar mi vida, poco importa!

Semejante esfuerzo requiere heroísmo, un heroísmo continuo. ¿Dónde bebía **Pier Giorgio** la fuerza para dominarse hasta ese punto y para sobrenaturalizar de este modo su amor? En la Santa Comunión. Es lo que da a entender en un pasaje de una de sus cartas en la cual evoca el recuerdo de "Pío X de santa memoria, quien recomendaba a la juventud la práctica de la comunión".

Cada mañana, durante los breves instantes que permanecía en él la presencia real, suplicaba a Dios apaciguara el tumulto de su corazón y abrasara en el fuego de su amor infinito su pobre amor de joven.

La lectura de las Confesiones de San Agustín le fue también una confortación mientras duró esa crisis. El santo cuyo corazón fue tan cruelmente repartido en circunstancias análogas a las de él y que sostuvo rudos combates contra el instinto dominador, lo hacía oír su conmovedor apóstrofe al Dios de todo amor y de toda pureza: "Nos habéis hecho para vos, Señor, y nuestro corazón jamás conocerá descanso, sino en Vos".

Ese descanso, **Pier Giorgio** lo conoció finalmente: poco a poco las heridas de su corazón se cicatrizaron.

He aquí lo que escribía a su hermana: "Me preguntas si estoy alegre. ¿Cómo no habría de estar alegre cuando la fe me da el coraje para ello? Sí, estoy alegre, pues la tristeza debe ser desterrada de un alma católica. El dolor no es la tristeza, que es la peor de todas las enfermedades, y casi siempre fruto del ateísmo. El fin para el cual fuimos creados, nos invita a caminar por una ruta sembrada sin duda de muchas espinas, pero que

no es triste; aún a través del dolor, esta ruta está iluminada por la alegría”.

¿Dónde le llevarla en lo sucesivo ese camino más luminoso que nunca?... ¿Hacia la carrera más laboriosa que brillante, que él había soñado y a la cual aquellos que le rodeaban tenían prisa por verle lanzarse?... No, pues Dios en su infinita sabiduría había dispuesto de otro modo: la obra maestra estaba lista. Había llegado el instante de mostrarla al mundo.

CAPÍTULO XIII

¡SEÑOR, HEME AQUÍ!”

“Creo que el día de mi muerte, será el día más bello de mí vida!” De este modo se había expresado a menudo **Pier Giorgio** ante sus amigos admirados; ¡de tal manera le era familiar el pensamiento de la muerte! Lejos de ser para él el gran terror, ella le sonreía. De buena gana, como su santo compatriota Carlos Borromeo, hubiese reemplazado, en los cuadros de los maestros, la guadaña de la siniestra visitadora con la llave de oro que abre el cielo.

¡Tan a menudo, en las tranquilas celdas de la villa Santa Croce, donde amaba a ir a recogerse, había meditado las austeras y consoladoras lecciones de la muerte! ¡Tan a menudo, especialmente en el curso de sus últimos años, había recibido lecciones directas de la muerte en la cabecera de los moribundos, parientes o amigos, que fuera a consolar y a confortar cuando se aproximaba para ellos el gran paso de los dolores de esta tierra a las alegrías de la ciudad permanente! En junio de 1922, quiere ir a visitar a menudo a un cofrade moribundo. De rodillas, al pie de su lecho, reza su oración favorita, el Rosario. Más tarde, no cesa de envidiar “su muerte serena e integralmente iluminada por la fe”. Al poco tiempo, regresando de una misa cantada en sufragio del alma del difunto, al lamentar el sacerdote que acababa de celebrar, tantas esperanzas tronchadas, le interrumpe y le dice casi escandalizado: “¡Pero después de todo, él al-

canzó la verdadera finalidad de la existencia; no hay que compadecerlo, sino envidiarle!.

El año siguiente se detiene algunos minutos ante el cadáver de un estudiante. La descomposición está avanzada. ¡Dura lección para un joven! De ella saca en seguida las conclusiones en una carta dirigida a un amigo: "He pensado que yo también estaré en ese estado dentro de algunos años y que moveré a compasión y también a repulsión. ¡Y sin embargo, cuántas veces he sido ambicioso! ¡A qué! ya que la muerte, ese gran misterio, justamente disolverá mi cuerpo y lo reducirá a polvo.... Pero agrega en seguida: "Junto al cuerpo, existe el alma, de la cual hemos de tener el mayor cuidado, a fin de que pueda presentarse al Tribunal supremo, exenta de culpas, o a lo menos con pecadillos que expiará con algunos años de purgatorio, antes de subir a la paz eterna".

Luego llega a la conclusión práctica: "¿Cómo prepararse al gran paso? ¿Y cuándo?... Ya que no sabemos cuando vendrá a tomarnos la muerte, es prudente prepararnos todos los días a morir ese mismo día. En cuanto a mí, en lo sucesivo me esforzaré en hacer, todos los días, una corta preparación a la muerte, a fin de no ser tomado inadvertidamente y de no tener que lamentar los bellos años de la juventud, derrochados sin provecho espiritual".

Será injuriar la memoria de **Pier Giorgio**, y su sinceridad enemiga del énfasis, ver en estas líneas un puro desarrollo literario. Cada día se preparaba a morir. Podía venir la muerte, lo hallaría preparado. Y vino, en efecto, inopinada, fulminante, dejando estupefactos a todos los que le rodeaban, menos a él que le hizo una acogida sonriente.

El martes, 30 de junio de 1925, por la mañana fue a casa de sus más íntimos amigos con el único fin de pasar con ellos algunos instantes de agradable compañía. Uno de ellos, Francisco Massetti recuerda que **Pier Giorgio** había llevado consigo la vida de Santa Catalina de Sena, escrita por Joergensen. **Pier Giorgio** inició en seguida la conversación con ese tema, y allí, sentado sobre un cajón le leyó este pasaje: "...el Señor la acompañaba siempre, visiblemente a veces, como aquel muy dichoso día en que, leyendo ella su breviario, caminando de uno a otro

lado de la iglesia, se apercibió de que alguien caminaba a su lado y ¡de que ese alguien era Jesús! Así como dos jóvenes clérigos que recitan juntos el oficio, el Salvador y Catalina caminaron largo tiempo uno junto al otro sobre el enladrillado de la capilla; la joven virgen pronunciaba las palabras latinas con indecible respeto (¡a penas las oía a causa de los latidos de su corazón!) y al final de cada salmo, al llegar al versículo: “Gloria al Padre, al Hijo, etc.... modificaba las palabras, e, inclinándose profundamente hacia Jesús, decía temblando “Gloria al Padre, a Tí y al Espíritu Santo....

Esto dicho, **Pier Giorgio** se interrumpe, mira de frente a su amigo: “¡Dichosa Catalina, que tuvo durante su vida la visión de Jesús! ¡Nosotros, en cambio, habremos de esperar el paraíso!”

Francisco Massetti tuvo sin escalofrío. Miró él también a su amigo y nada respondió, contentándose con admirar su fe tan viva y tan cándida, sin sospechar que cuatro días más tarde, sería él, **Pier Giorgio**, quien vería a Jesús.....

Habiendo resuelto unos días antes realizar con sus amigos un paseo por el Po, en la tarde fue a casa de dos de ellos. Juntos, se dirigieron al embarcadero. El paseo fue delicioso, pero al cabo de cierto tiempo, **Pier Giorgio** se quejó de un vivo dolor en los músculos de la espalda. No se inquietó por ello.

De regreso a su casa tuvo un violento dolor de cabeza. Al siguiente día, le acometía la fiebre. Los que le rodeaban no prestaron mayor atención a la fiebre, pues debido a una coincidencia fatal, ese mismo día, su abuela materna, Linda Arnetis, que vivía al lado, inválida, y extenuada por la edad, entregaba su alma a Dios.

Mientras duró la agonía, **Pier Giorgio** había permanecido a la cabecera, tan pronto de pie, tan pronto arrodillado y no cesando de orar. Notaron sin embargo su mirada dolorosa. ¿Sería efecto del dolor que le causaba la brusca partida de su abuela?....

Así pensaron los que le rodeaban. La fiel María que, al ayudarle a volver a su habitación luego del fallecimiento, ex-

clamara: “¡Pobre abuela!”, le oyó rectificar: “¡No, pobre abuela, sino pobre mamá!”

La noche siguiente fue atroz. No pudo descansar un solo instante, a causa de los terribles dolores en la cintura. Se levantó varias veces para ir a orar a la cabecera de la difunta, pero nada dijo de sus dolores. Habiéndose encontrado con él en la cámara mortuoria; su madre lo convenció de que fuera a tenderse en la cama.

-Reza el rosario y te dormirás.

-¡Ya recé uno!

Un beso, una bendición y se separaron.

Muy entrada la noche, la buena Mariscia lo sorprendió en el corredor andando con paso vacilante, y luego bajando la escalera y yendo a tenderse sobre el billar para gemir....

Llegó por fin la alborada y los dolores se calmaron un poco.

Como su padre se disponía a partir para Pollone, a fin de preparar las exequias de la abuela, **Pier Giorgio** le manifestó el deseo de ir a Pollone, el día siguiente, para los funerales. Su padre lo disuadió.

-Pues bien, durante los funerales, iré a rezar a la iglesia...

-No **Giorgetto**, quédate acostado. El buen Dios está en todas partes.

-Eso es, rezaré aquí.

El médico que lo había visto la víspera y la antevíspera, no había podido diagnosticar el terrible mal, que era una forma aguda de poliomieltitis de carácter infeccioso. El salicilato que recetara, creyendo, como todos, que era una fiebre reumática, habla provocado en el enfermo abundantes sudores que le aliviaron durante parte del día. Pudo recibir algunas visitas, rezar un De profundas por su abuela y reponerse un poco.

Más tarde, por la noche, quiso ir a saludar por última vez a su abuela, antes de que la colocaran en el ataúd. Trató de levantarse, pero fue en vano. Se desplomó al pie de su cama. Lo levantaron y por compasión, nada le dijeron a su madre, de este accidente.

En la noche que siguió, **Pier Giorgio**, fue cuidado por uno de sus primos quien, por casualidad, pues nadie sospechaba la gravedad del mal, dormía en la habitación próxima.

Al siguiente día, temprano, el ataúd de la abuela salía para Pollone. La madre que había pensado poder acompañarla, no tuvo el valor de hacerlo en el momento de la partida. Fue a sentarse a la cabecera de su hijo, pero aunque rendida por el cansancio, no podía estar quieta e iba a menudo a la habitación que su propia madre acababa de dejar para siempre.

Pier Giorgio dijo a Mariscia: “Llamad a mamá, no conviene que se quede sola, allí”.

Consultaba de continuo el reloj, preguntándose si el doctor no llegaría pronto. Su madre lo tranquilizó.

“En este momento, le dijo, tu abuela entra en su jardín de Pollone, en medio de las flores que ella tanto amaba. Luciana, estará siempre lejos, pero tú, seguirás, ¿verdad? la tradición: como ella, tú amarás mucho las flores....

Hizo una seña afirmativa.

El doctor llegó por fin y chanceando principió la revisión: “Desde cuándo no vas a la montaña?- Desde el 7 de junio, que fui a las Lunelles...” De repente, en el curso de la revisión, el rostro del médico se puso sombrío. Como **Pier Giorgio** estaba acostado de espaldas, le pidió que se sentara. “¡Ya no puedo!” respondió, muy tranquilo. Los reflejos no funcionaban más, ya no sentía las agujas que le hundían en las piernas....

La madre quedó aterrorizada. En una rápida visión comprendió que su hijo estaba perdido. Reunió todas sus fuerzas y pidió una consulta. Luego temiendo la -parálisis que sin duda pronto lo imposibilitaría de tragar cualquier cosa: “Oye, le dijo, en este momento, entierran a tu abuela. Deberías acompañarla, haciendo por ella la santa Comunión”. “La haré el domingo”, respondió **Pier Giorgio**. Algunas horas antes la madre le había dicho que el domingo estaría levantado. “No, prosiguió ella, es mejor ahora. Eso me dará gusto- ¡Entonces, sea como tu quieras!” concluyó **Pier Giorgio**.

Algunos instantes después, uno de los vicarios de la Crocetta estaba a su cabecera. **Pier Giorgio** se confesó e hizo la

santa comunión con profundo recogimiento y con su piedad habitual.

La consulta realizada por tres médicos eminentes, de los cuales dos eran profesores de Facultad que conocían y querían a **Pier Giorgio**, confirmó el fatal diagnóstico. Sólo pudieron comprobar los progresos de la enfermedad. Todo cuanto la ciencia y la amistad podían sugerir en tan tristes circunstancias, se intentó en vano. Con toda urgencia, hicieron traer del Instituto Pasteur, de París, un suero que aún no se había puesto en venta. Luego esperaron.

Era un viernes, día que **Pier Giorgio** dedicaba a sus pobres. Este pensamiento le preocupaba más que su enfermedad. Ya por la mañana, como se aludiera al luto que habría de vestir por su abuela, destinó dos de sus trajes a sus pobres.

Luego que regresaron de Pollone sus parientes, le rogó a Luciana que bajara a su cuarto de estudios y le trajera la chaqueta que se ponía todos los días. De ella retiró su cartera, de la cual sacó un certificado del Montepío y habiéndose hecho traer una caja de inyecciones, escribió penosamente al dorso de una tarjeta de visita, las líneas cuyo facsímil hemos indicado antes y cuya letra desfalleciente hacía presagiar la catástrofe.

Luego ordenó que llevaran todo en el más breve plazo al cofrade que debía acompañarle ese día en su visita a los pobres.

En vano su madre y su hermana se habían ofrecido para escribir en su lugar. No quiso, como si hubiese querido señalar de ese modo que deseaba utilizar sus últimas fuerzas para el servicio de los pobres.

Mientras tanto la enfermedad hacía rápidos progresos. Presa del deseo obsesivo de dormir, pidió una inyección de morfina. El médico no juzgó prudente dársela. "No se puede, le dijo entonces su madre te haría daño. Ofrece a Dios el padecimiento que experimentas al no poder dormirte y tu deseo de sueño, por tus pecados, **si los tienes**, si no por los de tu padre y de tu madre".

Una resuelta señal con la cabeza fue su respuesta afirmativa.

El vaivén de los doctores, la expresión de tristeza que se notaba en todos los rostros le hicieron comprender que su vida estaba en peligro. Le preguntó al sacerdote que le había confesado y le había dado la santa comunión, si su estado era grave. “Lo animé, escribe. Me hizo prometer que le avisaría si el peligro se hacía inminente. Se lo prometí”.

Por la tarde, de vuelta a su cabecera, pude quedar unos instantes solo con él. “¡Me siento mucho más agobiado!” Sentí apretarse mi garganta. ¿No había llegado, el momento de cumplir mi promesa?.... “**Pier Giorgio**, le dije entonces, ¿si tu abuela te quisiera a su lado, en el paraíso?.... Sus ojos se iluminaron.... Esbozó una sonrisa.... Su rostro se puso radiante.... “¡Oh! cuán contento estaría!” dije; y luego al instante, se entristeció diciendo: “¿Y papá?.... ¿Y mamá?....” -**Pier Giorgio**, tú no les abandonarás.... Desde el cielo vivirás con ellos, con el pensamiento.... Tú les comunicarás tu fe, tu resignación y seguiréis formando una sola familia....”

“Movió la cabeza, como diciendo: ¡Sí!”

“Por momentos, me miraba como para interrogarme. “Yo levantaba entonces los ojos al cielo y le decía en voz baja: “¡Ánimo! **Pier Giorgio**”. El cerraba un instante los suyos y luego a su vez los levantaba hacia el cielo.

No cesaba de pensar en sus parientes. ¿Tía, por qué no vas a cenar?....” Contaba las horas que daban en el reloj de la Crocetta. “¡Las ocho ya!” A las veinte horas y media, con voz alterada y apagada, le dijo a su madre. “Vete a acostarte, mamá, vete....”

Durante la noche, quiso que la Hermana que lo velaba le ayudara a hacer la señal de la cruz, pues la parálisis subía y principiaba a llegar al brazo. La Hermana comenzó: “Jesús, María, José....” La interrumpió diciendo: “Ahora, yo sé, yo....” y se puso a rezar en voz baja.... Se oían estas frases: “¿Me perdonará el buen Dios?.... ¡Señor, perdón!....”

Poco después de las tres de la mañana, el doctor, su primo, comprobó una crisis muy grave. Su madre hizo llamar enseguida al sacerdote para darle la Extremaunción.

“Llamado a su cabecera, escribe el sacerdote, le administré los últimos sacramentos.

“Alrededor de él, se oían sollozos ahogados, murmullo de oraciones. Finalmente, le di la bendición papal, luego le dije todavía: **“Pier Giorgio**, tu alma es bella ¡Jesús te ama tanto!” Tenía un aire celestial...”

Un poco más tarde se animó de nuevo y recobró los sentidos. La parálisis ya había alcanzado los órganos respiratorios; se aproximaba la hora postrera. Ni siquiera se dio cuenta de la inyección del suero que llegara de París. A las diez y seis horas, tuvo una última crisis; quedó inmóvil y perdió tal vez el conocimiento.

Al pie de su cama, su padre anonadado, llamaba con voz desgarradora a su bello **“Giorgetto”**, en voz alta primero, luego suavemente, como para evitarle a su hijo el espectáculo de su dolor. Su madre, su hermana, su tía, todos los corazones que le amaban, no cesaban de orar. A un lado de la cama, el sacerdote rezaba las oraciones de los agonizantes; al otro lado, la madre le sostenía en sus brazos, le acariciaba y le ayudaba a morir pronunciando los nombres de Jesús, María, José...”

Diciendo estas palabras: “que expire mi alma en paz con vosotros”, exhaló el último suspiro. Eran cerca de las siete de la tarde.

Una atmósfera que ya no era de esta tierra reinaba en esa habitación donde acababa de pasar la muerte. Nada de gritos, de sollozos, de actos de desesperación. Todos de rodillas agobiados por el dolor fijaban sus ojos en él, como para seguir a su alma muy pura el, su encuentro con Dios.

El justo, aún cuando muere antes de la edad, halla el descanso.

Una hermosa vejez no es aquella que da una larga vida; no se mide según el número de los años.

Pero la sabiduría es propia del hombre de los cabellos blancos y la edad de la vejez es una vida sin mancha.

Habiéndose hecho grato a Dios, era amado por él, y como vivía entre los pecadores, fue llevado al cielo.

Fue arrebatado, por temor de que la malicia perturbara su inteligencia o de que la seducción pervirtiera su alma.....

Llegado en corto tiempo a la perfección, recorrió un largo camino.

Pues su alma era grata a Dios; por eso el Señor se apresuró a sacarlo de en medio de la iniquidad.

Los Pueblos lo ven sin comprender nada de eso no reflexionando que la gracia de Dios y su misericordia están con sus santos, y que él cuida de sus elegidos.

Pero el justo que muere condena a los impíos que sobreviven y la juventud llegada tan pronto a la perfección condena la larga vejez del hombre justo.

(Sabiduría, IV, VII, 16).

¡Dichoso el hombre que será hallado sin mancha y que no corrió tras el oro;

¿Quién es él para que le proclamemos dichoso? porque realizó una cosa maravillosa en su vida.

¿Quién es aquel que fue probado por el oro y hallado sin tacha? ¡Séale esta prueba motivo de gloria!

Quién pudo violar la ley y no la violó, hacer el mal y no lo hizo:

Por eso su ventura está estabilizada y la asamblea publicará sus beneficios.

(Eccles. XXXI, VIII, II).

CAPÍTULO XIV

LA SUPERVIVENCIA

La impresión que se tuvo en Turín el día de los funerales, fue la de que esa muerte anunciaba una aurora.

Seis años han transcurrido desde entonces y la aurora no cesó de brillar en un horizonte más amplio cada día.

El grupo de amigos que, luego de serles arrebatados los despojos mortales de **Pier Giorgio**, volvieron desamparados a la iglesia de la Crocetta para meditar ante el tabernáculo las lecciones de su vida, no cesó de aumentar, y se cuentan hoy día por millares en toda Italia y del otro lado de las fronteras, los que, guiados por él, se dan cita en la iglesia y en la Sagrada Mesa.

¡En verdad, ese muerto está más viviente que nunca!

Su nombre, en lo sucesivo popular, está grabado en la piedra y en el mármol, y se despliega en el banderín de los círculos católicos y de las asociaciones de la juventud.

El 4 de julio de 1926, aniversario de su muerte, colocaron una placa de mármol en la iglesia de la Crocetta, al lado de los bancos en los que solía arrodillarse cada mañana para la comunión. Al pie del bajo relieve en bronce que lo representa de perfil, los piadosos visitantes de la iglesia de Nuestra Señora de las Gracias pueden leer: "**Pier Giorgio Frassati apóstol de la caridad. Aquí, en la oración y en la unión eucarística cotidiana, halló la luz y la fuerza que le ayudaron a sostener el buen**

combate a recorrer las etapas de la vida y a responder al repentino llamado de Dios, como el buen soldado de Cristo.

“En recuerdo y como ejemplo para los jóvenes”.

Un mes más tarde, el 14 de agosto de 1926, un alpinista logró escalar por primera vez dos cumbres vírgenes que hacen juego, en el macizo de los Alpes Peninos, con la punta Ratti, y para perpetuar el recuerdo de aquél que tanto los amara, las bautizó “dientes **Pier Giorgio Frassati**”.

En la Piccola Casa della Provvidenza, en ese vasto barrio del Cottolengo, maravilla y gloria de Turín, un inmenso pabellón de 300 habitaciones lleva en él frontis su nombre. De ese modo quisieron cumplir el voto que a menudo formulara de ver levantarse un día a sus expensas, un establecimiento destinado a recoger a los ancianos inválidos que tan a menudo en el curso de sus visitas a los pobres, viera a cargo de sus familias.

Y aún como recuerdo de su amor por los pobres, en su propio barrio, un dispensario administrado por las hermanas de San Vicente de Paúl, asistió, largo tiempo, a muchas familias desventuradas.

Pero mejor aún que en el mármol y en la piedra su recuerdo vive en los corazones.

Cada año el aniversario de su muerte trae de nuevo a la iglesia de la Crocetta muchedumbres ávidas de oír hablar de él. Don Cojazzi, el Padre Righini S. J., el ex capellán de la F.U.C.I., el lamentado Monseñor Pini, el Padre Cordovani O.P. asumieron alternativamente esa tarea y los mismos arzobispos de Turín quisieron proponer a los jóvenes el ejemplo y las virtudes de aquel que fue su modelo. Fue primero S.E. el Cardenal José Gamba, luego, el 4 de julio de 1931, su sucesor, Monseñor Frassati

Ese día también en todos los puntos de Italia, estudiantes de ambos sexos, jóvenes de los Círculos católicos, personas de la sociedad y aún religiosos y religiosas se apresuran a conmemorar mediante comunión el aniversario de su nacimiento en el cielo.

Prueba de ello, la asombrosa difusión de los “Testimonios” reunidos por Don Cojazzi y el arrojado de las almas suscitado por esta lectura, parece ser sancionado por el cielo. Lo ates-

tigua al menos la correspondencia cotidiana en la que no espigaremos sino algunos de los rasgos más notables.

Hay que advertir que el mayor número de favores obtenidos es de orden espiritual y que es hacia un ideal de pureza recobrada o mayor aún que ese joven que fue un modelo de pureza se complace en orientar a las almas.

“El miércoles último, escribe una joven, profesora de enseñanza secundaria, en Francia, recibí de Italia la biografía de **Pier Giorgio**. La leí ávidamente y no tardé en avergonzarme de mi egoísmo, de la vanidad de mis pensamientos y de mis lecturas. Al día siguiente, aniversario de mi primera comunión, **Pier Giorgio** me conducía a los pies de un confesor y me daba de nuevo el “hambre de Jesús”, que yo lo experimentaba desde hacía mucho tiempo. Por lo tanto, desde el miércoles, estoy transformada, convertida, y tengo la esperanza de perseverar en lo sucesivo, con la gracia de Dios y la protección de **Pier Giorgio**.

“No tuve ocasión de verlo más que una sola vez. Era durante el Congreso Eucarístico de Génova, en 1923, en la plaza donde se reunían las agrupaciones de jóvenes, antes de la procesión. Lamento amargamente hoy día no haber sabido apreciar entonces a aquel joven a quien estrechaba la mano. ¡Cuánto más provechoso, debía ser nuestro segundo encuentro! Por cierto; lejos estaba de pensar en que él vendría a buscarme en este perdido rinconcito de la tierra de Francia”.

“Tenía sólo siete años, dice otra joven, cuando perdí a mi padre y a mi madre. Mis hermanos y mis hermanas estaban dedicados integralmente a sus estudios. Aunque me dieran en todo el ejemplo de la más perfecta rectitud, poco cuidaron de mi educación religiosa. Recibí el sacramento de la Confirmación, luego hice mi primera Comunión. Después, asistía a misa algunas veces, pero poca importancia daba a acto. Estaba habitualmente descontenta de mi misma y sentía un gran vacío en mi alma.

“En el transcurso del mes de julio último ofrecieron el libro de la vida de **Pier Giorgio**. Atravesaba entonces una crisis más fuerte.

“Por la noche, antes de ir a acostarme, libro sobre mi mesa y lo hojeé distraídamente, como si se hubiese tratado de una vulgar novela. Desde las primeras páginas quedé espantada, luego me puse a llorar y en medio de las lágrimas proseguí la lectura interrumpiéndose solamente cuando mi emoción era demasiado intensa....”

“A pesar de todo, me sentía feliz y tranquila como no lo había estado nunca durante años. Ignoro a qué hora me acosté aquella noche; debía ser muy tarde, pues no dejé el libro antes de haber concluido su lectura. Recuerdo sin embargo que antes de acostarme, me arrodillé y principié a orar como jamás lo hiciera hasta entonces.

“Desde aquella noche vuelvo a leer a menudo la vida de **Pier Giorgio** y, cada vez, me siento más ansiosa de mejorar y de hacerme digna de llevar, yo también, las insignias de las asociaciones de las que él formara parte. Enseguida me entregué, como él, a la práctica de la Comunión frecuente, y luego me hice inscribir en la Tercera Orden de Santo Domingo y en la Federación de los estudiantes de la Universidad. A cada paso hecho hacia adelante, no dejo de agradecerle, ya que a él debo mi conversión....”

“Desprendí del volumen una fotografía y la coloqué en un marco en mi habitación, al pie del retrato de mi madre. Delante de ambos, pongo siempre flores naturales, y más de una vez, la bondadosa y suave sonrisa de **Pier Giorgio** ahuyentó una nube de tristeza o una mala tentación”.

Otra estudiante, queriendo decidir a una de sus compañeras a que ingresara a la F.U.C.I., le dio la biografía de **Pier Giorgio** para que la leyera. Se entusiasmó tanto, que se convirtió en uno de sus más celosos miembros de la Federación. A su vez le dio a otras estudiantes para que la leyesen a fin de ganarlas también para la **Fuci**.

Escribe lo siguiente a una de ellas que conociera a **Pier Giorgio**: “Leo, tiemblo, lloro sobre esas páginas de verdadera vida, y porque sé que en el momento de la tentación pronto olvidaría mis buenos deseos para sumirme de nuevo en mi habitual mediocridad, las leo y releo casi con pasión.

“Hoy, justamente, pensaba en ti que has tenido la dicha de vivir durante algunos años en el círculo de las amistades de **Pier Giorgio**. Jamás comprendí mejor la belleza de la vida del estudiante católico, que a través de esas páginas que la reproducen a lo vivo. Me será fácil en adelante comprender vuestro ideal, tan diferente de lo que, fuera de vuestros círculos católicos, trata de aproximársele.

“...¡Cuánto me avergüenzo al pensar en la mala novela que puse un día en tus manos! Cuando me reprochaste mi gesto y me dijiste: “He debido luego sumirme en la lectura de la vida de **Pier Giorgio**, para hallar de nuevo pensamientos puros”, no te entendí y, te lo confieso ahora, me burlé de tus escrúpulos que te impedían iniciarte en las realidades de la vida hasta en sus bajos fondos. No podía llegar a comprender ese temor de mancillarte del que me hablabas entonces. Recién hoy comprendo y te admiro.

“**Pier Giorgio** será para mí el compañero ideal, pues a él debo el vivir de nuevo”.

De un joven: “¿Cuánto tiempo hacía que yo no oía misa? ¿Cuánto tiempo que había dejado de orar? Lo ignoro. Lo que sé, es que lejos de Dios, de la Iglesia y de los Sacramentos, el hombre ya no es un hombre, sino una bestia. Cierta día mi hermano me trajo la vida de **Pier Giorgio**, Me puse a leerla, página por página, sin omitir un renglón ni una palabra.

Al concluir de leerla, me embargaba la emoción. **Pier Giorgio** era perfecto, y yo estaba lejos de serlo. Reflexioné entonces seriamente acerca de mi pasado, y sin trabajo comprobé que era más feliz en otro tiempo que ahora. Pero he aquí que ahora yo también rezo el rosario todas las noches, voy a misa, y frecuento los sacramentos. Hallé de nuevo el bello tiempo de mi juventud. Desde el cielo, **Pier Giorgio** ha rogado por mí; mejor aún, “¡me ha salvado!”

Otro vivía en la impureza y, no atreviéndose a confesarse, seguía acercándose a la Sagrada Mesa. Un día, la vida cayó en sus manos, la hojeó. La fisonomía de aquel joven con los brazos cruzados sobre su pecho, con su rostro resplandeciente, lo fascinó.

Lo miró tendido en su lecho mortuorio, luego una voz interior le dijo: ¡**Imítalo!** Cayó de rodillas y le suplicó que lo ayudara. Cuando se levantó fue en busca de un confesor. La paz y la alegría reinaron de nuevo en su alma.

Se podrían multiplicar estos hechos y citar aún las reflexiones que acompañan a los envíos de limosnas a la **Stampa**, que, bajo el título **la caridad del sábado**, hace un llamado a la generosidad del público en favor de los indigentes.

¡Cuántos beneficios espirituales o temporales, cuántas maravillas de la gracia dejan adivinar, a pesar del velo del anónimo, las siguientes líneas: “A los pobres de **Pier Giorgio** Frassati en agradecimiento por una gracia extraordinaria conseguida...” - “Herida por grandes desgracias, hice un llamado a la bondad compasiva de **Pier Giorgio** Frassati y conseguí gracia y consuelo”. - “Por la intercesión de P. G. F. conseguí una gracia que le suplicaba al Señor hacía años”, etc....

Fue entre los jóvenes, ya lo hemos dicho, donde, más se manifestó el fervor de las almas hacia aquel, que tanto las amara porque las quería, para Cristo. ¿Será por ventura sorprendente que la sola lectura de su vida hiciera surgir del cristiano suelo de Italia, en el espacio de apenas seis años, una cantidad de obras y de asociaciones de jóvenes, cuya sola enumeración llenaría varias páginas? Algunas han sido creadas, otras reanimadas, estimuladas por ese ejemplo vivificante y arrebatador. Contentémonos con citar algunas: círculos de estudios, de juventud católica, secciones de aspirantes, secretarías y círculos de la F.U.C.I., grupos de estudiantes de las escuelas de enseñanza secundaria, grupos del Evangelio, colonias de vacaciones, círculos de protección para los soldados, asociaciones deportivas, cursos nocturnos, comités permanentes de beneficencia, asilos, escuelas, agrupaciones eucarísticas, casas de retiro (ejercicios espirituales), etc.... etc....

La primera agrupación que surgió después de su muerte fue una colonia de vacaciones para los adolescentes pobres de los círculos católicos. Los jóvenes de la Federación diocesana de Turín ya la habían proyectado; lo realizaron contribuyendo con su persona y su bolsillo y solicitando fondos. En 1925 se inauguró con doce colonos. Hoy pasan de quinientos que pu-

dieron, en el curso de estos últimos años, durante los fuertes calores, gozar del aire de la montaña, a la vez que de los auxilios espirituales para su alma.

El primer círculo que debió a **Pier Giorgio** su existencia y que se honra de llevar su nombre, fue fundado en el mes de octubre de 1925, en San Juan Bautista de Ímola. Se inauguró ante un retrato de **Pier Giorgio**, que habían adornado con hiedra y laurel. Al pie del banderín que lleva en sus pliegues su nombre en letras de oro, los jóvenes miembros cantaron:

“Le dimos el color del cielo de Italia, - la consagración y el honor - de un nombre glorioso - y de santa memoria”.

Desde entonces, otras 250 agrupaciones católicas llevan ese nombre y siguen inspirándose en las elevadas virtudes cristianas de las que él es su emblema permanente.

Mencionemos de un modo especial a los grupos llamados del Evangelio, los que bajo la dirección de un asesor eclesiástico, se reúnen para leer y comentar juntos el texto sagrado.

Don Cojazzi, que preside en Turín el grupo de graduados universitarios amigos y compañeros de **Pier Giorgio** y estudiantes del Círculo “Cesare Balbo”, escribe estas líneas: “Cada vez que me hallo entre ellos, como un hermano entre otros hermanos, experimento una emoción siempre renovada. Me parece que el alma de **Pier Giorgio** se cierne sin cesar sobre esos jóvenes que le piden al Maestro palabras de vida eterna”.

Estas agrupaciones son, en la actualidad, muy numerosas en la Italia del norte y hasta en la punta extrema de la Península.

Las Conferencias de San Vicente de Paúl, es natural, deben igualmente a la vida de **Pier Giorgio** una renovación de fervor y de vitalidad. Algunas tomaron su nombre, por excepción, pues según los estatutos, las Conferencias no pueden adoptar sino el nombre de un santo canonizado. Los oradores que se sucedieron en el Congreso de las Conferencias, en Catania (Sicilia), en 1931, no se olvidaron de hacer aclamar su nombre. “La fisonomía de **Pier Giorgio**, escribía el corresponsal de un gran periódico, dominó verdaderamente los trabajos del Congreso y atrajo sobre ellos la bendición de Dios”.

El 6 de Abril de 1931, **Pier Giorgio** habría cumplido treinta años. Fueron numerosas las asociaciones que quisieron señalar ese día con una misa, la comunión general y una visita suplementaria a los pobres y a los enfermos de los hospitales.

“Treinta años, poco es en la vida de un hombre, decía Don Cojazzi a los jóvenes que acababan de conmemorar de ese modo este aniversario, y sin embargo a esa edad el joven ya tiene muchos encantos. En cuanto a él que fue a Cristo, ¡“tendrá siempre veinte y cuatro años! ¡En esta tierra, la juventud dura el espacio de una mañana; sólo dura eternamente la juventud de los jóvenes que se durmieron en el beso del Señor!”

En el campo santo de Pollone, en una cripta de granito con un revestimiento de mármol blanco y negro, en medio de las flores que él tanto amaba y bajo la mirada de los ángeles de Benozzo Gozzoli, los despojos mortales de **Pier Giorgio** esperan la hora de la resurrección.

Sobre la piedra sepulcral coronada por una sencilla y ancha cruz desnuda, tallada en el granito de la montaña próxima, se lee este epitafio:

PIER GIORGIO FRASSATI

A LOS VEINTE Y CUATRO AÑOS - EN VÍSPERAS
DE CONQUISTAR SU DIPLOMA DE INGENIERO,
BELLO, ROBUSTO, ALEGRE, AMADO - VIO LLEGAR
DE IMPROVISO SU ÚLTIMO DÍA - Y ASÍ COMO LO
HACÍA EN TODA CIRCUNSTANCIA, LO SALUDO
CON SERENIDAD - COMO EL MÁS BELLO.
CONFESÓ SU FE CON LA PUREZA DE SU VIDA
Y LA CARIDAD DE SUS OBRAS.
LA MUERTE LO LEVANTÓ COMO EL ESTAN-
DARTE VIVIENTE DE LA JUVENTUD CRISTIANA.

“¡Estandarte viviente de la juventud cristiana!”

¿Aquellos que hicieron grabar en la piedra estas palabras llenas de sentido, sospecharían hasta qué punto iba a sancionarlas la fama?... En todo caso, pocas veces profecía alguna se cumplió mejor.

En efecto, desde todos los puntos de Italia, acuden diariamente a su tumba. Pocas veces, fuimos nosotros mismos, en el curso de una estada bastante prolongada, en Pollone, sin hallar peregrinos. Es una madre preocupada que acude a encomendar a su hijo en peligro de perderse; otra que quiere consolarse junto a él de la muerte de uno de los suyos; es un joven que viene sencillamente porque una fuerza sobrenatural lo atrae a esa tumba donde descansa un hermano que conoció las mismas dificultades que él y que triunfó de ellas; otro que sabiendo que "ese muerto habla aún" experimentó la necesidad de conversar con él, de pedirle "el secreto de una fe más robusta, de una esperanza más firme, de una caridad más cristiana"; otro en fin, que, cerca de ese joven inmovilizado en la actitud de los antiguos caballeros que se, durmieron en el Señor, se siente más fuerte para "jurar un amor eterno a la causa de Cristo". Algunos le hablan de su porvenir, le piden luz y fuerza y le hacen sancionar una decisión importante. Hasta los niños de las escuelas y los huérfanos que solos o en largas filas, vienen a rezar sobre la tumba florecida, las **Ave María** de su Rosario.

Sacerdotes, a veces seminarios enteros, religiosos, superiores de Órdenes, misioneros, obispos, cardenales aún, vinieron a dirigirle sus propias súplicas, o a confiarle los intereses religiosos de su comunidad, de sus obras o de su diócesis.

Esta afluencia adquiere un significado particular por el hecho de las distancias y de las dificultades del acceso: Pollone dista, en efecto, 5 kilómetros de Biella y los medios de comunicación son raros. Muchos visitantes deben por lo tanto ascender a pie la larga y penosa cuesta.

En el mes de agosto de 1923 **Pier Giorgio** se había entusiasmado ante el espectáculo de más de un millar de jóvenes llegados a Pollone para asistir a la bendición de las banderas de dos círculos. "Creo escribía poco tiempo después, que jamás vio Pollone en ninguna fiesta, un número tan grande de personas. ¡Si se quiera que una fiesta sea linda, es preciso que tenga un carácter religiosos!"

¡Desde lo alto del cielo, puede contemplar hoy otros cortejos tan numerosos, tan imponentes, tan religiosamente recogidos como aquél! Cada año, en efecto, la juventud católica

de la región de Biella organiza en su honor una peregrinación a Pollone. Los jóvenes van primero a la iglesia donde un orador les recuerda la vida y el ejemplo de su ilustre conciudadano, luego en la pequeña plaza de la iglesia, la procesión se organiza, con el clero a la cabeza, con la cruz y los candelabros y se desciende, rezando el rosario en voz alta, hacia el cementerio. Y luego en la cripta, el largo desfile de dos en dos. De rodillas o de pie, cada uno musita una oración y traza sobre su pecho la señal de la cruz. En fin, confortados para las luchas futuras, todos emprenden el regreso en la noche que comienza.

Un día, a un joven que le preguntara ingenuamente por qué **Pier Giorgio** vivía más hoy día que cuando estaba en la tierra, Don Cojazzi le contestó: **“Porque su vida nos ayuda a comprender esta palabra de la Escritura: “Aquel que ama su vida la perderá; y aquel que odia su vida en este mundo la conservará para la vida eterna.** Como el joven del Evangelio que, mediante la ofrenda de algunos panes pudo alimentar a todo un pueblo, así también **Pier Giorgio**, merced a la ofrenda que hiciera a Cristo de su fortuna, de su juventud y de su vida, sigue, aún más allá de la tumba, multiplicando sus favores en el corazón de la muchedumbre.

-¿Creéis, prosiguió el preguntante, que **Pier Giorgio** sea elevado algún día al honor de los altares?

-Es el secreto de Dios, respondió el religioso, pero lo que no es un secreto para nadie, es que su ejemplo arrebató a las almas....

Hoy día el mismo fervor de las almas nos ayuda a penetrar en cierto modo, los designios de Dios. La Iglesia, intérprete del pueblo cristiano ¿no acaba de iniciar la primera gestión que normalmente debe concluir en un tiempo más o menos largo con la canonización del joven que tantos títulos tiene para merecer ser propuesto como ejemplo tiempos modernos?

Su Excelencia Monseñor Fossatti, Arzobispo de Turín, ordenó en efecto a su cancillería que iniciara el proceso informativo acerca de la fama de santidad y virtudes de **Pier Giorgio Frassati**.

Esta decisión anunciada oficialmente, fue registrada por el **“Osservatore Romano”**, el 28 de diciembre de 1931.

El tribunal ante el cual los testigos serán citados para declarar fue constituido durante el mes de febrero de 1932.

Era conveniente que la juventud católica italiana cuyo modelo y gloria más pura seguirá siendo **Pier Giorgio**, solicitara a la autoridad eclesiástica el privilegio de postular su causa.

Lo hizo el 30 de enero de 1932, con un de su Presidente dirigida al Arzobispo de Turín. Reproducimos los pasajes esenciales:

EXCELENCIA REVERENDÍSIMA,

“Me entero por el **Osservatore Romano** de que Vuestra Excelencia, muy digno pastor del Arzobispado de Turín, dio orden de iniciar el proceso informativo acerca de la fama de santidad y, virtudes de **Pier Giorgio Frassati**.

“Esta nueva calma de alegría a la dirección general de la **Juventud católica**, la que, en el curso de estos últimos seis años, ha comprobado con placer la admiración apasionada y el entusiasmo siempre creciente de sus miembros hacia aquel hermano, flor delicada y preciosa de nuestra gran familia.

“En la seguridad de ser fiel intérprete de todas las agrupaciones de **Juventud y de Acción Católica**, manifiesto a Vuestra Excelencia los sentimientos del más vivo agradecimiento por ese don precioso hecho a nuestra organización, la que podrá en lo sucesivo, gracias a **Pier Giorgio Frassati**, merecer verdaderamente el elogio que le tributó el Santo Padre: “La mirada divina se posó sobre la juventud católica italiana igual que el primer rayo de sol se posa sobre las cumbres”.

“Puedo al mismo tiempo asegurar a Vuestra Excelencia que todos nuestros jóvenes, de uno a otro extremo de Italia, se esforzarán en apresurar con sus insistentes oraciones, el día en que nuestro muy amado cofrade, honrado con la aureola de los santos, nos invitará a considerarle como nuestro modelo y nos enseñará el camino por el cual se llega, en la alegría, hasta las más altas cumbres de la santidad.

La Dirección general de la J.C. se atreve por lo tanto a solicitar que a la **Juventud católica** se le reserve el privilegio de formular el postulado general: ¿no conviene por ventura que el hermano sea presentado por los hermanos al augusto Pontífice a quién le dará la historia, entre tantos otros títulos, el título tan

querido por nuestros corazones, de “Pontífice de los jóvenes?...”
¡Quiera Dios que las esperanzas que hace nacer en el corazón de los católicos nos la joven y santa fama de **Pier Giorgio**, se realicen un día para alegría y para el mayor bien de la juventud de todos los países!

Más que nunca, está encendida la antorcha y más que nunca ve ensancharse su órbita luminosa. Sobre **Pier Giorgio** se cierne la promesa hecha por Dios al justo que ha vivido de la fe: “¡Muerto, habla siempre!